



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

FUNDADOR Y PROPIETARIO.—D. EDUARDO ASQUERINO.

DIRECTOR.—D. VÍCTOR BALAGUER.

PRECIOS DE SUSCRICION: En ESPAÑA, 24 rs. trimestre, 96 adelantado.—En el EXTRANJERO, 40 francos al año, suscribiéndose directamente; si no, 60.—En ULTRAMAR, 12 pesos fuertes.

ANUNCIOS EN ESPAÑA: medio real línea.—COMUNICADOS: 20 rs. en adelante por cada línea.—REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid, calle de Floridablanca, núm. 5.

Los anuncios se justifican en letra de 7 puntos y sobre cinco columnas.—Los reclamos y remitidos en letra de 8 puntos y cuatro columnas.—Para mas pormenores véase la última plana.

COLABORADORES: Señores. Amador de los Ríos, Alarcon, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñon (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Alberto de Quintana, Becquer, Benavides, Bueno, Borao, Bona, Breton de los Herreros, Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Conde de Pozos Dulces, Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Dacarrete, Eguilaz, Escosura, Estrella, Fernandez Cuesta, Ferrer del Rio, Fernandez y G., Figuerola, Forteza, Federico Alejos Pita, Félix Piñueta, García Gutierrez, Gayangos, Graells, Harzenbusch, Janer, Jo-é Felin, Jo-é Joaquín Ribó, Lopez Garcia, Larra, Larrañaga, Lasala, Lorenzana, Llorente, Labaña (D. Jacinto), Madoz, Mata, Mañá y Flaquer, Montesino, Molins (Marqués de), Matos, Moya (F. J.), Ochoa, Olavarría, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pi Margall, Poey, Reinoso, Retes, Ribot y Fontseré, Rafael Blasco, Rios y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Rodriguez (Gabriel), Selgas, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmeron, Serrano Alcázar, Teodoro Llorente, Trueba, Torres Mena (D. J.), Varela, Valera, Vicente Boix, Wilson (la baronesa de).

SUMARIO.

Revista general.—Ultramar.—La Centésima, novela original de D. Antonio Llaberia.—La instrucción popular, por D. Leopoldo Fed.—El discurso de M. Thiers.—El Cristo (de Enrique Heine), por D. Antonio Llaberia.—Discurso leído ante el claustro de la Universidad de Oviedo en la inauguración del curso académico de 1870 á 1871, por el Dr. D. José Manuel Piernas y Hurtado, catedrático de economía política y estadística.—El hombre feliz, por D. M. C.—Estudio preliminar sobre la ley providencial del progreso, por D. F. J. Moya.—Parangones monárquicos, por D. J. Torres Mena.—Costumbres marroquíes.—Sociedades cooperativas, por D. Luis Gonzaga Serra.—El aguijón de un mosquito, por D. Luis Alfonso.—Desarrollo histórico filosófico de la ley penal, por P. Francisco d. P. Roque.—Apuntes biográficos de los diputados de la Asamblea francesa.—Al rey de España Amadeo I (04), por D. Antonio García Gutiérrez.—Romance jocoso, para solemnizar la colocación de una lápida fijada en Quel por don Salustiano Olózaga sobre la casa en que nació D. Manuel Bretos de los Herreros.—Domingo de Ramos (oda), por la baronesa de Wilson.—Una carta que responde á una invitación (poesía), por D. Manuel del Palacio.—Albores y crepusculos (poesía), por D. Joaquín Asensio de Acañata.—Anuncios.

LA AMÉRICA.

MADRID 28 DE MARZO DE 1871.

REVISTA GENERAL.

I.

La llegada al suelo español de la ilustre esposa del rey que hoy se sienta en el trono de la revolucion, es el primero de los sucesos que hoy debemos registrar en nuestra Revista, y no ciertamente porque él en sí contenga verdadera importancia política, sino por la que acompaña á los varios incidentes á que ha dado lugar. Ellos nos dan una pauta segura para juzgar de los sentimientos de nuestro pueblo; ellos, siendo hechos claros y positivos, á la par que espontáneamente determinados, nos proporcionan la mas segura base que es apetecible para formar juicios acerca del estado y disposición de la conciencia pública.

Porque necesarios reconocer que tanto como en sus grandes momentos, ó quizá aun mas que en estos, en los de ordinaria actividad ó de simple expansión, hay que estudiar los fenómenos de los pueblos, en quienes cada detalle es una revelación y cada incidente un objeto de largo y provechoso estudio.

Hé aquí por qué, aun cuando el hecho de haber visto llegar á nuestras playas y penetrar en el real palacio á la noble esposa de nuestro rey, nada llegue á tener de influyente sobre la manera de sér política en que nos hallamos; nosotros queremos, con todo, discurrir acerca de las demostraciones que, con ocasion de semejante hecho, en España hemos presenciado.

Consideramos que nuestra mision nos conduce mejor á penetrar en el fondo de

los sucesos, para buscar en ellos enseñanza, que á escribir simples relaciones de todo punto superfleas, cuando en tal asunto nos lleva grande y natural ventaja la prensa diaria. Dejamos, por lo tanto, de relatar, y fijándonos en el conjunto que resulta de los varios sucesos determinados por el viaje de la reina María Victoria, no podemos menos de llegar á una conclusion trascendental, así por lo que afecta al presente y porvenir de la obra revolucionaria, como tambien por lo que á esta favorece.

La conclusion no es otra, que la vida que en nuestra patria conserva el sentimiento monárquico, fundado en el de libertad y progreso revolucionario. Las premisas de esta conclusion las forman un argumento primero, y despues el testimonio de la realidad.

No hay que preguntar lo que siente, á una sociedad que dá en manifestarlo: cuando la espontaneidad de un afecto es tanta que basta la simple influencia de la ocasion, para que el afecto se manifieste, ya es inútil investigar mas hondamente y por mas tiempo. Necesario es comprender y afirmar que el afecto existe; mas no como quiera, sino con carácter esencial del espíritu de la sociedad. Este es el argumento; esta es la primera premisa.

Ahora bien, si en España se ha revelado ó no el afecto monárquico, la adhesión á la forma establecida por los elegidos del pueblo, la confianza en su poder para conservarnos los preciosos bienes que poseemos; diganlo las muestras que acabamos de presenciar en Rosas primero, en Alicante despues, y finalmente en Madrid.

La comarca ampurdanesa, aquella—sea dicho de paso—que mas ha sido señalada por sus tendencias republicanas, desde el instante en que por sus espacios se propagó la feliz nueva de haber arribado al puerto de Rosas, el buque á cuyo bordo venia la reina de España, ni pudo mostrar mayor solicitud, ni mayor afan por hacer objeto de cariñosas y entusiastas demostraciones á la augusta señora cuya fama de virtud y generosidad habia llegado precediendo á su persona.

Alicante, la ciudad tambien titulada republicana, hubo de lanzarse á desusados extremos de entusiasmo, para honrar á los ilustres esposos que allí iban á reunirse, uniendo desde aquel momento su dicha á la de la nacion que les ha honrado con su confianza.

Y por lo que respecta á los pueblos todos del tránsito hasta Madrid, no necesitamos mas que recordar cuanto nos ha sido referido con el apoyo de verídicos testimonios.

¿Y qué significa esa série no interrumpida de demostraciones, en pró de las altas personas que simbolizan el principio monárquico aquí establecido?

¿Significará, por ventura, la decadencia de este principio, tan codiciado por el partido republicano? ¿Cederá, acaso, en bien de la causa que este partido patrocina? ¿O es que ya, ateniéndonos á buena lógica y empleando el recto criterio, hemos de reconocer la procedencia de la conclusion que arriba dejamos establecida?

No cabe la menor duda, cuando el sentimiento no existe, no se da su manifestacion. La espontaneidad no se impone ni elabora en el fondo ni en la forma, y cuando las clases todas de nuestro pueblo, sin mas impulso que el propio, han llegado á manifestar su adhesión á la monarquía, necesario es negar la evidencia para asegurar que actualmente puede en nuestro país, elevada por el influjo de la conciencia pública, sobreponerse causa alguna á la de la monarquía instituida por la Asamblea Constituyente sobre la base de los modernos principios democráticos.

II.

Si alguna duda nos cupiera acerca de lo que acabamos de sentar: si nuestro ánimo y el del país pudiera dejarse sorprender por las declamaciones tan prodigadas estos dias sobre el desprestigio de la obra de Setiembre, en sus principales partes concluida, el conocimiento exacto que ya poseemos de las terminadas elecciones, habria de ser poderosa influencia que desvaneciera toda duda ó que nos diera á conocer lo apasionado de aquellas declamaciones á que nos hemos referido.

En nuestra última revista, aun no del todo conocedores de los frutos del sufragio universal en lo que hacia referencia á la eleccion de diputados, nos fué, sin embargo, fácil, presepitr por claros indicios el triunfo de la situacion sobre sus enemigos, que ni aun coaligados consiguieron mayor fuerza que la de que se hallaba asistido el partido verdaderamente revolucionario.

Era, con todo, incompleto el conocimiento que aun despues de los escrutinios obtuvimos de la parcialidad del país por la situacion, representante de la revolucion cumplida. Nuestro Código fundamental concede la atribucion legislativa á dos Cámaras, ambas de origen popular, ambas fundando sus títulos de prestigio é influencia en la expresion del sufragio universal, y por lo mismo hasta que la constitucion del Senado fuera conocida, como lo era la del Congreso, al juicio que pudiéramos formar acerca del espíritu público faltábale uno de sus dos importantes extremos.

Hoy lo poseemos ya; los compromisos en quienes el pueblo delegó sus amplios poderes para hacer la designacion de los miembros que han de formar la alta Cámara, han cumplido su mision. Y el resultado, casi totalmente favora-

ble al actual estado político, ha venido á ser la cumplida demostracion de que la pública opinion se decide en pró de aquel estado, dando, como ha dado en unas elecciones generales, su apoyo á los partidos que representan la causa de la libertad, del derecho revolucionario, fundada en lo único que hoy puede ofrecerle segura base y protector impulso, el principio monárquico-democrático, hoy establecido en el trono que ocupa el ilustre hijo de la casa de Saboya.

III.

Al dar cuenta en nuestra última Revista de la aprobacion de los preliminares de paz por la Asamblea de Burdeos; al ver empezados los trabajos para llegar á la estipulacion de un tratado entre las dos potencias que hasta hoy han sostenido la mas terrible lucha, creimos poder regocijarnos porque el imperio de la fuerza habia terminado. Ya no habra mas sangre, repetiamos con satisfaccion estas palabras, expresion de una idea cuya aparente confirmacion hubo de celebrar la Europa entera, en nombre de los mas sagrados intereses de la humanidad.

¡Grande error fué aquel porque nos regocijamos! Dolorosamente afectados por la suerte de la desdichada Francia, preocupados por el espectáculo de sus campos invadidos, ensangrentados y llenos de despojos y cadáveres, fijos en los actos y disposiciones del enemigo vencedor, al fin satisfecho en sus ilimitadas exigencias, no recordamos que aquella nacion sin ventura mantenía en su seno un enemigo quizá mayor que el que entonces deponia las armas; no recordamos al calor de la agitacion, del desorden, de la turbulencia, se habia desarrollado en aquella sociedad desquiciada el eterno azote de principios, de instituciones, de elementos; la demagogia, hija de los clubs, amamantada por los libelistas y desenfrenada por sus propios cobardes instintos.

A ella le estaba reservada la vergonzosa mision de oponerse al restablecimiento de una paz tan codiciada; á ella, multiplicar la amargura de la patria, dilatando su agonía y acrecentando sus dolores; á ella, en una palabra, suceder al extranjero en la tarea de ensangrentar el suelo francés, llevando la lucha allá donde no pudo llegar la agresion de los ejércitos prusianos.

Ahora, como siempre, los actos de la demagogia francesa carecen de razon, carecen de justicia que amenguan en algun sentido su tremenda responsabilidad.

En el momento en que no solamente veian la república establecida, sin oposicion de nadie, antes recibiendo de su jefe y de su Gobierno las mas francas y leales garantías, ¿qué es lo que pudo mo-

tivar los disturbios demagógicos, los comités de defensa, las barricadas de Belleville y la retención de cuatrocientas diez y siete piezas de artillería en Buttes-Chaumont, en Buttes-Montmartre, en la Chapelle, en Clichy y en Menilmontant? ¿A quién tenían necesidad de acometer? ¿De quién tenían que defenderse? ¿Qué podían conseguir con su proceder revoltoso mas que lo que ya miraban bienamente realizado?

Bien se explica todo: si fuera verdaderamente un ideal el que se proponen ver cumplido los agitadores de todos tiempos y de todas partes; si fuera alguna aspiración legítima la que preside á los actos de la demagogia; si no fuera el estado de continuo desorden y desquiciamiento social el que mejor conviene á esa plaga de los pueblos, sería en verdad incomprensible el proceder de las turbas parisienses.

Pero como no es así, como el nombre de la república y el de la sociedad no son mas que pretestos para producir las turbulencias, que son elemento de vida para los demagogos de oficio, hé aquí por qué no ha de haber razon ni suceso que satisfaga á los que nada admiten como no sea la anarquía y el caos, que son el único fin de sus predicaciones y extremos.

No podía ser mas firme y segura la garantía que la Francia en general, y el partido republicano en particular, habian de ver en los hombres que tomaron á su cargo el difícil empeño de reorganizar el país. Presentáronse estos en la esfera oficial declarando su ánimo de respetar la institución republicana que hallaban establecida, y de no tocar á ella mas que despues de expresada en ocasion oportuna la voluntad de la Francia.

Síntesis de todas esas nobles y leales declaraciones fué la nota del Gobierno publicada en el *Diario Oficial* el día 7 de Marzo, con raziou calificada por todos como un manifiesto gubernamental. Su lectura y conocimiento es la mejor confirmación que pueden tener nuestros anteriores juicios; su texto es el que mas claramente demuestra lo culpable del proceder de los insurrectos de París.

Hé aquí, pues, el documento á que nos referimos, cuya redacción se atribuye al mismo jefe de la república, al mismo M. Thiers:

«En los momentos en que van á abrirse las negociaciones para la conclusión del tratado de paz definitivo, debe penetrarse cada cual de la gravedad de nuestra situación dolorosa y de la importancia capital de los penosos deberes que nos impone. Atravesamos una de las pruebas mas crueles que puede sufrir una nación, y no podemos salvarnos de ella sino con el buen sentido y la firme voluntad de poner término á las debilidades y quimeras.

Despues de haber abdicado locamente la Francia en provecho de un poder infatuado de sí propio, ha reconocido sobrado tarde que era arrastrada al abismo. Ahora que ha caído en él, ella es la única que debe buscar la fuerza que la saque. Así es que constituyó desde luego la república, porque la república, esto es, el Gobierno de todos, por todos y para todos, es el único que puede unir las almas y prepararlas á sacrificios necesarios.

Seria, pues, un crimen contra el país atacarle con intrigas ó violencias que tengan por objeto el triunfo de una minoría monárquica ó dictatorial. No sería menor el crimen, sembrar la división, fomentar disturbios, caer en provecho de algunos ambiciosos.

Estamos en una hora en que el patriotismo mas grande consiste en someterse á la disciplina social y á la obediencia á las leyes. Los que se complacen en infringirlas se hacen enemigos públicos, que merecen toda la severidad de la opinion primero y de la represión legal despues. Los que quieren la conservación de la república y el restablecimiento de la prosperidad, quieren por eso mismo el trabajo normalizado, el orden en las calles, la obediencia á los jefes legítimos, el respeto al derecho de cada cual. Por el contrario, predicar y practicar el desprecio de las leyes, deshonrar la prensa con la injuria y la calumnia, sustituir poderes ocultos á la autoridad legal, es ser un mal ciudadano, es arruinar la república y traer de nuevo el despotismo.

Es peor todavía, puesto que es retardar la evacuación extranjera y quizá exponernos á una ocupación mas completa y terrible.

Sepamos, en efecto, contemplar nuestra situación sin ilusiones. Hemos sido vencidos. Cerca de la mitad de nuestro suelo ha estado en poder de un millón de alemanes; éstos nos han impuesto la carga de una indemnización abrumadora de 5.000 millones de francos, y no abandonarán su prenda sin estar pagados.

Ahora bien; no podemos hallar recursos sino en el crédito, y ese crédito no podemos obtenerlo sino á fuerza de economía, de sensatez, de buena conducta. No tenemos un minuto que perder para volver de nuevo al trabajo, nuestra única salvación: ¡y en este momento tendríamos

la triste locura de entregarnos á disensiones cíviles! ¡Sufriríamos que unos cuantos hombres incapaces de decir lo que quieren, turbasen la ciudad con empresas criminales! Apelamos á la razon de nuestros conciudadanos, y estamos seguros de que ella hará imposibles semejantes tentativas.

Nuestros negociadores van á tener que debatir graves, difíciles y dolorosas cuestiones. ¿Con qué autoridad podrán hacerlo si se les repite esta objeción, tantas veces opuesta por nuestros adversarios: «No sois un Gobierno, se os insulta, se os desobedece, se os tiene en jaque, no podéis ofrecer ninguna garantía seria de estabilidad?» Si cuando nuestros negociadores se reunan para tratar tienen que temer sediciones, se malograrán sus esfuerzos, como se malograrón el 31 de Octubre, cuando el motin del Hotel de Ville autorizó al enemigo á negarnos el armisticio que hubiera podido salvarnos.

Hoy mismo todavía necesitamos de toda nuestra fuerza para luchar contra un adversario hábil y victorioso. Esa fuerza la tomaremos sobre todo en la opinion, que no nos será favorable sino en cuanto sepamos conciliarnos por nuestra union, nuestra cordura, nuestra dignidad en la desgracia.

Jamás una nación ha tenido un interés mas directo en practicar las verdaderas virtudes cívicas. Por haberlo olvidado estamos sufriendo, y por la magnitud misma del mal que nos abruma, debemos comprender la necesidad absoluta de aprovechar la lección y de poner nuestro refugio en el conocimiento y en el respeto de nuestro deber.

El Gobierno pone su honra en fandar la república. La defenderá enérgicamente con el firme desigilo de darle por base el crédito, sin el cual no puede renacer la riqueza pública, la conservación del orden y la ejecución de las leyes, únicas cosas que le permitirán preparar una era de reparación y de paz.»

Ahora bien, despues de tan clara y leal actitud por parte del Gobierno, ¿pueden ser temores ó desconfianzas, pueden ser legítimos descontentos los que justifiquen el proceder desatentado de los insurrectos?

No; ya lo hemos dicho. Ese movimiento insurreccional, ese ataque á la soberanía de la nación, esa conducta rebelde que, segun era de esperar, se ha propagado en breve desde París, centro de la demagogia, hasta Lyon y Marsella, sus primeras sucursales, no obedece á otro objeto que el de convertir en estado ordinario del país, el de turbulencia y escándalo, que bien conoce el mundo, que solo en tales elementos se meten los instigadores de tales excesos.

Porque, ¿á qué derecho pueden acogerse los que tras haber violado el de toda una nación, oponiéndose á sus decretos, han buscado la base de esa justicia que invocan en los cadáveres de los generales Thomas y Lecompte; los que buscando fútil pretexto en las disposiciones de Vinoy sobre la prensa, han amenazado á éste, por conducto del Comité del Hotel de Ville, con amordazarla sino cejaba en sus censuras contra la insurrección; los que publicando su anhelo por ver la idea republicana, emplearon el plomo de sus armas para disolver una manifestación de los amigos del orden, manchando con la sangre de mas de veinte cadáveres el suelo de la plaza Vendome; los que usurpando el título de los intereses patrios han querido recrudecer la guerra terminada, disparando contra las avanzadas prusianas y obligando al Gobierno enemigo á amenazar con una intervención si en veinticuatro horas no veía restablecido el orden, tan criminalmente alterado?

Por fortuna la autoridad legítima del Gobierno, ya establecido en Versalles, se ha visto fuertemente apoyada por la Asamblea y por las clases todas de la sociedad. Los conatos de Lyon y Marsella parecen fácilmente reprimidos; los ciudadanos honrados de París se presentan armados contra los demagogos insurrectos, y los prefectos detodos los departamentos dan cuenta de la reprobación que en la opinion general ha encontrado el movimiento de Montmartre.

IV.

Mientras tanto, aunque no todavía por hechos concretos, ya por rumores é indicios se empieza á ver claro en ciertos puntos de la política europea, hasta el presente oscurecidos por la habilidad de la diplomacia.

Parece confirmarse la voz extendida, principalmente por la prensa austriaca é inglesa, de que existe un tratado secreto entre Prusia y Rusia. Siendo esto cierto, la actitud de la Rusia al principio de las hostilidades se explica ahora perfectamente. Decidida á escudar á la Prusia, se reservó su libertad de acción para, en el caso de que la suerte de las armas hu-

biese favorecido las águilas francesas, ponerse á su lado y contener á Napoleón en su marcha triunfante sobre Berlín.

El emperador Guillermo dijo, por lo tanto, una gran verdad al telegrafiar al Czar, su hermano del Norte, que Prusia no olvidará nunca que ha debido á su majestad rusa el que la guerra no haya tomado mayores proporciones. La recompensa de Rusia está en la conferencia de Londres, reunida expresamente para satisfacer sus deseos en forma legal y decente en la cuestión del mar Negro.

La manera de pedir la anulación del tratado de 1856 ha sido olvidada; el peligro de una conflagración europea ha pasado; los centros mercantiles que atacaban antes al Gobierno inglés por su actitud neutral, le felicitan ahora por haber librado á Inglaterra de los horrores y gastos de la guerra, y aunque se lamenta la pérdida de influencia en el extranjero y la decadencia de la diplomacia inglesa, parecen prestar ahora mas atención al mercado monetario que á las cuestiones políticas.

Ya se ha firmado en Londres un tratado por el cual se modifica el de 1856 respecto á la neutralidad del mar Negro.

En virtud de esta modificación, quedan abiertos los Dardanelos y el Bósforo para los buques de guerra de las potencias amigas en el caso de que la Puerta Otomana creyera necesario obrar así, á fin de asegurar la ejecución de lo estipulado por el tratado de 1856.

En Bruselas habrán dado ya principio las conferencias para redactar el tratado definitivo entre Francia y Prusia.

Los plenipotenciarios prusianos son el conde de Arnim y M. de Balan, y los franceses el baron Boude y M. Declercq, secundados por el general Cayer y M. de Boulard.

ULTRAMAR.

EL TRABAJO LIBRE EN PUERTO-RICO.

I.

La de la esclavitud no es la sola cuestión esencial que requiere pronta resolución, en el suelo de la menor Antilla española.

Además de la masa de infelices que viven sujetos á su trabajo por una cadena, hay otra masa mayor de hombres libres, que necesitando la aplicación de sus fuerzas para subsistir, no se hallan rodeados de las naturales condiciones de todo ser trabajador: vive en un abandono completo y su estado apenas se diferencia del del esclavo, gracias al desnivel, gracias á la falta de relaciones armónicas entre el trabajo y el capital.

Que importa resolver cuanto antes este delicado punto, no hay por qué demostrarlo, pues la necesidad salta á la vista. Cuando se trata de dar bases á una sociedad, no es posible descuidar la primera y mas firme de todas ellas, el trabajo, gran agente moral y económico de la prosperidad de los pueblos.

En fecha no lejana, cuando la metrópoli dió por primera vez señales de interesarse por la suerte de sus colonias, los comisionados que á Madrid vinieron elegidos por Puerto-Rico, se ocuparon del asunto que hoy tratamos: la esterilidad que distinguió los trabajos hechos en aquella época, alcanzó naturalmente á lo adelantado en la cuestión del trabajo, y este siguió en la menor Antilla hasta la presente fecha tan viciosamente organizado como lo estaba en la ocasión que hemos recordado.

Llega, empero, el momento de que España vuelva solicitada la vista á sus provincias de Ultramar; y así como hemos tratado de estudiar dos puntos capitales de la reforma que importa y que se proyecta hacer, la abolición de la esclavitud y la Constitución política, hoy nos corresponde apuntar algunas consideraciones referentes á la organización del trabajo libre.

El punto capital del problema, lo que ha de ser clave de su acertada resolución, lo que tenemos para nosotros que ha de ser base en que descansen el sólido edificio que se pretende levantar, es la relación perfectamente establecida y declarada que ha de existir entre el trabajador y el propietario ó capitalista. Indudablemente, cuando entre el obrero y el dueño ó empresario exista una legislación protectora de los derechos de ambos, que reconozca la dependencia en que mutuamente se encuentran, que ele-

ve á todos y no supedita á uno, que deje, finalmente, á cada cual la libertad natural en su respectiva esfera de acción, entonces se habrá dado el primer paso hácia el desarrollo del trabajo en Puerto-Rico.

Trátase, pues, ante todo, de mejorar y dejar asegurada la suerte del trabajador libre en aquella Antilla. Pero de un modo tal, que sea verdadera actividad la que se le conceda, no movimientos forzados, no laboriosidad ficticia, dibujada, pero no impresa en su fisonomía.

Hé aquí el objeto primordial á que ha de encaminarse la reforma: dar al jornalero todo el desahogo é independencia necesarios, para que goce realmente de esta última cualidad, y no sea al fin su estado una simple modificación de otro estado mas triste y menos envidiable.

No entremos en refutaciones; vamos tan solo á reducirnos á la mera exposición del sistema, que por mas encaminado tenemos al fin que de jamos citado.

Harto desautorizados se hallan, para que nadie crea en su bondad, los sistemas de organización que para el trabajo han inventado las escuelas socialistas de otros tiempos. Las doctrinas de Saint-Simon y los suyos, las de Fourier y las de Fichte se han perdido entre la atmósfera de las utopías, que fueron hijas de los primeros años de nuestro siglo; y no fueron tan solo estas exageraciones las que en el olvido perecieron, sin haber alcanzado práctica perfecta, sino tambien con ellas, todas cuantas atribuían al Estado y á la colectividad, mayor intervención en el trabajo, de la que naturalmente le corresponde.

Ya se comprenderá, pues, que nosotros no apoyamos, ni creemos acertadas todas aquellas tendencias encaminadas á que el Estado sea el dispensador de la actividad humana, sobre un suelo necesitado de trabajo. Ahora se atiende exclusivamente á la riqueza del país, ahora, obrando mas humana y generosamente, se enlace á la de la riqueza la causa del pobre jornalero, faltar de condiciones, es imposible alcanzar frutos razonados, si se prescindie del hombre, en lo que toca á la voluntad, y solo se cuenta con él para la función pasiva, para el trabajo, no diremos forzado, pero sí impuesto.

No sabemos hasta qué punto asiste á una sociedad, el derecho de fiscalizar la vida de sus miembros, en tanto no la den ellos títulos suficientes á motivar aquel derecho: ni sabemos tampoco como este favorezca el desarrollo de la dignidad humana, del noble contento, de la tranquila expansión que animan al trabajo, y le prestan fuerza y perfección; no sabemos, por fin, cómo puede recibir el título de organización, aquella que se funda en tan incierta base.

En Puerto-Rico existieron disposiciones en tal concepto establecidas, y sucedió lo que debía; ningún fruto produjeron, y ni aun pudieron conservarse en vigor, porque las costumbres, esos críticos severos de toda ley, no las dieron su sanción, antes bien las entregaron prontamente al olvido y al desuso.

Pero puesto que tal suerte les cupo, y otra mejor no las espera, porque no hallan apoyo en esfera alguna, ni entran por nada en los mas opuestos sistemas hoy día en estudio, dejémos ya de ocuparnos en ellas, y detengámonos en otras, proyectadas ó propuestas, que no por haber conseguido mejor fortuna y mayor apoyo, nos han de parecer á nosotros mas acertadas.

Ocupa, en primer lugar, la mente de algunos reformadores una idea, por lo exagerada, funesta y denigrante para Puerto-Rico; en esta idea fundase un plan, que ni es el justo, ni el conveniente cuando del hombre y del trabajo se trata. No existe para ellos otro motivo, ni tropiezan con otro obstáculo que la vagancia, segun ellos extraordinariamente arraigada en aquellos suelos.

A ella se debe la mala condición del jornalero, á ella la escasez de la producción, á ella la imperfección de los productos; y á su desaparición debe tender exclusivamente el reglamento que se establezca; sobre la vagancia es preciso legislar, y una vez esto alcanzado, ya está salvada la valla, ya existe el trabajo en Puerto-Rico, ya no hay que temer de su mala organización.

Sepamos ante todo, si ese estigma que sobre el nombre de aquella isla se ha grabado, es un hecho realmente amena-

zador y que retrate el carácter y tendencias de aquel jornalero.

Es el clima, según opinión de muchos, lo que da lugar a esa inercia que se deplora; son las condiciones de aquel suelo las que convierten en vagos a sus hijos, y los mismos que tanta influencia en el clima reconocen para crear, olvidan que ha de tener la misma fuerza para conservar: a ser cierto, pues, lo que tantos aseguran, a creer que es la fuerza del país la que engendra tales males, no quedará mas partido que someterse a la naturaleza y renunciar, con sentimiento, a la esperanza de que el trabajo llegue en Puerto-Rico a ser fuente de verdadero esplendor. Pero los satélites de Montesquieu andan equivocados, como equivocado anduvo aquel célebre publicista, y en ningún país del mundo es la primera causa de los hábitos y carácter del hombre, las condiciones del clima en que este habita. Si es así, otras serán en Puerto-Rico las causas de la vagancia que en él se pretende observar; nosotros, que no creemos en el mal, no vamos a esforzarnos en descubrir el remedio; nos ocuparemos mas bien en demostrar como no es patrimonio de Puerto-Rico este mal tan deplorado, y como sus proporciones no son las exageradas que erróneamente se le ha atribuido.

En efecto, hasta ahora no ha dejado de realizarse una sola empresa por falta de trabajadores. Todo el que en Puerto-Rico ofrece trabajo, puede repartirlo, si lo paga: los mismos propietarios, aun los mas partidarios del privilegio, no carecen de braceros, que a trueque de su propio bienestar, aceptan el trabajo, que tan malamente se les retribuye. En muchas ocasiones aventaja a la demanda, la oferta de brazos libres para el trabajo. Y si así es la verdad, ¿dónde existe esa plaga disolvente, que no entorpece el trabajo en la isla? ¿Dónde las grandes proporciones de ese mal que apenas se descubre, que no es entorpecimiento a la producción y que no sobrepaja a la laboriosidad de tantos seres trabajadores por inclinación, por necesidad y por hábito?

Recórrase el espacio de esta misma isla, que tan gratuitamente se calumnia, y ella ofrecerá al ánimo incrédulo pruebas suficientes de que sus naturales trabajan cuando se les ofrecen condiciones para ello; caminos, edificios, producción vegetal son debidos al esfuerzo de los hijos de Puerto-Rico. Y si no se cree en los hechos, atiéndase a la cifra, mas elocuente todavía; dígame cómo puede un pueblo, cuyas fuerzas se pierden y estancan en la inmovilidad, arrojar en el término de cincuenta años el siguiente cuadro de pujante desarrollo. Desde el año 1816 hasta el de 1865, a cuya fecha alcanzan los datos seguros que poseemos, la riqueza ha progresado sin interrupción, y a pesar de las fuertes causas que la disminuyen é interrumpen, ha llegado a pasar del cuádruplo; los productos han sido rápidos, puesto que alcanzan al quintuplo. Hé aquí las pruebas:

Años.	Población.	Riqueza.	Productos
1816	220,812	14,544,911	2,039,952
1827		53,339,618	5,319,683
1835	339,836	49,675,742	6,912,112
1844	415,159	57,867,754	8,955,794
1883	55,529	61,986,991	10,796,179

Tan brillantes y favorables datos acusan palmariamente un hecho elocuente, el aumento rápido y considerable de la población, hecho imposible en un país no productor, donde las fuerzas decaen y las generaciones se debilitan, en lugar de fortalecerse. Callamos, porque fuera prolijo, la enumeración de otras deducciones, que el mas simple estudio de las precedentes cifras hace accesibles a la mirada menos esperta.

LA GENICENTA.

NOVELA ORIGINAL DE ANTONIO LLABERÍA.

I.

No se sabe cómo, pero es lo cierto que Pedro Raza llegó a ser un millonario. Trece años tendría cuando entró en una casa de comercio en calidad de mozo, y dícese que por entonces su única cualidad apreciable era la robustez y la fuerza. En las consignaciones de los fardos aprendió a leer, reunió una escasa cantidad, pagó con ella su pasaje para la Habana, y a los veinte años volvió con un capital de unos seis millones de reales.

El cómo fué de su fortuna, nadie lo supo; en inteligencia nada había ganado, ni su robustez había sufrido percauce. Veía él que con sus puños había sujetado a la fortuna; y no otra cosa podía ser, pues era nuestro D. Pedro muy hombre de bien para que se pueda dar crédito a las quiebras que le atribuían sus enemigos.

A fines del 48 seria cuando dió la vuelta a España y trece años mas tarde trabé conocimiento con él. Era rechoncho y cargado de espaldas, de pequeña estatura y cabello crespo; sus piés, colosales para su cuerpo, podían figurar dignamente en una exposición de aguadores; sus ojos eran grandes y atontados; iba siempre completamente afeitado, y con decir que era moreno hasta dejarlo de sobra, y que parecía formar parte de su eterno chaleco blanco una descomunal cadena de oro, queda hecho el retrato de mi difunto amigo D. Pedro Raza.

Cada uno es filósofo a su manera; todo hombre tiene una cartilla filosófica compuesta de varios axiomas formados por él mismo con ayuda de la experiencia, la vanidad, el capricho ó la impresión del momento, y nuestro D. Pedro no solamente se regia por propias ideas, sino que alimentaba la original pretension de imponérselas a los otros.

Tan poca paciencia me ha dado Dios para escribir, que no me veo ni con la cuarta parte de las fuerzas que se necesitan para dar a conocer la filosofía Raza. Solo diré que estaba basada en el mas refinado egoísmo, y admitía como a uno de los principios fundamentales la superioridad de D. Pedro Raza sobre el resto de la creación.

Tales ideas hacían de nuestro hombre un fenómeno de vanidad y de egoísmo, contribuyendo no poco a este resultado la consideración con que se le distinguía a causa de sus capitales. Dábase tono mi D. Pedro a costa de la dignidad de los demás, y como todos los necios juzgaba a la humanidad por lo que en sí mismo sentía.

Suponia en todos móviles interesados, amábase a sí mismo y despreciaba el resto de los hombres.

Vivia con todas las comodidades que sus gustos le hacían agradables, y su única ocupación era inventar para sí nuevos placeres, aunque su logro costase a otros sacrificios y penas.

Padecía bajo su poder, y permitáseme la frase, una sobrina, hija de un hermano de D. Pedro; una niña desdichada sin bienes de fortuna, pero dotada de una sensibilidad exquisita.

Sabe Dios lo que padeció la pobre Luisa viviendo sujeta a su tío. Sus desdichas solo eran comparables a la triste suerte de las doncellas condenadas a servir de pasto a la hidra de Edipo.

Mil veces he visto correr silenciosas lágrimas por sus mejillas, y aun hoy, pasados ya tantos años, cuando recuerdo su melancólica mirada, una tristeza indefinible embarga mi ánimo. Su vida fué un prolongado martirio sin intervalos de paz, sin la confianza de la infancia ni los sueños juveniles.

No recuerdo el día, el mes ni el año en que conocí a la heroína de nuestra novela; solo sé que era yo niño todavía, y que ella contaría ya unos treinta años.

Pocas personas he conocido en lo que llevo de vida que hayan dejado una impresión tan honda en mi pecho. Era alta; pero su cuerpo, doblado constantemente, disminuía así su estatura; su mirada, como queda dicho, era triste, su tez pálida, y en su rostro se retrataba una expresión de dolor causada por una enfermedad ante la que ha retrocedido siempre la medicina.

Habia nacido en el jardín de España, en la poética Andalucía; hija de un acaudalado comerciante, recibió una brillante educación que no pudo ser completada, pues la muerte de su padre y la pérdida de toda su fortuna, vino a sumir en la mas espantosa miseria a Luisa y a su madre. Trece años contaba entonces la pobre niña; pero su inteligencia estaba desarrollada con una precocidad de mal agüero, según la creencia que existe en nuestra patria de que mueren pronto los que pronto piensan.

Las dos mujeres vieron hacerse el vacío del abandono y la soledad a su alrededor; intransigentes acreedores se apoderaron de su hacienda, y a no ser por la compasión de un pariente, Luisa y su madre habrían tenido que mendigar su pan. A la caridad de un alicano debió Luisa la tranquilidad de dos años de su vida, y su madre los últimos consuelos en la hora de su muerte, acaecida cuando su hija contaba quince años.

La pobre niña, falta de cariñosos cuidados, por ser irremplazables los de una madre, en una edad en que va a serle revelado a la mujer su destino sobre la tierra, vino a caer en una melancolía que, pasando de lo moral a lo físico, contribuyó a la formación de un aneurisma.

Los primeros síntomas de la enfermedad hicieron sentirse, pero la enferma creyó ya llegado el momento de reunirse con sus padres, y calló creyendo que la medicina podía retardar tan suprema dicha.

Bajo dos prismas se mira siempre la idea del suicidio. El arrebatado de la desesperación, la pasión comprimida pueden ocasionarle, pero a su vez el amor místico, la tristeza incomprensible de ciertas almas, dan lugar tambien al suicidio por medio de la enfermedad no curada.

En este segundo caso se encontraba Luisa, y solo los síntomas exteriores, la palidez del rostro y una creciente debilidad hizo conocer a las personas a quienes estaba confiada la gravedad del mal.

Desgraciadamente llegó tarde el remedio,

insútiles fueron cuantos cuidados se le prodigaron, y el diagnóstico de los médicos fué que Luisa estaba herida de muerte.

Por entonces Raza llegó a España, y por respeto a las conveniencias sociales fué a ver a su sobrina, única pariente que le quedaba. Poco se fijó en la enfermedad; vió crecida a la niña, hecha ya casi una mujer, y reflexionando que necesitaba quien le cuidase y sufriese, llevóse la consigo a Barcelona.

Borroneados ya los retratos de los dos principales actores, vamos a entrar de lleno en la acción de la novela, dando fin a su primer capítulo.

LA INSTRUCCION POPULAR.

¿Qué es la libertad en el hombre si la justicia no la dirige e ilustra?
JULIO SIMON.

Para todos los hombres de ánimo bien templado y en cuyo corazón arde viva la llama del patriotismo, hay una cuestión suprema, un punto capital que deben atender las sociedades con preferencia a otros intereses, si no secundarios, de menor importancia. Hablamos de la necesidad de extender y dilatar los beneficios de la instrucción pública.

Por más doloroso que nos sea confesarlo, España marcha hoy a retaguardia de otras naciones que en otro tiempo seguían sus brillantes huellas. España, aunque ha hecho grandes esfuerzos para salir de su antigua postración, no adelanta en las vías del trabajo con la celeridad de otros pueblos: posee, es verdad, copiosos y ricos elementos naturales, importantes cuencas carboníferas, criaderos minerales inagotables, dilatadas costas y rios caudalosos; pero, no obstante, lo explota todo en pequeña escala y se resigna a un humilde vasallaje respecto de otras sociedades: tiene inmensos territorios poco menos que inexplorados; lucha en varias de sus zonas con dificultades inmensas para establecer y arraigar saludables hábitos de trabajo y economía; a fuer de imprevisora y descuidada, confía demasadamente en la acción de los Gobiernos y poco, muy poco en la iniciativa individual; finalmente, mal curada todavía de ciertos errores tradicionales, cree que la verdadera felicidad de los pueblos estriba en ambicionar poco y mirar con prevención y sobrecejo, si no ya con declarada repugnancia, los medros y los avances de la instrucción popular.

Sin embargo, en la humilde opinión del que traza estas líneas, la base del progreso, así en lo moral como en lo físico, es principalmente la actividad, y todo cuanto se practique en favor del desenvolvimiento público resultará una engañosa apariencia si no tiene por cimiento firmísimo por base indestructible la conciencia de la individualidad. Dispuesta a luchar valerosa y enérgicamente con los obstáculos que le rodean, y alcanzando un grado de ilustración suficiente para comprender sus propias y legítimas necesidades.

Durante el pasado siglo dió en propagarse, por desgracia, una idea peligrosa que se conserva todavía, con los caracteres de una reminiscencia caduca, en varias personas. Díjose irreflexivamente que la instrucción constituía un elemento hostil al interés del nombre y al general de las sociedades: al del primero, porque le hacía infeliz enturbiando los purísimos raudales de su inocencia; al de las segundas, porque las entregaba desvalidas é inermes a las sugestiones del orgullo, mucho más terribles en cuanto más poderoso se presenta. ¡Apreciación digna, bajo todos conceptos, de la triste época que había decorado con el nombre de *natural* por excelencia un estado de cosas enteramente desconocido en la historia y que la naturaleza por sí misma rechaza! La malignidad del llamado filosofismo no acertó a comprender que la ciencia pudiese vivir de otro modo que en abierta pugna, en declarada hostilidad con el elemento moral de las creencias, ni que la instrucción pudiese emplearse precisamente en cimentar y robustecer aquello que vive una vida lánguida y precaria si sólo se levanta sobre el escalón deleznable de la ignorancia y la superstición.

Ha trascurrido ya mas de un siglo desde que tales opiniones fueron brillantemente anunciadas y difundidas por un escritor ingenioso y de galanas formas: hoy somos ya posteridad para sujetarlas al crisol del análisis, y poner de relieve su falta absoluta de fundamento. Lo que

se anunció como verdad científica, era, en el fondo, una idea peregrina, una risible paradoja. Con efecto: ya de mucho antes el insigne canciller de Verulamio se había anticipado a tales sofismas escribiendo estas breves palabras: *knowledge is power*, la ciencia es poder. Si, por más limitada que juzguemos a la ciencia humana, no debemos negarle la gloria de alcanzar ciertos resultados que nunca el empirismo podrá prometerse; por más que el hombre estudioso se engañe alguna vez, siempre deberemos considerarle mejor dispuesto para llegar a la verdad que al hombre ignorante y en quien hacen profunda mella los errores del primer advenedizo. La diferencia es muy sencilla: no siempre el saber del hombre obtiene los resultados deslumbradores que en su arrogancia ofrecía; no siempre los pueblos, cuando llegan a cierta altura, están seguros de poder domeñar la corriente impetuosa de sus pasiones; pero lo que no realiza el saber, ménos podrá lograrlo el empirismo: si de la actividad científica no siempre resultan grandes adelantos morales, es seguro que la ignorancia únicamente trae a su alcance, ó la superstición, ó un completo vacío.

Ni aceptamos tampoco, como tantas veces se ha dicho, que la instrucción haga infelices a los hombres. Prescindamos por un momento de los horizontes inmensos que se desarrollan ante nuestro espíritu desde que, por medio de la instrucción primaria, entramos en el comercio universal de las ideas, sentimientos y aspiraciones que la lectura representa: ¿acaso el hombre deja de vivir contrariado si es ignorante? Y si la tierra es un punto de prueba, un valle de lágrimas, ¿no vale más que para luchar y obtener la palma del vencimiento acudir en su auxilio la verdad, la experiencia y los conocimientos prácticos, en una palabra, todos los tesoros de la ilustración?

Ménos difícil todavía es patentizar que la instrucción pública fomenta el interés general de las sociedades políticas, en vez de contrariarlo. Nadie ignora que Balmes hallaba tres elementos legítimos en la idea de la civilización católica: bienestar físico, moral é intelectual. Veamos el modo cómo influye en los dos primeros el desarrollo de la instrucción popular.

Importa poco que en la historia de los pueblos haya períodos desfavorables para la vida física del género humano. Una ilustración a medias produce en ocasiones cierto desvío inconsiderado hacia lo que se llama material en són de menosprecio: más tarde la misma ciencia hace ver los escollos de semejante tendencia, y, bien así como tratándose del individuo el ideal se encuentra en la armonía, *mens sana in corpore sano*, se reconoce tambien que la civilización de los pueblos exige la concordia, la adherencia, el hermanamiento de fuerzas en apariencia contrarias. En efecto; por más espiritualistas y cristianas que se llamen las sociedades modernas, pueden sin desdoro abrir la puerta a la educación gimnástica de las sociedades griegas. Ha cambiado, es verdad, el fin con que semejante educación se proseguía, mas no la utilidad de ella si no traspone ciertos límites. Los hombres de constitución vigorosa y dotados de buena salud, son necesarios hoy así en la paz como en la guerra, y el pueblo que desdeña este tesoro olvida uno de los elementos propios de su civilización.

Que en lo moral presta la instrucción señalados beneficios a los pueblos, es tambien una verdad reconocida. Hay una palabra misteriosa que encierra la clave de todas las relaciones sociales: el deber. Deberes religiosos, deberes morales, deberes cívicos: hé aquí las principales etapas del progreso. Ahora bien; ¿cómo cumplirá sus deberes morales el que, por desgracia, los ignora? ¿Cómo evitará que, por una desviación lamentable, degeneren en abusivas prácticas las que oportunamente dirigidas y gobernadas son tal vez efecto de generosos impulsos ó elevados sentimientos?

La acción de la autoridad, si importantísima y hasta necesaria, no es tan eficaz que llene, ni con mucho, todo el cuadro de la vida moral del hombre: hay órdenes enteros de fenómenos que se escapan al legislador y al magistrado, y sólo la voz de la conciencia educada puede defender al hombre de sí mismo. El

gran interés del Estado es, pues, que la individualidad robustecida é ilustrada halle en sus elementos propios de criterio los resortes de la acción, el mayor caudal posible de luces para dirigirse y gobernarse en la carrera de la vida. Por esto ha dicho con razón un publicista, Stuart Mill, que en los pueblos lo que más interesa no es precisamente lo que hacen, sino lo que son; no los actos en sí mismos, sino la manera más ó ménos espontánea é individual con que se realizan.

Bastan las anteriores consideraciones para que se comprenda ya de una ojeada toda la trascendencia de la instrucción como base del progreso político y social.

J. LEOPOLDO FED.

EL DISCURSO DE M. THIERS.

Con el objeto de no dilatar los límites de la *Revista general*, no hemos dado en ella cabida al notable discurso de M. Thiers, acerca de la cuestión de residencia de la Asamblea, el día 10 de Marzo. Lo creamos, empero, digno de ser conocido, por cuya razón lo insertamos íntegro.

Hélo aquí:

«Señores: Mis colegas y yo seríamos injustificables si hubiésemos suscitado una cuestión tan grave, tan delicada, sin una necesidad absoluta. Para mí las cuestiones más desdichadas son las que pueden dividirse, porque en medio de las calamidades que nos han abrumado, no podemos salvarnos sino por la unión. (*Muy bien.*)

No ignoramos mis colegas y yo que al tocar á esta cuestión de la residencia de la Asamblea, tocamos á una cuestión candente. Para evitarla no habríamos contado con las dificultades; pero habis, sobre todo, en una situación extraordinaria, imposibilidad absoluta de administrar con dos centros de Gobierno, uno en París y otro en Burdeos.

Una larga vida me ha enseñado que cuanto más difíciles y peligrosas son las situaciones, más es la sinceridad, la verdad, el único medio de salir de ellas. (*Aplausos.*) Espero resolver con una entera sinceridad la dificultad de esta.

Para hacerlos sentir la imperiosa necesidad que nos la imponía, me veo obligado á trazarlos lo que hemos hecho en pocas semanas y mostraros en qué momento ha aflujo la unión del Gobierno.

El 19 de Febrero se presentaba ante vosotros el Gabinete constituido en dos días; el 19 partía para París; el 20 llegaba á él; el 21 me hallaba en presencia del canciller de la Confederación del Norte con la idea de la paz en la mente, porque ¿qué podíamos hacer?

París, no tomado, sino sucumbiendo al hambre, había abierto sus puertas; á pesar del valor de nuestros soldados y del talento de nuestros generales, no teníamos ejércitos; el ejército del Norte había vuelto á las plazas; el ejército del Loire había tenido que retirarse sobre Laval; el ejército del Este se había refugiado en Suiza: nos hemos defendido con nuestra resignación y nuestra desesperación, y hemos conseguido á veces hacernos respetar. (*Muy bien!*)

Asegurado el orden, era preciso rehacer la administración entera. Sabéis que el personal administrativo está en parte mal elegido, en parte es dimisionario, en parte hostil. (*Es cierto.*) Todos los cuerpos electivos están abolidos: es preciso recomponer los consejos municipales, los consejos generales. Hay que atender á grandes cargos de la magistratura, hay que traer á nuestros prisioneros, y eligiendo entre ellos, rehacer un ejército que es nuestra primer necesidad para nuestra política de paz y la conservación del orden. Hay que devolver á la provincia los móviles, los movilizados, para hacer renacer la vida en todas partes. Es preciso, por último, ocuparnos de la Europa, agitada por el espectáculo de acontecimientos, á los que no ha llevado sino una mano reservada. (*Aplausos.*)

Ahí tenéis nuestra tarea. A ella consagramos todo nuestro tiempo, todas nuestras fuerzas, mas que nuestras fuerzas á veces, porque espiramos de fatiga. (*Nuevos aplausos.*) Y sin embargo, esa obra de reorganización no la confundo con la de reconstitución: no hemos aceptado mas que la primera, entendiéndose bien.

Algunas de las partes del programa que he trazado se realizan, gracias á nuestro celo, con rapidez; pero otras, las más importantes, con más lentitud. Y es que no todo puede hacerse por correspondencia entre las dos porciones del Gobierno, una aquí y otra en París. Ahora bien; nuestro único recurso es la correspondencia.

Hubiéramos podido, hace días, nombrar los negociadores encargados de redactar el tratado definitivo y teníamos empeño en no redactar la constitución de ese tribunal á que han de ser sometidos todos los sucesos que se cometan durante la evacuación. ¡Pero cómo!

Tenéis, me dicen, el telégrafo; el telégrafo nos habría dado por confidente al señor canciller de la Confederación del Norte. Hemos querido vencer dificultades y os hemos dicho que ellas resultaban de la existencia de dos centros de gobierno. Ahí tenéis nuestra disculpa de haber suscitado la cuestión.

Se nos ha dicho que era muy fácil resolver la dificultad. Los que lo han dicho son hombres eminentes, si duda, pero no han hecho las experiencias que nosotros hemos podido hacer.

¿Por qué, se nos ha dicho, no traer á Burdeos el Gobierno todo entero, dejando en París un general y un prefecto? ¿Un prefecto y un general en París! Demostraré lo poco serio que hay en esa idea.

Por poca importancia que se dé al Gobierno actual de París, hay necesidad absoluta de que ciertos miembros permanezcan en París. Hay que seguir la evacuación paso á paso; casi todos los días el ministro de Negocios extranjeros ha tenido que ir á Versalles para obtener la evacuación de los fuertes, para arreglar las dificultades que surgen del encuentro de cuerpos franceses que van á París y de cuerpos prusianos que regresan á Alemania.

Era imposible que el ministro de Negocios extranjeros no estuviese en París: todos los días se nos señalan, y hay motivo para ello, incidentes relativos á la evacuación. Los que se dirigen al ministro de París obtienen respuesta en pocas horas. Era preciso, pues, que permaneciera allí.

Tenemos que restablecer los servicios de Hacienda. En este país, y por ello le aplaudo, se recaudan los impuestos con tal exactitud, que en los países no ocupados apenas si se hace sentir algún retraso. Pero los productos del impuesto no son iguales á las cargas que pesan en este momento sobre nosotros. Tenemos, pues, que entendernos con el Banco. Cuando yo estaba en París, todo preocupado con Versalles, necesitaba ver todas las mañanas al gobernador de ese establecimiento, indicar los puntos sobre los que deberían presentarse las necesidades.

Sabéis que ese establecimiento es independiente, y que al paso que nos da el concurso más patriótico, su consejo, en el que el Gobierno no tiene mas que tres votos, discute y debe discutir con nosotros las condiciones de los contrarios. Tenemos, pues, que estar en comunicación con el Banco.

Había invitado al ministro de Hacienda á que me acompañase á Burdeos. En París, durante el sitio, se ha hecho frente hasta el último día; pero se ha ignorado completamente lo que pasaba en provincias, y al saberse los gastos que se habían hecho en Burdeos, en Tours, la sorpresa y el susto han sido grandes. No quiero censurar á nadie: siempre es fácil acusar á los que han obrado. (*Muy bien!*)

Sin embargo, puedo decir que ha habido gastos enormes. Era preciso establecer un balance. El señor ministro de Hacienda había venido á Burdeos para este trabajo. Pero es preciso también dirigirse á todos los capitalistas, y debo decir á este propósito que el crédito de Francia ha quedado tan alto, que toda Europa le ofrece en estos momentos el dinero de que pueda tener necesidad. (*Muy bien, muy bien!*)

Pues bien; dislocando la capital, ¿podrían dislocarse también las grandes creaciones de que es el centro? Allí está el Banco, allí está el gran mercado de los capitales, que no podría trasportarse á esta graciosa y hospitalaria ciudad en que estamos, que tiene su gran comercio, pero que no es un mercado financiero.

Ved, pues, dos ministros que debían forzosamente estar en París. En cuanto al ministro del Interior.... Pues bien; sí, se ha visto amenazado el orden público; no hay que desimularlo ni que exagerarlo. Vosotros sabéis siempre lo que nosotros sabemos. Lo que ha pasado es grave, pero hay muchos errores involuntarios ante los que es preciso usar de una patriótica prudencia. El día en que los prusianos cometieron la falta de entrar en París, se apoderó de sus habitantes una gran emoción. El general tan firme y sensato que manda en París, creyó prudente, y yo lo apruebo, retirar una cierta cantidad de artillería que había junto al barrio ocupado por los prusianos.

Una parte de la población quiso ayudar á esa operación, y algunos cañones fueron transportados á puntos altos donde un error de la población le inducía á creer que hallaría refugio contra una agresión, en que, por otra parte, no pensaba el enemigo.

Este movimiento, que en su primera intención nada tenía de culpable, ha servido de medio á hombres mal intencionados para extraviar á una parte de la población. Pero se va ilustrando; ve que ha sido engañada; tenemos la esperanza fundada de evitar, diré la palabra, la guerra civil. (*Viva aprobación.*)

En cuanto á mí, y todos pensamos lo mismo en el Consejo, si el orden llega á turbarse seriamente, podréis contar con mi celo para restablecerlo con suprema energía. (*Muy bien!*) No parlamentamos con el motín, pero no tenemos prisa en emplear la fuerza, y si podemos, á costa de ese retraso, evitar la efusión de sangre, tendremos á dicha poderosos decir que ha sido conjurada esa extremidad. (*Muy bien!*)

Esta cuestión exige á la vez una gran energía y un gran tacto político. ¿Bastaría un prefecto para dirigir esa operación difícil? ¿Conoceis alguno que posea la prudencia y la firmeza necesarias? Si tenéis ese prefecto, dádnoslo (*risas*), porque será para todos nosotros y para mí en particular un grande alivio, porque podré decir: ahí tenéis el jefe del gobierno que es preciso tomar.

Nos hemos dicho que éramos nosotros todos los que debíamos resolver esa cuestión. No ha pasado día en que no me hayan pedido que vaya á París, en que no haya sentido el dolor de no poderlo hacer. Mi deber era estar á vuestro lado.

Y ahora, ¿podemos trasportarnos á París y dejar la Asamblea aquí, separarnos de ella un solo día? Si me hubiera separado de vosotros, habría abandonado uno de nuestros principales deberes, siendo uno, en efecto, el de estar siem-

pre á vuestro lado para inspirarme en vuestro pensamiento, advertiros, daros á conocer las necesidades, ponerlos los hechos á la vista de tal manera que yo, inspirado por vosotros y vosotros advertidos por mí, marchemos por el mismo camino, que es el de la salvación del país, que tendremos la honra y la dicha de hacer juntos. (*Muy bien!*)

No hay peligro para vosotros donde quiera que vayais. Si lo hubiese, yo sería el primero en arrostrarlo. Pero no puedo separarme de vosotros ni privaros de las comunicaciones que debemos haceros. Para realizar esto me he asociado á algunos de vuestros colegas, que están divididos unos en París y otros en Burdeos. Es preciso que esto cese. Dios me libre de violentar vuestras voluntades ni aun vuestras inclinaciones; pero debo haceros conocer las necesidades de la situación. Hablo ante una Asamblea demasiado ilustrada para necesitar decir más.

Estáis convencidos de que es preciso que las dos porciones del Gobierno se reúnan y se acerquen á París. Por otra parte, como no podemos separarnos de vosotros, hemos debido rogaros que os acerqueis con nosotros á París.

Bien sabía que al pronunciar ese nombre de París, grande y glorioso, terrible en ciertos días, haríamos nacer disonancias. No es que haya en nuestro país un partido que desconozca los grandes servicios pasados y recientes que París ha hecho á la Francia.

Herrecorrido la Europa, y he visto en los semblantes de nuestros amigos cierta inquietud. No osaban socorrernos, pero deseaban nuestro triunfo. Pues bien; he visto que la resistencia de París reanimaba el corazón de todos nuestros amigos de Europa, y por mi parte no podría, sin causarme horror á mí mismo, ser ingrato con esa gran población que ha realizado la Francia á los ojos del mundo entero. (*Muy bien! — Aplausos.*)

No es cierto que París haya sido siempre el autor de la guerra civil en Francia. Ha sido con más frecuencia el teatro que el autor. (*Es cierto!*)

Hay que decir la verdad á los grandes de la tierra, á los pueblos como á los reyes. París ha cometido faltas, y yo, que le debo haber sido arrancado á mi retiro y puesto enfrente de un Gobierno al que he combatido sin odio contra las personas, pero con la convicción de que llevaba la Francia á su ruina, le debo mucho, le debo la verdad.

París ha cometido faltas, sí, y las paga á muy caro precio con vuestra desconfianza. La comprendo. No os propongo que volvamos de seguida á París, como lo desean varios amigos nuestros y hombres que pertenecen á las opiniones más contrarias.

Se me ha dicho: ¿por qué no ir á París? Entrar en París de seguida hubiera sido revolver la cuestión, cosa que no deberíamos hacer. Dejarme recordaros toda la política que hemos anunciado.

¿Por qué ninguno de vosotros en esta Asamblea ha pensado en proponeros que os declarais constituyentes? Es un gran acto de sensatez de vuestra parte. No es el poder lo que os falta. Sois soberanos. Jamás el país, interrogado más sinceramente, ha respondido más sinceramente que en las últimas elecciones.

Allí donde el país estaba ocupado, los extranjeros no se han mezclado en las elecciones. En las demás partes, acaso hubieran querido mezclarse los prefectos; pero no han tenido tiempo. (*Risas.*)

Las elecciones han sido libres. Sois la soberanía viviente. El país no os ha impuesto límites; pero por un acto de cordura, que os honra y admiro, os habeis dicho: «No seremos constituyentes.» (*Reclamaciones en varios bancos.*)

Permitidme, señores, que termine mi pensamiento. Vereis hasta qué punto es profundamente verdadero. No quiero decir que habeis renunciado á hacer lo que sea necesario para la salvación del país, no quiero decir que hayais renunciado á ninguna parte de vuestro poder, no quiero decir que lo reservais. (*Muy bien!*)

Conservando toda la extensión de vuestra soberanía, os habeis dicho que no haréis sino lo que es urgente, y que en vez de constituir, os limitaréis á reorganizar. (*Movimientos diversos.*)

Permitidme; os habeis dicho que no era urgente reconstituir, pero sí reorganizar.

Os habeis dicho que si queráis ejercer el poder constituyente que tenéis, os dividiríais, en tanto que para reorganizar, todos estaríais de acuerdo. (*Muy bien.*) En efecto, velar por la evacuación del territorio, restablecer el crédito, reformar la administración, traer nuestros prisioneros, recomponer el ejército, ¿se necesita para todo esto algo que nos divida? De ningún modo. Os dividiríais tal vez en cuestiones del oficio, pero nada más.

Ved ahí lo que explica cómo hombres de opiniones diferentes han podido reunirse en un mismo Gabinete, sin que haya habido jamás una sola división. ¿Por qué? Porque hemos evitado muchas cuestiones para no poner mano más que en el trabajo de reorganización. (*Muy bien.*)

Estáis divididos, señores, y este hecho es bastante conocido para que pueda decirse sin inconveniente; estáis divididos porque lo está el país. Preciso es daros cuenta de la dificultad: es el único medio de vencerla.

Estáis divididos en dos grandes partidos: unos creen en la monarquía constitucional; otros, confiados en la gran institución del sufragio universal, ceden á ese movimiento de los espíritus que parece empujar los Estados hacia las instituciones republicanas.

Pues bien: no nos calamniemos los unos á los

otros y hagámonos justicia recíprocamente. Esos dos grandes partidos se subdividen.

Los partidarios del régimen monárquico no están de acuerdo en todos los puntos. El partido republicano está igualmente dividido, porque se compone de hombres generosos que creen en la república, aun cuando no se halle en manos de los republicanos, y de otros para quienes no hay república si no está en sus manos. (*Risas.*)

Honro á esos hombres que tienen el buen sentido de reconocer que si la institución no es enteramente tranquilizadora, es preciso que los hombres tranquilicen.

Reunidos aquí en una de las más grandes circunstancias de la historia, podréis vivir los unos al lado de los otros, pero á condición de reservar muchas disidencias. Yo mismo me vería arrastrado muchas veces á ceder á las impetuosidades de mi alma. Pero las tengo pensando en los grandes deberes que me habeis impuesto.

Si; debemos reorganizar la Francia y reservar todas las cuestiones de disidencia. Ahora bien; una de las más graves es la elección de la capitalidad, y por eso no hemos querido resolverla. Ved ahí lo que nos ha decidido á proponeros Versalles. No es el cañón prusiano, sino nuestra lealtad hacia todos los partidos lo que nos ha determinado.

En cuanto á mí, juro ante mi país y ante la historia no engañar á ninguno de vosotros, no preparar ninguna solución constitucional sin vuestro conocimiento; esto sería una especie de traición. Os lo digo á todos, monárquicos, republicanos; ni unos ni otros seréis engañados. No nos ocuparemos mas que en reorganizar el país. Si saliésemos de ese carril, nos dividiríamos y vosotros también.

Cuando el país esté reorganizado, si vuestras fuerzas han bastado para ello, y si tenemos todavía vuestra confianza, vendremos cuanto antes á decir: el país ensangrentado, cubierto de heridas que nos habeis conñado, os lo devolvemos un poco reanimado: este es el momento de darle su forma definitiva. Pero os doy mi palabra de hombre honrado, de que os lo devolveremos intacto, sin que ninguna solución haya sido alterada por una infidelidad de nuestra parte.

Tal es el pensamiento que nos ha inspirado cuando estuvimos en Versalles. Solo tenemos que dar un paso mas para tocar á una cuestión que consideramos debe ser reservada. No lo hemos hecho.

Sin entrar en los detalles materiales, me limito á decir que el resultado que proseguimos no se conseguiría yendo á Fontainebleau. Fontainebleau no es aceptable. Podría daros informaciones militares, pero sería imprudente, y me abstengo de ello. En Versalles podremos con algunos esfuerzos triunfar de las dificultades de la situación y de la distancia. Estaré constantemente á vuestro lado, porque sois mi fuerza.

Jamás me separaré de vosotros; trataré de organizar las cosas con mis colegas para orillar las dificultades y la cuestión de fondo queda íntegra. En interés de la concordia no puedo decir más. (*Muy bien!*)

Y ahora os suplico que nos concedais lo que os pedimos. ¡Ay! si estuviésemos en otros tiempos, en que las Asambleas, en que los ministros eran completamente libres, acaso pronunciase una palabra que pudiera parecer una tentativa de presión; pero plantear una cuestión de Gabinete en estos momentos sería indecoroso. (*Viva aprobación.*)

Os digo, pues, con la mayor sinceridad: suceda lo que quiera, continuaremos siendo los ministros de vuestras resoluciones; pero os rogamos que nos creais cuando os decimos: Vámonos á Versalles y no á otra parte. No os lo decimos en un tono de arrogancia ministerial, ni en provecho de un partido, sino en nombre del Estado, esto es, en provecho de la patria. (*Aplausos prolongados.*)

EL CRISTO.

(DE ENRIQUE HEINE.)

El sol se eleva en Paderborn mal humorado y triste. Malditísimo encargo ha recibido: iluminar la estúpida tierra.

Apenas iluminado un punto corre el astro á derramar su luz en otro, y quédase á oscuras el primero.

¿Sísfo vé rodar su roca, las Danaides jamás llenan su tonel, y el sol pretende en vano iluminar nuestro globo.

Al disiparse los vapores de la mañana, veo á un lado del camino elevarse la imagen del Crucificado iluminada por la luz de la aurora, roja como sangre.

Tu vista me llena siempre de melancolía, y no puedo mirarte sin compasión profunda, pues pretendiste rescatar al mundo y salvar á los hombres. ¡Divina locura!

Mal te trataron los señores del Sanhedrin. ¿Quién te aconsejó que hablases libremente sobre la Iglesia y el Estado?

Desgraciadamente para tí no se había inventado la imprenta todavía. De no ser así, habrías escrito un tratado sobre el reino de los cielos; el fiscal habría borrado lo que se refería á la tierra, y benévolutamente la censura te habría ahorrado la cruz.

¡Si al menos hubieses escogido otro tema para tu sermón de la montaña! Tenías ingenio para velar tu pensamiento y atraerte devotos.

Pero no lo hiciste; te dejaste llevar por tu genio; á latigazos echaste á honrados mercaderes del templo. ¡Malaventurado Dios! Cátaete clavado en una cruz para servir de ejemplo.

ANTONIO LLABENIA.

DISCURSO

LEIDO ANTE EL CLAUSTRO DE LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO EN LA INAUGURACION DEL CURSO ACADÉMICO DE 1870 A 1871, POR EL DOCTOR D. JOSÉ MANUEL PIERNAS Y HURTADO, CATEDRÁTICO DE ECONOMÍA POLÍTICA Y ESTADÍSTICA.

La propiedad según el derecho, la economía política y la historia.

(Conclusion.)

Contémplesse la distancia que media desde la organización de los pueblos orientales á la civilización de nuestros días y la esperanza nos animará á proseguir la tarea.

En la India y el Egipto la propiedad particular tiene una existencia precaria y se halla profundamente limitada. El Código de Manou dice, que el brahman es el señor de todo lo que el mundo encierra, y á su generosidad se debe que los demás hombres gocen algunos bienes.

Los sacerdotes egipcios, aunque sin tantas pretensiones, monopolizan también el dominio de la tierra juntamente con el príncipe y los guerreros. El sistema de castas, violenta exageración de la familia, hace que en los antiguos pueblos del Asia la propiedad tenga mas bien el carácter de colectiva, pero no en absoluto, sino con relación á clases ó instituciones determinadas.

En la republicana Grecia no es el rey ni el cuerpo sacerdotal quien dispone de la propiedad, sino la aristocracia civil ó el veto de las Asambleas democráticas. Existe, pues, entre los griegos la propiedad individual bajo el socialismo, subordinada á la suprema dirección del Estado por medio de la ley. Aristóteles, que prefiere la propiedad al comunismo de Platon, reconoce en el legislador la facultad de establecer el uno ú otro sistema.

Roma hace de la propiedad una institución política y religiosa: el sacerdote traza el surco divisorio, el término se eleva á la divinidad, y la ciudad interviene en las transmisiones. El pater familias es dueño de todo, de la mujer, del hijo y del esclavo, como de la tierra misma. La propiedad individual es fuerte y está poderosamente garantida; pero las facultades del dueño no son completas, porque la propiedad no es del hombre, sino del romano. El pretor va poco á poco limando las asperezas del *ius quiritarium*, convierte el *mancipium* en *proprietatem*, y disminuye el rigor de las sucesiones y los contratos. Bajo el imperio, la propiedad se descentraliza bastante; pero se conservan todavía algunas restricciones tradicionales y se establecen otras nuevas, tales como las legítimas hereditarias y la tasa de la usura: de suerte que no llegó á ser libre la propiedad romana. Los últimos emperadores reparten sus tierras á los plebeyos, creando el *colonato* y la *enfiteusis*, y aun á los mismos bárbaros, que las obtienen con el nombre de *beneficio*, á condición de servir como soldados; la escasez de brazos extiende á la propiedad particular esas instituciones que anuncian el feudalismo.

Durante la Edad media la propiedad recibe formas muy variadas, aunque fundadas generalmente en la división del dominio y el cultivo. Los *colonos* ó siervos de la gleba, no tenían derecho mas que á sacar de la tierra en que estaban enclavados, lo necesario para una vida miserable; el *censo* estaba obligado al pago de una pensión anual y á algunas prestaciones serviles, aunque podía redimir su condición, porque era libre abandonar la tierra censada; en el *feudo* la posesión de ciertos bienes liga personalmente con el señor directo, obligando á su servicio y defensa y á depender de su jurisdicción; por último, las *tierras alodiales* estaban libres de señorío, pero sufrían limitaciones de la comunidad. Es digna de mencionarse también la institución del *precario*, á virtud del cual la Iglesia concedía al que la donaba sus bienes, el usufruto de una cantidad mucho mayor durante su vida ó por espacio de dos ó tres generaciones, ingeniosa combinación con que la Iglesia se anticipó á los *seguros sobre la vida* de nuestros días, y uno de los medios que concentraron en sus manos la tercera parte de la propiedad existente en aquella época.

Pero vemos que la propiedad llamada libre en la Edad Media, la mas perfecta de aquel periodo, se halla todavía muy lejos de su naturaleza, porque las ciuda-

des prohíben las exportaciones, tasan los comestibles, niegan al vecino la facultad de enajenar su casa, garantía de los deberes comunes, é impiden á los *extranjeros* la edificación y las adquisiciones urbanas (1).

La monarquía, aliada infiel alternativamente de los señores y municipios, consigue absorber á aquellos y dominar á estos, volviendo á la unidad. Los reyes absolutos quieren renovar el mundo antiguo por la extensión de su soberanía, y Luis XIV dice que son dueños de todo y tienen la plena y libre disposición de los bienes, que únicamente á título de *administradores discretos* poseen tanto la Iglesia como los particulares. El empeño era vano, sin embargo, y la propiedad gana en este movimiento porque la opresión es ya de un poder solo y mas lejano. La revolución mina el despotismo de los reyes, la propiedad se emancipa y la Convención francesa declara que es un *derecho del hombre* «disponer de sus bienes, de sus rentas, del fruto de su trabajo y de su industria.» Esta consagración solemne se generaliza; mas su carácter político no ha trascendido aun lo bastante en el orden civil; es un principio que aguarda todavía algunas de sus consecuencias. Los códigos vigentes, en su mayor parte, limitan la facultad de poseer, desconociendo la propiedad literaria y la de las invenciones y manteniendo la expropiación forzosa, y atacan la extensión del dominio, restringiendo los derechos del testador; las leyes administrativas á su vez, ó los errores económicos, niegan la propiedad con los monopolios del fisco y la coartan reglamentando el trabajo—profesiones oficiales—y organizando el cambio—protección á las industrias.

Tales son en ligerísimo resumen las vicisitudes de la propiedad, que reflejan exactamente las tres épocas de la historia. Roma, que es el mundo antiguo, representa la propiedad desnaturalizada por exceso de absolutismo, que llega hasta la *esclavitud*; las invasiones, la *revolución de la fuerza*, desnaturaliza la propiedad por defecto de extensión, la hace el privilegio de los *Señores* y engendra la *servidumbre*; la cultura moderna, la *revolución de la idea*, consagra la naturaleza de la propiedad, la declara *individual*, la concede á todos con la *igualdad de los ciudadanos* ante la ley, y no reconoce mas que el *trabajo libre*.—Y siendo Roma el primer pueblo de la antigüedad, el feudalismo el germen de lo existente y nuestra época la mas adelantada en todas las manifestaciones, bien podemos establecer que la civilización ha estado siempre en razon directa de la propiedad.

Pero además de esa historia, la propiedad tiene otra que pudiéramos llamar *negativa*, una especie de reverso, porque el comunismo también engalana con la denominación de historia á la relación de sus desastres y la enumeración de sus errores. Bosquejaremos, pues, esa narración, muy conducente á nuestro propósito.

Las tradiciones comunistas se elevan hasta la Grecia; la isla de Creta y la república de Esparta son las primeras, aunque también las únicas naciones, que han vivido bajo un sistema *próximo al comunismo*. Poco conocida la organización de aquellos pueblos, sabemos, sin embargo, que Licurgo, inspirándose en las leyes de Minos, que regían en Creta, consiguió imponer á los lacedemonios un régimen semejante al de esa isla, fundado en la esclavitud, la separación de las castas, la igualdad de fortunas, dentro de la *raza dominadora*, las comidas en comun y la supresión de las monedas de oro y plata. Igual suerte corrieron ambos pueblos, el modelo y la copia; si durante algun tiempo se mantuvo aquella organización, gracias al desarrollo de las pasiones mas violentas, como el sentimiento de un patriotismo feroz, la ociosidad, el furor guerrero y la corrupción de las costumbres, al fin la barbarie de los espartanos y el cinismo de los cretenses, sucumbieron rápida y vergonzosamente, no sin haberse valido antes de la propiedad, bajo apariencias hipócritas del pasado, para fomentar los vicios que corroían á tales sociedades.

Es necesario llegar hasta el siglo XVI para ver, no ya una nación, sino alguna infeliz ciudad, víctima de los anabaptistas sometida al comunismo. Primero es

Mulhausen, donde bajo la dirección del fanático Münzer se lleva á cabo el despojo general y se establece un fondo comun para mantener la ociosidad de todos; pero como ese fondo no recibía aumento, ni era inagotable, fué preciso amenazar á los Estados vecinos y hacerles la guerra; ellos se defendieron, y los partidarios de Münzer, despues de no pocas devastaciones, fueron acuchillados, perdieron su ciudad y hubieron de asistir al suplicio de su jefe. Luego es Munster, dominada sucesivamente por Matias y Juan de Leyde, la que presencia todos los horrores que siguieron á la destrucción de la propiedad, con la promiscuidad de los sexos y el monstruoso despotismo de un rey-profeta supremo y hasta verdugo de sus justicias. Un sitio formidable en que corrió abundante la sangre y se aniquiló la población, y un nuevo cadalso para el tirano, á nombre de la igualdad, pusieron término á los estragos del comunismo anabaptista, que quiso hacer también presa de Amsterdam y llegó á conmovier la Alemania entera.

A fines del siglo XVIII, y durante algunos años del actual, es una dependencia española, el Paraguay, quien realiza el ideal de la comunidad: allí los jesuitas, apoderados de los sencillos indígenas, manejan el espíritu y el cuerpo, señalan á los hombres su tarea, dirigen las labores femeninas, recogen el producto de todos los trabajos y distribuyen el alimento á las familias, cuidan minuciosamente de la reproducción de la especie, y en suma ejercen un poder ante el cual se igualan los indios en condición, porque se convierten en autómatas. Las misiones del Paraguay vivieron tranquilas, pero en la calma de la imbecilidad y del marasmo; eran verdaderos rebaños de hombres incapaces del mal, porque también lo eran para el bien y no consiguieron desarrollo ni hicieron progreso alguno.

En cuanto á la felicidad de que disfrutaban aquellos indios y á los resultados de la educación que recibían, bien elocuentes fueron las manifestaciones con que celebraron la expulsión de los frailes y la imposibilidad en que quedaron de manejarse por sí mismos, que los sumió en la anarquía y los sometió, por último, al despotismo del doctor Francia (1).

El comunismo contemporáneo cuenta, además, con la conjuración de Babeuf, quien estuvo á punto de reproducir en Francia las atrocidades de Münzer y Juan de Leyde, y sufrió su triste suerte, y con los desventurados ensayos de Owen en los establecimientos de New Harmony y Orbiston, el falansterio de Condé sur Vegres y las colonias de Cabet y Considerant. Todas estas creaciones vivieron un día, y no han dejado en pól de sí mas que amargos desencantos en sus víctimas, el desprestigio de la doctrina á que respondían, y para sus autores el ridículo que acompaña siempre á la impotencia.

No aceptan, sin embargo, los defensores de la comunidad esa descarnada, pero verídica relación de sus apariciones en la historia, y pretenden llenar los grandes huecos que ofrece con pueblos y asociaciones, que, ó no fueron comunistas, ó tenían sus miras mas altas que la nivelación de las fortunas. El pueblo judío, que con gran empeño quieren que aparezca afiliado á su bandera, conoció la propiedad, aunque viciosamente constituida; la institución del *jubileo*, que limitaba á cierto tiempo—cincuenta años—el efecto de las transmisiones, en vez de destruir la propiedad la aseguraba en la familia. Por otra parte, ¿qué objeto tendría el precepto del Decálogo, que condena el hurto, si la nación de Moisés hubiera practicado el comunismo? Otro tanto acontece con las primeras sociedades cristianas: Jesucristo no aspiraba á la *reforma social*, porque su reino no era de este mundo, y si aconsejó el menosprecio de los bienes, no predicaba la comunidad, puesto que señalaba como deber del *rico* la *limosna*, y la resignación como virtud del *pobre*. La vida en comun que hicieron los apóstoles, fué solo un medio y una necesidad de la propaganda, y así es que desde los primeros momentos las Iglesias mismas que fundaban fueron propietarias, mientras que el mayor número de las herejías querían practicar el comunismo.

En cuanto á las asociaciones particula-

res, que en todo tiempo han hecho vida comun, son un testimonio, no favorable, sino muy contrario á los mismos que le invocan. Los pitagóricos, que establecieron conventos de filósofos en Grecia é Italia, consagrados á la abnegación y al espiritualismo mas austero; los esenianos y terapéutas, que representan el misticismo judío, y desdeñaban los bienes de fortuna entregándose á la contemplación y la plegaria en medio del celibato; tales son las sectas que en la antigüedad se apartaron de la sociedad civil y vivieron sin propiedad individual. Despues del cristianismo la herejía de los carpocracianos practica la comunidad de bienes y de mujeres en la isla de Samos y el Egipto, y se extingue en la degradación moral mas repugnante.

En el siglo cuarto comienzan las órdenes monásticas fundadas en el sacrificio de la libertad ante la autoridad despótica que las gobierna, la renuncia de los lazos de la familia y el abandono de los bienes y goces terrenales: estas corporaciones, aunque mitigando su rigor primitivo, se perpetúan y multiplican; pero, ¿se deduce de ellas un argumento en favor del comunismo? De ningún modo: esas comunidades se crearon y mantienen gracias al sentimiento religioso: son voluntarias, es decir, no se nace en ellas, sino que se va deliberadamente á buscarlas: no se proponen el bienestar, ni la riqueza, sino las privaciones y el sufrimiento: no se parecen en nada á la sociedad civil, y no pueden servir de modelo á una nación ni menos á to la especie humana. La vida contemplativa del asceta ó del monge, que es la ociosidad, y la separación de los sexos, que impide la reproducción, suponen una sociedad exterior, constituida bajo la base de la propiedad y la familia, que faciliten personas y recursos á la asociación comunista. Los establecimientos de la Moravia, consecuencia de la persecución hecha en Alemania á los anabaptistas, admitieron el matrimonio y estimularon vivamente la actividad productiva, pero ni llegaron á constituir un pueblo independiente, ni el espíritu religioso fué capaz de conservarlos, y la riqueza que adquirieron, no pudiendo darles bajo el jugo de la comunidad cultura y civilización, les llevó la disolución del vicio.

Si pasáramos á buscar la filiación de la idea, hallaríamos que el comunismo ha sido mas fecundo en concepciones que en hechos, y ha producido mas libros que casos prácticos, así como aun en esas mismas creaciones ha preferido lo fantástico á lo positivo, la novela al razonamiento. Platon, Morus, Campanella, Morelly, Cabet, todos han soñado mas bien que pensado en un régimen social, aunque ninguno ha logrado dar variedad al asunto, porque la imaginación mas brillante tropieza en él con límites infranqueables.

Y es que el comunismo, en teoría como en ejecución, no puede tener otro origen que la violencia, otros medios que la negación de la propiedad y la familia, ni otras consecuencias que la desmoralización y la ruina. La historia lo demuestra claramente á la vez que señala la reducción sucesiva del comunismo considerado en el hecho y en la idea. La antigüedad presenta dos naciones que, si no son comunistas—la comunidad no existe realmente donde hay razas como los *periecos* é *ilotas* de Creta y Esparta—destruyeron casi por completo la propiedad; luego solo dos ciudades, y por breve espacio, ofrecen el espectáculo de la anarquía comunista; despues únicamente se observan pequeñas comunidades religiosas, y allá en las tierras vírgenes de América inútiles tentativas de algunos visionarios. Los enemigos de la propiedad que querían antes el comunismo, hoy solo piden *reforma*.

Notable gradación que Proudhon describe elocuentemente. La comunidad, dice, existe bien en la familia: pero cuando estas se multiplican, la divergencia aparece, se aflojan los lazos comunes y la sociedad, que era de bienes y ganancias, queda reducida á los primeros porque los productos se separan: la civilización adelanta y la sociedad, desdiciendo siempre, tiende á hacerse asociación de seguros, de mútua beneficencia; luego simple participación; luego nada; la comunidad ha desaparecido.

Por eso, añade el escritor citado, la propiedad es un hecho universal, indes-

(1) L. Cibrario.—*Economie politique du moyen age*.

(1) Sudre.—*Historie du communisme*.

tractible, que, antes ó despues, el legislador ha tenido que sancionar, que renace de sus cenizas, como el ave fénix, cuando las revoluciones la combaten y que el mundo ha considerado en todas las épocas como la antitesis de las castas, la garantía de la libertad y hasta la encarnación de la justicia. (1)

El comunismo ha muerto y está juzgado; yace en algunos cerebros calenturientos, que todavía discuten si se establecerá con la persuasión ó por la fuerza; si admitirán la idea de Dios y del alma y de la ciencia, y si habrán de conservarse las poblaciones ó será mejor que vivamos en el campo. El comunismo es una gangrena social, que es destruida ó destruye, y ha habido la fortuna de estirparla. (2)

No es menos terminante la condena de la historia respecto del socialismo. Acabamos de verlo; los pueblos del Asia, Grecia, Roma, el feudalismo, no son otra cosa que organizaciones socialistas; la libertad y la propiedad se desenvuelven á expensas del socialismo. En vano se apellidan revolucionarios y hombres del porvenir los secuaces de esa escuela; significan el retroceso, pero un retroceso doble en la idea, porque lo radical, lo lógico, es el comunismo en el hecho, porque intentan volver á los primeros momentos de la Historia; no son mas que el doctrinarismo y la reaccion.

Extraña lógica sería la de esa revolución que pretenden continuar los socialistas, antes todo contra el poder, todo á la libertad, todo para el individuo, y ahora vuelta á pedir que la autoridad se extienda, que el Estado dirija la propiedad. El socialismo no combate de frente la libertad, porque no tiene franqueza para ello; pero ataca la competencia, que es su resultado inmediato. ¡Como si pudiera alterarse el efecto sin que la causa padezca! Esos reformadores atribuyen los males y miserias de la sociedad presente á la propiedad, al individualismo, sin reparar que este sistema no ha podido dar aun todos sus frutos, que no ha llegado á establecerse, y que hay en el fondo de nuestras instituciones y nuestras costumbres mucho mas de socialismo que de libertad.

Se ha inaugurado el régimen de la propiedad libre, y sus consecuencias han sido brillantes: en lo moral, la expansión de las ideas ha difundido la civilización y la cultura; en lo físico, la vida se ha hecho mas fácil y cómoda, como prueban el crecimiento incesante de la especie humana, el aumento de la vida media, la multiplicación de los capitales y el estado de las últimas clases de la sociedad, cuyo alimento, vestido y habitación son hoy mucho mejores que los alcanzados por los magnates de otros tiempos. No han desaparecido el vicio ni la miseria, sombras eternas de la imperfección del hombre; pero disminuyen en vez de crecer, y permiten confiar en su reducción sucesiva á un grado que apenas descomponga el cuadro del bienestar general.

Entre tanto, ese resultado nos autoriza para atribuir el mal que subsiste, no á lo que sobra de libertad, sino á lo que falta de ella; no al sistema, sino á su desarrollo incompleto todavía. (3)

No diremos que el socialismo es impotente; esa filosofía de la envidia, como la llama Thiers, excita las pasiones mas temibles, y es capaz de hacer mucho daño; pero no puede otra cosa, porque todas las declamaciones de sus adeptos no conducen mas que al despotismo bajo una nueva forma, al despotismo de los débiles contra los fuertes, de los ignorantes contra los ilustrados, ó á la espantosa anarquía que ofrece un agitador contemporáneo con la promulgación de un decreto, cuyo primer artículo diría: *Ya no hay nada.*

Segun la historia, la propiedad es el símbolo del progreso; el comunismo un sistema imposible, que no presenta ningún caso de aplicación provechosa, y el socialismo una reaccion insensata que aspira á destruir la trabajosa obra de los siglos.

Tal vez he debido concluir antes, ilustrísimo señor; pero permitidme ya que no termine sin dirigir algunas frases á

(1) *Theorie de la Propriété.*

(2) H. Baudrillard. *Dict. de l'économie politique. Art. Communisme.*

(3) Ch. Dunoyer.—*La liberté du travail.*

aquellos á quienes principalmente se dedica este solemne acto, á los que desde mañana van á ser nuestros alumnos. Permitidme que llame su atención hácia las graves cuestiones que apenas he podido indicar en mi discurso, y que les interesan muy de cerca.

Lo decía al principio y debo repetirlo ahora; toda la actividad de nuestra época está concentrada en la resolución del tema que acabo de desenvolver, y es imposible que la juventud no participe de la preocupación general; aunque lo intentara no podría permanecer neutral en la lucha, que se acentúa mas á cada instante, porque todas las opiniones, todas las escuelas solicitan con empeño su concurso, quieren utilizar su entusiasmo impetuoso y ardiente.

Es necesario, pues, que vosotros, nacidos en un período de agitación inmensa, que hace del porvenir el presente, que vive en el mañana y en una sociedad que lejos de excluir á nadie, reclama el esfuerzo de todos, es necesario, digo, que mediteis la importancia de vuestra misión y os hagais dignos de ella.

Se trata de elegir entre la libertad y la anarquía, entre la justicia y el despotismo; porque el régimen de la propiedad es la base de la organización de los pueblos y el criterio que acerca de ella se adopte ha de reflejarse en todas las instituciones.

Mis palabras no pueden pareceros sospechosas, porque yo tambien, como vosotros, tengo la fortuna de contar aun pocos años, y ni las cenizas del tiempo ni la amargura del desengaño han podido borrar en mí el amor de la juventud á lo que es noble y grande. La razón me coloca al lado de la propiedad y me dicta las conclusiones, que lealmente os expongo, porque la meditación y el estudio me han hecho ver que la grandeza está en la propiedad y no en las utopías que la combaten. Yo confío en que siendo igual camino llegareis al mismo punto.

Para ello, debéis abandonar todas las preocupaciones y reprimir los ciegos impulsos del sentimiento por generosos que os parezcan. Buscad la verdad en el fondo de las cosas y no os dejéis sorprender por el brillo superficial de las falsas doctrinas. Elaborad vuestras convicciones, huid, sobre todo, del indiferentismo, que es la miseria y la degradación de la inteligencia, y si en algun momento os veis acometidos por la duda, si vuestra fe vacila ante el problema social, cerrad el libro, recoged vuestro espíritu y en él hallareis escrito, LIBERTAD Y PROPIEDAD, porque tal es el grito de la naturaleza. — He dicho.

EL HOMBRE FELIZ.

CUENTO POPULAR.

I.

Los pocos autores que se ocupan en el Gobierno de la China están contestes en asegurar que sus emperadores son malos casi todos, ó todos sin casi. Semejante hecho, que sorprende en el primer momento, se explica muy fácil y muy satisfactoriamente, recordando que siempre que el hombre es dueño de hacer lo que se le antoja sin mas barrera que su propia conciencia, prescindiendo de ésta suele antojársele realizar actos censurables. Esto prueba, entre otras muchas cosas, que el hombre, además del de la conciencia, necesita otros frenos. Sea de ello lo que quiera, es lo cierto, si no mientan las historias, que los emperadores de China son detestables y que uno bueno es cosa del otro mundo. Adviértase que lo que en aquellas tierras se llama un buen emperador no lo querriamos nosotros, á pesar de nuestros defectillos, ni regalado que nos lo dieran. Aquel no tendríamos reparo alguno en calificarlo de pésimo. Pero en China, con todo, y ser un país inculto y bárbaro, se reflexiona de distinto modo, y al menos malo que los otros le llaman bueno, y cuando llegan á pescar uno que tal calificativo merezca, lo quieren y le consideran y le miman, y dándole todos los gustos posibles, procuran por todos los medios que están á su alcance prolongar los días de su vida.

Sucedió, pues, que el emperador que gobernaba la China en la época en que empieza este cuento, enfermó de tanta gravedad, que los médicos de cámara, después de muchas observaciones y no pocas consultas, declararon incurable la dolencia y desahuciado al régio enfermo. El tiempo se encargó de demostrar que los médicos no se habían equivocado, pues el emperador cerró el ojo pocos días despues, ni mas ni menos que uno cualquiera de sus vasallos, con la única diferencia que muchos de estos mueren en una mala cama y rodeados de miserias, al paso que aquel espiró entre cortinajes de seda y rodeado de esplendidez. El hecho capital es, que lo

mismo los emperadores que los vasallos mueren cuando menos lo esperan. Como que el difunto emperador era de lo mas malo que habian conocido los chinos, estos, aunque no lo demostraron ostensiblemente, cosa que les está prohibida, se pusieron mas alegres que unas pascuas con su muerte. Dos razones tenian para estarlo: la primera era el mal gobierno del emperador difunto; la segunda las consoladoras y fundadas esperanzas que habia hecho concebir el futuro sucesor al trono. Subió finalmente aquel á este, y fueron de ver los públicos regocijos con que se solemnizó tan fausto acontecimiento. No faltaron colgaduras en los balcones por el día; iluminaciones por la noche, y músicas y cantos y bailes y grupos de curiosos, así de noche como de día.

Para dar una idea cabal de la alegría que en todos los ánimos reinaba, bastará decir, que los ancianos del Celeste Imperio confesaron, que en todos los años de su vida habian presenciado nada semejante; confesión de sumo valor y de mucho peso, teniendo en cuenta que los viejos de todos los países dan siempre en la extraña manía de no encontrar bueno mas que lo que se hacia y acostumbraba en los tiempos de sus mocedades.

Los chinos no vieron defraudadas sus esperanzas, pues el nuevo emperador salió de lo mejorcito que en aquellas lejanas tierras se conoce. El hombre para ser bueno no necesita hacer grandes esfuerzos, y el jóven soberano tuvo que hacer menos aun que un particular cualquiera, pues, segun dejamos dicho, los chinos, lejos de ser exigentes, se contentan con poco. Con cobrar algunas contribuciones menos de las que cobraban sus antecesoros; con no escoger á diferencia de sus abuelos, mandarines descorazonados y con no mandar apalear á tantos y matar menos de los que aquellos solian, andaban los súbditos frotándose las manos de satisfacción y haciéndose lenguas en alabanzas de su emperador.

El país prosperaba que era un gusto; todos los ramos de industria se desarrollaban de una manera sorprendente, y como el soberano, á fuer de bueno y justo, detestaba las guerras que á nada mas conducen que á la ruina del Estado, ó al despotismo del jefe supremo, marchaban las cosas tan en popa, que no faltó alguna cabeza caliente que pensara en un imperio universal, cuyo centro fuera Pekin. Por fortuna esta locura, que sale á relucir siempre que un país alcanza un grado de prosperidad mas alto de lo acostumbrado, no pasó mas allá del estrecho círculo de unos cuantos ilusos; y la nación se vé libre de las consecuencias fatales que siempre llevan en sí semejantes proyectos. A nadie se le antojó meter al nuevo emperador en tales maquinaciones, y él se contentó durante toda su vida con serlo simplemente de la China, que, á decir verdad, no es un grano de anís. No hubo, es cierto, grandes batallas que ganar, ni soberbios triunfos que celebrar; pero hubo en cambio, mucha paz; mucha tranquilidad; pocas lágrimas derramadas, ninguna sangre vertida, y no se contaron otros huérfanos que aquellos que la muerte natural se encargó de hacer tales. Entre unas y otras de estas cosas, nosotros, salvo mejor parecer, estamos por las últimas; y como nosotros debían pensar los chinos de aquel entonces, pues querían entrañablemente á su emperador; andaban siempre sollicitos por complacerle en todo y por evitarle disgustos, con el muy santo objeto de que no experimentara su interesante salud quebrantamiento alguno.

Y á fé que bien necesitaba él de estas y toda clase de consideraciones; porque desgraciadamente la enfermedad de que habia muerto el anterior monarca, era de las que se transmiten de padres á hijos, con lo cual dicho se está que el jóven emperador no tenia una de las constituciones mas robustas, y que siempre, por el contrario, estaba delicado y enfermizo.

II.

Las enfermedades hereditarias, á pesar de toda la ciencia de los médicos y contra el inmenso número de preceptos higiénicos, suelen siempre hacer lo que les da la gana, y desgraciadamente para la humanidad, suele darles la gana de no dejar libre de su tributo á uno solo de los miembros de la familia en que aparecen. Esto es lo general, sin que nosotros pretendamos decir que no tiene sus excepciones, que ojalá fueran mas numerosas y frecuentes de lo que en realidad lo son. Diremos, sí, y lo diremos sin restricción alguna, que la mala estrella de los chinos quiso que su jóven y excelente emperador no fuese una de las sobredichas. El padre, juntamente con la corona, habia legado á su hijo la enfermedad, causa de su muerte.

Por algun tiempo aquella habia permanecido latente y hasta cierto punto inactiva, ó dando á lo menos muy débiles y pequeñas muestras de su existencia. Ya estaba próximo el soberano á cumplir aquel número de años, que como barrera á ciertas enfermedades transmisibles señalan algunos prácticos desmentidos no pocas veces por la experiencia, sin que, con gran contentamiento de todos, experimentara otras novedades que las muy ligeras que desde niño sentia. Ya todos los súbditos del Celeste Imperio preparaban otras fiestas tan lucidas como las que tuvieron lugar para la coronación del monarca; y ya muy orondos y muy huecos los médicos, pensaban declarar á la faz del mundo, por medio de un aforismo, que pasado tal número de años tal enfermedad hereditaria no debia inspirar recelo alguno; cuando á aquella se le antojó despertar de su apatía y hacer del cuerpo del emperador su campo de batalla; es decir, su

campo de destrucción. Las incomodidades, hasta entonces ligeras é inofensivas, empezaron á adquirir un prodigioso desarrollo. A la magra se fueron uniendo sucesivamente la tos, la respiración frecuente y trabajosa, la fiebre, las traspiraciones copiosas y demás síntomas, que adquiriendo cada día mayores medros, dieron finalmente con el emperador en el lecho. Lo que meditaban los médicos, lo que estudiaron, lo que combinaron y probaron, solo ellos y Dios lo saben. Pero todo era inútil. La enfermedad hacia progresos, sin que nada fuera bastante á contrarrestarlos; el régio paciente se iba debilitando de un modo harto notable, y los hábiles doctores empezaban á dudar de la eficacia de sus recursos. Y cuidado que la China tiene fama de abundar en sustancias medicamentosas, y no medicamentosas como quiera, sino de una actividad y eficacia admirables. Pero no hay que darle vueltas; cuando la muerte dice: *A este me llevo*, no valen un comino todas las sustancias y todos los médicos del mundo; se lo lleva, y *laus Deo*. Resolviéronse, en fin, los de la China á declararse impotentes para el caso, dando por desahuciado al enfermo; y como entonces, por no haber aun pensado en nacer Boerhaave, no quedaba el recurso de echar mano del célebre sobrescrito: «A Boerhaave en Europa;» pero sí el de usar los pretendidos conocimientos de un curandero que en aquella sazón estaba muy en boga en Pekin; á él acudieron la familia real y los altos dignatarios, dando por un momento crédito á las maravillas que de su ciencia se contaban. Fué llamado este, y con mas vanidad y prosopopeya que todos los médicos habidos y por haber, penetró en la régia estancia, contentándose que era un gusto y mirando por encima del hombro á los facultativos de cámara, que cariacontecidos y mal humorados en una de las antecámaras se hallaban.

Acercóse al lecho, tosió, tomó el pulso, hizo varias preguntas, frunció el entrecejo, y con igual continente, y por donde habia entrado salióse hasta llegar á una de las salas inmediatas, donde le esperaban los altos dignatarios para saber cuál era su opinion y cuáles las medidas que habian de tomarse.

—Y bien, señor facultativo, preguntó uno de ellos, apenas llegó al susodicho lugar el curandero, que oyéndose tratar de señor y facultativo, creció, sin exageración, un palmo en menos de un segundo; ¿qué juicio ha formado Vd. de la enfermedad?

—No procedería yo como filósofo, repuso el interpelado, si no declarase desde luego que S. M. I. se encuentra sumamente grave. Los que hasta ahora le han asistido han dejado tomar pié y desarrollo á la enfermedad.

Semejantes palabras produjeron una dolorosísima impresion en todos los circunstantes. Esto, al menos se retrató en el rostro de cada uno de ellos; pero ¡vaya Vd. á saber á punto fijo lo que pasa en el ánimo de los cortesanos chinos cuando está gravemente enfermo un rey ó emperador, que para el caso lo mismo da emperador que rey!

—Sin embargo, prosiguió el novel facultativo, la ciencia no ha agotado sus recursos, y creo no engañarme asegurando que aun resta por probar uno, capaz de devolver su importante salud á nuestro magnánimo emperador.

—¿Cuál es? ¿cuál es? preguntó con mucha insistencia el que parecia ser el mas digno de todos los dignatarios. Sea cual fuere, lo aplicaremos sin pérdida de tiempo y si en todo el imperio no se encuentra, lo iremos á buscar, si preciso fuere, al fin del mundo.

—Sí, al fin del mundo, dijeron todos en coro.

—No se necesita tanto ni mucho menos, señores, pues el remedio en que, con justos motivos, pongo mis esperanzas todas ha de encontrarse en el territorio de este vasto imperio, siendo esta circunstancia tan indispensable, que, de tener que acudir para hallarle, á otros dominios, perdería aquel toda su virtud y eficacia. Consiste, pues, el tal medicamento... Y al llegar á este punto, se hicieron todos oídos los cortesanos tolos para no perder una sola palabra de las que iban á salir de los labios del curandero.

Este prosiguió.

—Consiste, pues, el tal medicamento en buscar un hombre que se considere feliz en este imperio; traerle luego á este régio alcázar, y quitándole la camisa que lleve, pondréla á nuestro soberano. Es circunstancia tan indispensable la prisa en desvestirse al uno y vestir al otro para que no se enfrie la camisa, que, faltando ella, no respondo de los buenos resultados del tratamiento.

Miráronse unos á otros los cortesanos como sorprendidos de que un hombre, que tales sanedeces proponia, hubiese adquirido fama de inteligente, y aun dicen algunos historiadores, que no faltó quien, olvidándose del pesar, soltara la carcajada; ni quien concibiera la idea de despachar á cajas destempladas á tan descarado farsante como por sus medicamentos manifestaba ser el tal médico. Sin embargo, temerosos por una parte, de que el pueblo liciere una de las suyas sabiendo que no se habian empleado en pró de la salud de su querido emperador todos los medios, y dando, por otra, franco acceso á la esperanza que, para alimentarse, prescinde de la razón y de todo lo que con la fe no pueda estar conforme, resolvieron por mayoría de votos, que tambien se conoce en China el sistema de las mayorías—hacer uso del medicamento que tan ridículo y descabellado les pareció en el primer momento. Al efecto, preguntaron al doctor *Camisa*—que así dieron en llamarle desde entonces—cómo habian de componerse para encontrar en China un hombre que

se creyera feliz; á lo cual contestó él, que no veía otro medio que nombrar una comisión que fuera recorriendo el imperio todo; preguntando á todos los súbditos é investigándolo todo, hasta dar con lo que se buscaba, y era de tanta precisión para la tranquilidad y bien del Estado.

Tomada en cuenta y admitida por unanimidad la proposición, dióse por terminada la sesión, y fuese cada mochuero á su olivo, ó cada cortesano á su casa ó palacio—que no están acordes los autores en si es casa ó palacio la de los cortesanos chinos, aunque, visto lo que en otros países sucede, se inclina más á esto último—y prometieron todos ellos levantarse con el alba para activar lo de la comisión investigadora, á fin de que no se dilatará la aplicación del heroico remedio.

III.

Nombrada la comisión que por aquello de que, mas vale que todo quede en casa, se componía en su totalidad de miembros del *officium palatinum*, ó como se llame en China, se echó por aquellas tierras de Dios en busca de un hombre feliz. Empresa es esta que, á primera vista, parece sumamente fácil, pues no existe villorrio alguno, por insignificante que sea, donde la generalidad del vecindario no envidie la suerte de alguno de los moradores, que, á dar crédito á lo que se dice, es el hombre mas feliz del universo.

Fulano es un rico; no tiene que trabajar para comer; nada le falta; se da todos los gustos; hé aquí lo que de él se dice constantemente y por ende nadie encuentra obstáculo en llamarle feliz. Pero acérese uno al Fulano en cuestión; hable con él algunos momentos, y si despues de haberle oído le juzga feliz, el autor de este cuento consistente de buen grado en que le emplumen. Y esto que decimos con relación á un solo individuo, lo hacemos desde luego extensivo á la humanidad entera. En este mundo, por lo que á la felicidad toca, el que no cojea del un pié cojea del otro, y la generalidad cojea de entrambos, que es lo mas sensible. Vista de tapias afuera, no hay casa que al vecino no le parezca el alcázar de la dicha y del sosiego; pero la procesion suele ir por dentro, y no hay casa que no celebre la suya; unas mas grande y pomposa que otras, pero todas sin excepción tienen su lado flaco. Todo esto y mucho mas sabian los señores de la comisión; pero como que nada hay imposible para Dios, seguian su camino alentados por la idea de que acaso aquel habia hecho nacer en China lo que es muy probable que en ningún otro país se encontraría entonces, ni se encuentre en la actualidad.

Caminaban, caminaban los comisionados sin saber á quién dirigirse; porque todos los que encontraban decian muy alto por su aspecto que todo podian ser, menos felices.

La noche mientras tanto iba entrando con bastante prisa, como que lo era del mes de Diciembre, y ya desesperaban aquellos de encontrar lo que anhelaban, cuando acordóse uno de ellos de cierto general que por las cercanías del lugar donde estaban vivia; general que despues de haber ganado muchas batallas y obtenido grandes honores, en el reinado anterior, se habia entregado al sosiego de la vida privada. General retirado y cargado de honores y riquezas, pues feliz debe ser—dijeron los comisionados todos, apenas el de la idea feliz se la hubo comunicado. Consecuencia de este raciocinio fué enredar los pasos á la casa del honrado y valiente veterano. Halláronle sentado á una mesa deleitándose ante una enorme taza de té, cuyo exquisito olor demostraba ser aquel del mas excelente. No se sorprendió al ver gente palaciega en su casa, pues á ello estaba muy acostumbrado; pero quedóse como cajo del cielo, cuando el jefe de la comisión le hizo sabedor de que, en virtud de una órden terminante del soberano, debia partir con ellos á Pekin.

—S. M. me honra con demasia—repuso, luego que hubo salido de su estupor—por ello le vivo y le vivirá eternamente agradecido.—Pero decidle en mi nombre que yo no sirvo ya para el caso; que aquel brazo, tan temible y tan temido en otros tiempos, apenas tiene hoy fuerzas para levantarse. Mi espada no tiene ya quien la blanda y los campos de batalla no son hoy, como en otros tiempos lo fueron, mi elemento.

—Pero, señor general, no se vaya V. E. por los cerros de Ubeda; mire que aquí no se trata de espadas, ni de campos de batalla, ni de nada que se le parezca. El papel que V. E. ha de representar en esta nueva empresa, es pacífico hasta dejarlo de sobra, sin que por ello deje de redundar en gloria y provecho del que logre desempeñarlo cumplida y dignamente.

—Pues bien; si á mí se me considera capaz de esa empresa, y yo juzgo que, en efecto, lo soy; no se dirá que por un fraile se pierde el convento.

—Sepa V. E., pues, que se trata de salvar á nuestro emperador de una muerte segura.

—Y con él?

—Muy fácilmente.

Y á renglón seguido refirió el comisionado en jefe todo lo que habia pasado; y como por considerarle á él feliz, acudian para que se prestara á lo que, sobre ser obligacion suya, era una obra humanitaria.

Estuvo el general atentamente escuchándole, y apenas hubo concluido, lanzando un profundo suspiro, exclamó sorprendido y lleno de la mas perfecta admiración:

—¡Feliz yo, señores! ¡Feliz yo que me considero, y soy en realidad, el mas desgraciado de los mortales! Si un hombre feliz se necesita, vayan Vds. á cualquiera otra parte, sin acor-

darse nunca de esta casa, donde todo puede encontrarse menos felicidad.

—Déjese V. E. de jeremiadas y no quiera hacernos comulgar con ruedas de molino; pues barto sabemos nosotros que las riquezas, y sobre todo las riquezas bien adquiridas, son títulos mas que suficientes á labrar la felicidad en la tierra.

—¡Las riquezas! buenas están ellas para proporcionar la felicidad. En algo mas que en semejante cosa estriba esta; y bien puede asegurarse que muchos que tienen fama de muy ricos y que lo son, en efecto, son mas infelices que casi todos los que viven sin mas recursos que los de la caridad.

—¿Y la gloria?

—Poca cosa para hacer la felidat de nadie. En la juventud nos deslumbra, en la madurez de la vida nos complace, en la vejez no hacemos caso de ella. Y aun cuando nada de esto fuese cierto, ¿creen Vds. que los militares honrados adquirimos riquezas y honores sin que demos algo en cambio? Pues sepan para su gobierno, que yo los tengo adquiridos á fuerza de desazones que han quebrantado mi salud y de heridas que me tienen medio año postrado y el otro medio achacosos. Juzguen ahora Vds. si puedo considerarme feliz. Déjenme, pues, en paz y váyanse, ó quédese á pasar la noche en esta casa, si lo desean; que yo con gran dolor de mi alma no sirvo para devolverle la salud á nuestro emperador.

A tales razones nada tuvieron que contestar los comisionados, y como era ya bastante tarde, resolvieron pasar la noche en casa del general, donde la pasaron divinamente durmiendo á pierna suelta, gracias al cansancio del camino y á pesar de lo preocupados que los traian sus investigaciones para dar con un hombre que se considerara feliz.

IV.

Tempranito se levantaron los señores comisionados. El sol se encontraba casi á la mitad de su carrera; hora que representa el medio dia para nosotros las gentes de poco mas ó menos; pero que equivale á la media noche para la generalidad de los cortesanos y que por lo tanto es en la que mas delicias ofrece la cama. Saltaron aquellos de esta; tomaron un ligero almuerzo—equivalente á un suntuoso banquete para nosotros,—que de muy buen grado les hizo servir el general, y despues de despedirse de éste y de darle un millon de gracias y de hacerle otro millon de ofrecimientos, volvieron á las andadas. Echando sus cuentas, pensaron para dar con lo que buscaban, en un sábio, que por entonces meia mucho ruido en China.

Llamábanle en aquellos países Kong-Tsee, nombre que nosotros hemos hecho menos inarmónico y mas fácil de pronunciar, convirtiéndolo en Confucio. Este tal, hombre muy apegado á las antiguas costumbres, habia dimuido un empleo que desempeñaba con aprobacion y contentamiento de todos sus administrados, y retirándose á la vida privada á deplorar la muerte de su madre. Así estaba mandado por las antiguas leyes, y Confucio las respetaba demasiado para faltar á ellas. Deseoso, empero, de no desperdiciar el tiempo, dedicóse al estudio, y en los momentos en que pasaba lo que vamos refiriendo, ocupábase con todo el empeño imaginable en indagar la verdadera nocion de la felicidad. Dióse al espíritu del mal, cuando le anunciaron la visita de los comisionados, pues estaba ya á punto de resolver la gran cuestión; pero, como á pesar de ser filósofo, tenia buena educación—lo que no siempre acontece—dejó el bufete y se encaminó á la sala de recibo, donde le esperaban aquellos. Saluáolos muy cortesmente, haciendo tres reverencias que, á ser un poco mas perfectas, le hubiese valido cada una de ellas un chichón en la frente; contestáronle de igual modo los comisionados, y entrando en conversacion, le expusieron lisa y llanamente el objeto de su visita.

Rióse Confucio á mandibula batiendo al oír aquello de la camisa que tan grandes prodigios habia de realizar, y mas aun, al saber que se le tenia por hombre feliz; á él que estaba fuertemente persuadido de que la felicidad es imposible en la tierra. Dadas su talento y la razon, que de sobra le asistia, fué la cosa en extremo fácil demostrar á los comisionados lo muy equivocados que estaban llevando semejante opinion. Y como estos le opusieran la dicha, resultante de la contemplacion de la verdad; contemplacion que, segun la voz pública, era el pasto y alimento de su alma, contestóles que nadie puede en la tierra vanagloriarse de contemplar la verdad; que solo, y á fuerza de mucho estudio, conseguimos entreverla, y que, lejos de ser la ciencia fuente de felicidad, lo es, por el contrario, de desgracia; pues, á medida que en ella progresamos, váncenos convenciendo de nuestra ignorancia y de lo muy difícil que es la adquisicion de la verdadera dicha. Todo esto dijo el bueno de Confucio y todo esto demostró con tanta claridad y tal fuerza de razones, que los comisionados no pudieron menos de convenir en que habian procedido de ligeras y sin contar con la huésped.

Cabizbajos y mohinos además dejaron, pues, la humilde morada del filósofo, y firmes en su propósito, á pesar de los raciocinios y argumentos de aquel, acerca de la felicidad en la tierra, anduvieron la parte de dia que aun restaba y todo el siguiente y otros muchos mas, dirigiéndose siempre á aquellos individuos que, por reunir algunas de las condiciones que, segun el vulgo, originan la dicha, juzgaban ellos capaces de ser felices. No quedó rico propietario, ni comerciante afortunado, ni amante querido, ni

hombre que tuviera muchas y lindas mujeres á quien no acudiriesen; pero siempre tan sin resultado ninguno, que, desesperanzados ya, daban la vuelta á Pekin donde, segun todas las probabilidades, no habia de irles muy bien la fiesta, caso de que llegasen sin lo que todos los habitantes de aquella gran ciudad esperaban como al Espíritu Santo.

V.

Poco debia faltarles para tocar el término de su expedicion, hasta entonces desgraciada, cuando, en medio de un espeso y extenso bosque donde, segun todas las apariencias, no debian encontrarse mas que fieras y aves de rapiña, vino á sorprenderles el sonido de una flauta, que tal parecia, interrumpido á intervalos, para que los labios que le arracaban sus melodías eotonasea unas roncadas chinas, que mas que tales parecian malagueñas.

—Feliz debe ser la persona que toca ese instrumento y que entona tan festivas canciones; porque solo uno que rebosa felicidad puede dar señales de alegría y satisfaccion en lugar tan agreste, solitario y peligroso como este parece y debe ser indudablemente.

Esta observacion, hecha por uno de los comisionados, pareció muy acertada y lógica á los otros y en consecuencia, determinaron recorrer todo el bosque hasta encontrar el músico feliz. Así lo hicieron, y despues de muchas vueltas y otras tantas revueltas, preparon á unas peñas medio ocultas entre yerbas y matorrales, y de donde, al parecer, venian el sonido y los cantos, y allí, subido en la mas alta de ella, dieron con lo que tanto buscaban y no era otra cosa que un pastor que, mientras pacian las ovejas, se divertia en tañer el caramillo y entonar alegres cantares. Tenia el tal pastor, como generalmente todos los de su oficio, una de las mas repugnantes fisonomias que imaginarse pueden, con la cual y con lo solitario del sitio estaba en perfecta consonancia su traje. La frente, á pesar de que, segun la costumbre, tenia aquel rapada la cabeza, no pasaba de dos dedos; los ojos estaban exageradamente en ángulo agudo; la nariz era de lo mas chato que puede concebirse y la boca nada pequeña. Añádase á esto lo tostado y áspero del cutis, y se tendrá una idea aproximada de la persona que hallaron los señores comisionados.

El traje consistia en una especie de chaqueton abotonado perfectamente, de modo que nada de lo que debajo de él habia podia descubrirse, y en unos pantalones, confeccionados estos y aquel de pieles de oveja, dispuestas de tal manera, que la parte exterior del traje quedaba constituida por la superficie lanuda de aquellas. Parecia en el primer instante, mas que hombre, una oveja caminando en los piés.

¿Cómo quedarían de sorprendidos los actores todos de esta escena, no hay para qué decirlo! Estuvieron contemplándose atentamente por un buen espacio de tiempo, admirados los comisionados de la mala facha y el peor traje de pastor y éste de la riqueza y lujo de aquellos, hasta que, poniendo término á la contemplacion y despues de haberle saludado, dijo uno de los primeros al segundo:

—¿Es Vd. feliz, buen hombre?

Miróle el pastor y gana tuvo de contestarle un «¿Vd. qué le importa?» pero, visto el aspecto de aquellos señores que, en su concepto, debian ser principales y visto, por otra parte, el imperio con que le fué dirigida la pregunta, creyó conveniente usar de cortesía y así respondió:

—Sí, señor, me juzgo feliz y no dudo en creer que lo soy.

Figúrense nuestros lectores el alegron que semejante respuesta produciría en el ánimo de los comisionados. La historia no se ha creído con fuerzas suficientes para describirlo y á nosotros nos sucede dos cuartos de lo mismo; pero si diremos, porque de positivo lo sabemos, que todos ellos se echaron sobre el pobre hombre, y besándole y abrazándole—le lo cual no se maravillaba poco el pastor—le indicaron que inmediatamente habia de ponerse en camino con ellos; el objeto de tal viaje; la indispensable necesidad en que estaba de obedecerles y lo mucho que ganaria con seguirles, dejando á un lado—añadieron—que, en caso de resistencia, usáremos de la fuerza sin reparo ni consideracion de clase alguna, pues tales y tan terminantes son las órdenes que traemos.

A tales argumentos no habia contestacion que dar, así es, que tomando los consejos de la prudencia, resolvió seguirles aunque fuera hasta el fin del mundo. Despidióse tiernamente de aquellos sitios; dió un fuerte y cordial abrazo á cada una de sus ovejas y muy cerca de un centenar al perro, único compañero de sus fatigas, y maldecido interiormente de su felicidad, echó á caminar juntamente con los comisionados, que no se daban punto de reposo en manifestarle afecto y agradecimiento.

Al siguiente dia llegaron á Pekin, y á fe que llegaron á tiempo, pues ya el pobre emperador estaba mas muerto que vivo, con lo cual y con la tardanza de los comisionados estaba consternada to la capital. Reanimóse empero, con la noticia de la llegada de aquellos y mas aun, sabiendo que traian lo que tanto deseaba.

El pastor tenia cada vez mayores motivos para admirarse viéndose blanco de la pública curiosidad y, segun pudo observar, la envidia de muchos; habitando en el real palacio, comiendo como nunca en su vida habia comido y bebiendo mejor aun de lo que comia. Pero mas que todo esto le admiraba, y aunque luchaba por explicárselo, no lo conseguia, el hecho de que le regalasen de todos modos sin acordarse

de mudarle de traje, siendo así que, á su parecer, era lo que mas necesitaba, pues el suyo nada tenia que lo hiciera digno de conservacion, ni de tantos miramientos como con él se habian guardado y se guardaban.

Llegada la tarde de aquel mismo dia, que fué la designada para la aplicacion del heroico remedio; condujeron á nuestro hombre á la estancia donde, casi caláver ya; se encontraba el monarca, rodeado de sus deudos y altos dignatarios. No faltaba, como es de suponer, el doctor Camisa, pues, temerosos todos de que por falta de presteza se lo llevara todo la trampa, habian convenido y resuelto que él mismo fuese el encargado de llevar á cabo la operacion.

Dejó á la consideracion de mis lectores el imaginarse la ansiedad que reinaba en el ánimo de los circunstantes y las mil y diversas ideas que por el pensamiento de cada uno de ellos cruzaban. Ello es lo cierto que, trascurridos algunos instantes, levantóse el doctor, y dirigiéndose al pastor, empezó con no poca sorpresa de este á desabotonarle el chaqueton; tarea en que no se detuvo hasta haber llegado al último de los botones. Echó mano luego á las mangas por sus extremidades, y haciéndolas correr á lo largo de los brazos, dió con el chaqueton en tierra. Aquel fué un momento de verdadera é inexplicable sorpresa. El doctor Camisa quedóse con los brazos extendidos hácia á delante; los otros médicos se codeaban, sonriendo maliciosamente; los cortesanos parecian otras tantas estatuas; la familia real lloraba á lágrima tendida; el pastor, en el colmo de la estupidez, no podia comprender aquellas extravagancias que con él, sin haber cometido falta alguna, se hacian, y en medio de todo esto y cuando todos estaban en bíbia, hizo señal el emperador de que le incorporaran; incorporáronle del modo que mejor pudieron y supieron; despidióse de todos y cada uno de los presentes; inclinó ligeramente la cabeza; hizo dos ó tres contorsiones, y *requiescat in pace*.

El hombre mas feliz del celeste imperio no tenia camisa y por tanto fué imposible la aplicacion del remedio que habia de salvar al emperador.

VI.

Algunos dias despues, sabedor Confucio de todo lo que habia pasado; espresó del siguiente modo su teoria sobre la felicidad: *La felicidad consiste en sabernos contentar con nuestra suerte.*

M. C.

ESTUDIO PRELIMINAR

SOBRE LA LEY PROVIDENCIAL DEL PROGRESO.

XI.

Consecuencias del individualismo. (1)

Con raras y consoladoras excepciones, la juventud se educa bajo el pernicioso influjo de ese individualismo grosero, que considera al hombre enemigo de sus semejantes, y todos á porfia se afanan por adquirir reputacion de talento, de virtud, de moralidad y de elocuencia; buscan celebridad, invocan la libertad, declaman amor al pueblo, ó fingen adhesion al trono, ferviente devocion católica para aumentar el valor en venta. La integridad aparente, la inteligencia, la rectitud de juicios y el patriotismo, no son otra cosa más que las cualidades venales que hacen subir el precio de los artículos en el público mercado del favor. Los llamados hombres de Gobierno, por que todos los nombres se prostituyen, no atienden al mal, rien en los festines, protejen el monopolio y sirven admirablemente al interés mercantil y especulador que los eleva al poder, al inagotable manantial de riquezas. ¿Qué les importa, insensatos, que la llaga social adquiriera tan gangrenosa condiciones que exija el cauterio?

Imbuidos en semejantes máximas los jóvenes que se educaron en la época de 1820 á 1830, quienes hoy dirigen casi exclusivamente los destinos públicos en los países regidos por Constituciones liberales, y contagiados con el ejemplo que les ofrecieron durante el apogeo del doctrinarismo en Francia los renegados del partido liberal, no es de extrañar que se haya adoptado por la generalidad de los hombres públicos el impio principio de los jesuitas, que considera al *hombre malo por su naturaleza*, y declara que es necesario reprimir sus pasiones; que admite seres privilegiados, que nacen buenos, á quienes en consecuencia pertenece la direccion de sus semejantes, condenados á perpétua tutela y al eterno suplicio de Tántalo, cuya personificacion son en la tierra. Desdichados los que resistieron á la

(1) Escrito todo este estudio preliminar ántes de 1868, y con el propósito de publicarlo íntegro en 1866 con la obra de que forma parte, como en fragmento se habia ya publicado, se refiere en todas sus apreciaciones á la época de la dominacion doctrinaria, cuyo sistema critica bajo un criterio democrático.

seducción de las positivas teorías doctrinarias, de justo medio, de realismo interesado y de hipocresía, porque calificados de demagogos, ilusos y aun anarquistas han vegetado en la oscuridad, sin carrera ni asiento en el festín, siendo cuando más compadecidos por la extravagancia de sus utopías de progreso y armonía social. ¡Como si el Evangelio no estuviese aun envuelto, como en la mística, en el estrecho capullo de la utopía! Se han realizado por ventura para la humanidad, dividida de hecho en castas, la moral austera, la tierna fraternidad, la apacible mansedumbre, la santa igualdad que enseñó con su ejemplo y por medio de sublimes parábolas el divino Verbo encarnado en el dulcísimo Hijo de María? Preguntádselo á Roma, al sacro colegio y á los novecientos obispos del orbe católico, afiliados ó sometidos á la mecánica regla de Loyola.

Bendigamos con todo á la Providencia, que en su bondad infinita, en su inmensa sabiduría ha querido que los sufrimientos de la humanidad la estimularan eterna é incesantemente al progreso, y que ha dispuesto que este se verifique por una sereno interrumpida de emancipaciones, para que el sér colectivo marche con plena conciencia á la realización de su magnífico destino. Considerando la distancia que nos separa del momento en que Adán (1), llevando á Eva del brazo, salió atribulado del Paraíso, pero con el ardiente deseo de volver á él; reproduciendo en nuestra memoria las fatigas de su jornada, los tormentos que le ha costado cada progreso; que una de sus mayores glorias fué la de rescatar su vida al precio de la libertad; que redimió el oprobio de la esclavitud por la abyección de la servidumbre, y que comenzó su regeneración por el humilde título de asalariado, última etapa de su triste infancia; al contemplar en el pasado y en el presente que todas las verdades se han elaborado en la conciencia universal, primero por misteriosas iniciaciones, y luego por terribles sacudidas contra la preocupación y el error, triunfando siempre la razón, á pesar de los verdugos, de los soldados y de los inquisidores de todos los tiempos; al ver, en fin, por qué escandaloso conjunto de atentados, errores, abusos y torpezas ha perdido todo su prestigio en Europa la absurda teoría de los derechos hereditarios, que acataban las masas como una religión, y se halla en la agonía la institución del poder absoluto y patrimonial, que parecía llena de vida á principios del siglo, nos sentimos de tal manera conmovidos y penetrados de reconocimiento, que solo hallamos en nuestro sér impulsos de esperanza y alegría, reposando un momento para bendecir de nuevo los sufrimientos de nuestra infancia. Era necesario que la humanidad, víctima de todo género de penalidades, se arrastrase mendiga y despreciada por los altivos señores de su ignorancia, para que, reconcentrándose en la majestad de su tristeza, comprendiera la fuerza de su derecho, único principio de justicia que le ha sido impuesto por la soberana razón de su Criador, único criterio que debe guiarla á utilizar para todos sus miembros los tesoros de saber por su genio acumulados en la peregrinación de los siglos.

F. J. MORA.

PARÁNGONES MONÁRQUICOS.

ARTÍCULO VI.

La frase *lista civil* no está adoptada todavía por nuestros Códigos lingüísticos; pero es corriente ya en los usos parlamentarios designar con ella los gastos de la Casa real, siguiendo la tecnología francesa.

Dueños de vidas y haciendas los reyes absolutos, su capricho era el regulador de las rentas públicas, viniendo á ser inútil la intervención que raras veces ejercieron los Parlamentos antiguos, á pesar de que la sostuvieron con heroico empeño en circunstancias dadas, para regular el empleo de los impuestos.

Trasladada en la práctica desde el monarca al pueblo la soberanía eminente del Estado, aquel no puede tener otro carácter que el de primer preceptor del impuesto, no el de gran limosnero de la

nación. La votación y la distribución de los impuestos constituyen los principales resortes de la política moderna, correspondiendo exclusivamente al Gobierno la responsabilidad de la gestión. Los que quieran examinar detenidamente esta materia bajo su aspecto social, económico y político, que consulten á Cormenin en una de sus obras (1), quizá la mas popular y afortunada de las varias suyas, con serlo tanto todas.

En ella, y al final de la primera carta, hallarán el siguiente párrafo, que resume el pensamiento del gran escritor: «Por lo que á mí respecta,—dice combatiendo á los mantenedores de opiniones contrarias á las suyas,—no sé por qué capricho de imaginación me habia forjado ideas enteramente opuestas. Me figuraba que no era en la exageración de la lista civil; en la monstruosa posesión de tantos palacios, castillos, bosques y tierras; en los refinamientos gastronómicos de los banquetes, y en los encantos de un lujo maravilloso, donde debia fundarse el esplendor, la popularidad, el poder, la majestad y la gloria de un rey electivo, sino, por el contrario, en la fuerza de sus prerrogativas constitucionales; en la sencillez de sus costumbres; en la capacidad de su gobierno; en la union, la confianza y el bienestar de los ciudadanos.» Las patrióticas amonestaciones de M. Cormenin no han perdido nada de su autoridad ni de su elocuencia despues de treinta y ocho años; y probablemente otra seria la situación de la Francia si en ellas se hubiera inspirado el rey ciudadano, á quien iban dirigidas.

Viniendo ahora á la parte concreta de nuestro tema, debemos comenzar observando que los legisladores de Cádiz consignaron en el capítulo quinto del título cuarto de la Constitución de 1812 las disposiciones oportunas para arreglar al principio de cada reinado la dotación del monarca y los alimentos de su familia; tomando por norma lo prescrito en el artículo décimo, capítulo segundo de la Constitución francesa de 1791, que á la letra dice: «La nación provee al esplendor del trono por una lista civil, cuya suma determinará el Cuerpo legislativo á cada mutación de reinado para la duración de él.» Y ménos reglamentaria que ambas, nuestra Constitución de 1869 determina sencillamente en su art. 76 «que la dotación del rey se fijará al principio de cada reinado.»

También las antiguas Cortes de Castilla procuraron moderar los gastos particulares de los monarcas, habiéndose atrevido á decir á Don Alfonso X que disminuyese los gastos de su mesa y trajes, y redujese á mas regulares términos su apetito. Según datos que presenta el Sr. Canga Argüelles en su *Diccionario de Hacienda*, y otros que hemos tenido á la vista, los gastos de la real Casa en tiempo de Felipe II no pasaban de cinco millones de reales; á catorce llegaron en el reinado de Felipe III; bajaron á seis y medio en tiempo de Felipe IV; llegaron á once en el reinado de Carlos II; ascendieron á treinta y cinco millones seiscientos cinco mil veinte reales en el de Felipe V; á cuarenta y uno en el de Fernando VI; á noventa y uno en el de Carlos III, y á mas de ciento en el de Carlos IV.

Pero despues de todo, no es posible fijar, aproximadamente siquiera, la cuantía de los gastos indicados, dado el embrollo de la administración económica, y cuando además estaba al libre arbitrio de los reyes la facultad de librar sobre el Erario, como afirma el mismo Sr. Canga Argüelles (2) en la obra citada. Esto sin contar los subsidios y arbitrios especiales, como los *yantares*, *conducho*, *moneda*, *justicia*, *montazgo*, *pardañas*, *tercias*, etcétera, que percibían particularmente los reyes con independencia del fisco; además de los productos de los inmensos bienes patrimoniales.

Consigniente á lo prescrito por la Constitución gaditana, las Cortes ordinarias señalaron, por decreto de 19 de Abril de 1814, 40 millones de reales anuales para la dotación de la Casa del rey, con mas 150 mil ducados á cada uno de los infantes; inaugurándose así el período verdaderamente constitucional en materia de Hacienda. Duró esta regularidad los dos breves períodos en que Fernando VII hubo de transigir con el nuevo sistema,

pero á su muerte las cosas se encontraron en el vacío del caos consiguiente al despotismo.

Instaurada la época que recorremos, dictóse en 26 de Mayo de 1835 la primera ley de presupuestos con arreglo á las prescripciones del Estatuto, figurando en cabeza del de gastos 43 millones quinientos mil correspondientes á la Casa real, distribuidos en esta forma: 28 millones para la reina Isabel; 12 para la reina gobernadora, y 3 y medio para el infante D. Francisco, esposa y familia.

Efecto de las vicisitudes personales y políticas que mas ó menos han afectado á la familia real, los gastos presupuestos á la misma han sufrido diversas alteraciones que no hay para qué registrar aquí, limitándonos á consignar las cifras de otros dos años para poder apreciar, bajo este punto de vista, el comienzo, medio y fin del luctuoso reinado de Isabel de Borbon.

En los presupuestos de 1848, autorizados, según costumbre moderada, por ley de 11 de Febrero, los gastos de la Casa real figuraban por 45.900.000 distribuidos de este modo: treinta y cuatro millones para la reina; dos y cuatrocientos mil reales para el rey, dos y cuatrocientos cincuenta mil reales para doña Luisa Fernanda, como heredera presunta de la corona, con mas otros quinientos cincuenta mil á título de infanta; para la reina madre, «en testimonio de gratitud nacional», tres millones, y para el infante D. Francisco y familia, tres y quinientos mil reales.

En los presupuestos de 1867-68, los gastos de la Casa real importaban escudos 4.585.000, aplicados de este modo: para la reina, tres millones cuatrocientos mil; para el rey, doscientos cuarenta mil; para el príncipe de Asturias, doscientos cuarenta y cinco mil; para la infanta María Isabel, doscientos mil; para la infanta María Luisa y familia, doscientos mil, y para la reina madre, trescientos mil.

Para calificar de excesivas esas dotaciones tenemos una razón *a posteriori*, que viene á constituir prueba inconcusa: tenemos, por una parte, la flaqueza, la casi estenuación de la España productora y contribuyente, y por otra la majestuosa opulencia con que sobrellevan su desgracia los régios parásitos del presupuesto, esa bandada borbónica que el vendaval revolucionario ha lanzado de las regiones del poder. Asombra el considerar cómo alienta aun este infortunado país despues de las hondas perforaciones causadas en su seno por palaciegos y fanáticos, produciendo los abundos y perennes raudales que han arrastrado nuestros tesoros hasta vaciarlos en las arcas de Londres, de Roma, de París ó de Amsterdam.

Prudente y muy necesario es además en las presentes circunstancias, teniendo á la vista la triste enseñanza de los tiempos, acomodar la situación económica de la nueva dinastía á las condiciones económicas también del país, y á las exigencias de una política sincera y genuinamente democrática.

Al discutirse en Diciembre de 1834 la lista civil, no faltaron celosos procuradores que declarasen que las grandes riquezas puestas á disposición de los príncipes, sin ser necesarias para la conservación de su decoro y esplendor, habian contribuido en gran manera á empeorar el estado de los pueblos; que las tendencias del siglo buscaban la admiración por las virtudes y los beneficios, más que por la esplendidez y las profusiones; que no debia representarse ya á la Monarquía como aquella divinidad de la antigüedad, cuya disposición propiciatoria sólo podia alcanzarse en fuerza de víctimas y de sangre; el Sr. Alcalá Galiano, dando mayor altura á la cuestión, la planteó en un terreno difícil seguramente para aquellos tiempos: «En Europa por lo ménos,—decía,—versa la cuestión sobre si es ó no posible reducir los gastos de los tronos á límites, si no del todo iguales, á lo ménos semejantes á los módicos que tienen los presidentes de las Repúblicas.»

Pero todas estas sentidas inspiraciones y bondadosas teorías hubieron de ser envueltas por las récias corrientes de los monárquicos *expansivos* y vulgares, que aun invocaban con religioso tono los acatamientos debidos al decoro y magnificencia de la régia magestad, rindiendo holocausto al culto grosero de los

sentidos; como si los sepulcros dejarán de ser receptáculos de materias putrefactas por estar blanqueados.

Gran respeto rodeará siempre á la grandeza material; pero ¡ay de los Gobiernos y de los pueblos que no procuran inclinar la balanza hácia el platillo de la grandeza moral!

Ya que felizmente pasaron las Monarquías de derecho divino, es preciso borrar hasta la mas liviana de sus huellas. Las oblaciones de oro, mirra é incienso que á ellas les eran tan aceptas, harían perder el sentido á las Monarquías populares. (1)

La dinastía de Saboya debe saber que el presupuesto, con ser un gran libro, enseña mucho menos que la cartilla constitucional.

Por lo que á nosotros hace, obedeciendo á las inspiraciones de nuestra conciencia y á las razones de nuestro patriotismo, antes que rezar el *Quorum Deus venter est*, cantaremos el *Res sacra miser*; pudiendo exclamar, parodiando á un estimable autor dramático contemporáneo: «Aquello es lo de Moisés, y esto es lo de Jesucristo.»

J. TORRES MENA.

COSTUMBRES MARROQUÍES.

La mujer de Marruecos es un ser verdaderamente desgraciado.

La que nace en los aduares ó en la aldea, sufre, en cuanto á su vida material, los mismos laboriosos detalles que sufren los animales domésticos albergados en su choza.

Nace entre el heno, crece y vive cargada siempre de penosos trabajos, y muere junto á la lumbre de su hogar, arrojada con su jaique y sobre el suelo, para ser enterrada, tibia aun, en la puerta de su cabaña.

Apenas cumple seis años la niña marroquí, ya la encarga su padre el cuidado de los tres carneros que todos los moros del campo crían cada año en sus casas, dos de los cuales venden por la Pascua, celebrando con el otro la gran fiesta de este tradicional sacrificio.

La niña, pues, de seis años que ha dormido sobre la misma paja en que por la noche descansan el asno ó la mula que posee todo moro montañés, sale de su choza, cuando apenas amanece, acompañada de sus tres carneros. Viste una camisa larga de lienzo de algodón, y se cubre con un haraposojal quecido de lana, única defensa contra el frío intenso que reina en el invierno por estas montañas, y único amparo también contra los rigores del sol abrasador del Mediodía.

Sus piés están descalzos, y ¡cosa rara! la mora de la aldea tiene desde que nace desnudo el pié; descalza atraviesa siempre los montes y breñales; con su sangre tiñe muchas veces el cardo que está pisando; y, sin embargo, el pié destrozado de la mora marroquí podria servir de precioso modelo en el mas artístico gabinete de Roma: elevado de empeine, sus músculos, aunque ligeramente abultados, afectan, tal vez por la forzada tensión del constante ejercicio, esa forma tendida que presentan los músculos del pié del hombre, contraria á la redondez de la musculatura de la mujer europea; y su dedos, á pesar del continuo y forzado movimiento, se mantienen suavemente unidos, modelados y conservando siempre la esbeltez de su perfecta construcción.

Detrás de sus tres carneros, que van pastando la fresca yerba, camina la pobre niña mora; su cara amarotada por el frío y haciéndola saltar el aire helado lágrimas de sus ojos negros, que para llamarles hermosos basta con llamarlos marroquíes.

Cuando el sol va ya esparciendo calor por los collados, se sienta la morita, y de una especie de cartera hecha de palma, que pendiente de un cordel cruza sus hombros, y á la cual llaman *karaba*, saca su frugal provision, que consiste en un puñado de higos secos y un pan de cebada ó de *aldorá*, dentro del cual ha introducido la madre una onza de manteca de vacas.

Como la niña con envidiable apetito; pero come precisamente la mitad de su provision y guarda el resto, tal vez con ávida y triste mirada, en su *karaba*.

Despues, si ve la niña que sus carneros tienen pasto abundante, entona, quedándose dulcemente dormida, su *dendana*, que significa *canto*, en el cual, sin vocalizar una palabra y sin hacer otra cosa que lo que llamamos en España *taralear*, sostiene una armonía tiernísima con dulces modulaciones y con inflexiones propias de lánguido sentimiento.

Y ahora que de canto he hablado, me complace decir que aquí nada hay que me recuerde tanto la bella Andalucía como los cantares de los moros.

Cuando voy de caza, y durante la noche, me dio dormido dentro de mi tienda y esperando el día para batir los montes, oigo la voz varonil y

(1) Escrito este artículo antes de la venida del príncipe italiano, podemos ya esperar que nuestros deseos y pronósticos se realizarán cumplidamente, en vista de la conducta simpática, generosa y constitucional del jóven rey Amadeo.

(1) *Lettres sur la liste civile*.
(2) Tomo II, página 240.

vibrante de un montañés que canta su *Rozdán*. me parece estar en la villa del Guadalquivir en una noche serena, oyendo la dulce voz del célebre *Varguillas* cantando su *Soledad*.

Y si en la ciudad asisto á una de estas reuniones nocturnas que suelen tener los moros ricos, en las cuales dentro de una sala estrecha pero graciosa, pintada de lindísimos mosaicos y orlas arabescas, están varios caciques sentados sobre blandos tapetes y recamados cogines, aspirando el aroma que exhalan pebeteros de azófar afiligranados, en los cuales se quema el ambar y el aloe, y en el centro de este brillante óvalo de turbantes blancos como la nieve se vé á un moro de barba negra y ojos rasgados que al son acompasado del *áhuá* canta un *Bitain*, que es el canto mas dulce de los árabes, me parece estar oyendo un tierno *Polo* en aquellas nunca olvidadas noches de Mairena.

El *áhuá* que cantan aquí las campesinas durante fatigosas labores, es el *Jaleo* de nuestras graciosas andaluzas.

El *áchia* ó *máiak* que por la tarde canta el moro es nuestra sentida *Rondeña*; y su tiernísimo *Zebóhi* es la dulce *Playera* con que el andaluz enamora á su compañerita.

Pero volvamos á la niña mora.

II.

Poco duerme la pobre niña despues de su caso desyuno: el temor instintivo que la inspira su corto rebaño no la deja dormir tranquilamente; ella ¡aunque tan niña! sabe ya el terrible castigo que habria de sufrir si uno de aquellos tres carneros tuviese una desgracia, y sabe tambien que en estos montes el *chacal* persigue ferozmente al ganado.

Pero á cualquiera que estas líneas leyese se le ocurriria, sin duda, el preguntar: ¿y qué defensa puede presentar contra un chacal una niña de seis años?

El chacal de estos bosques es una especie de lobo; es mas pequeño que el lobo de España, y su piel, de un pardo dorado, es casi la piel de nuestro zorro. Es feroz, y mas astuto y persistente en sus sanguinarios instintos que el lobo de nuestras montañas. Pero hay algo raro y contradictorio en la valentía del chacal: ataca al cabrito, á la oveja y al carnero, y aunque pocas veces come la carne de sus víctimas, bebe siempre toda su sangre.

Yo he visto á un chacal en el monte atacar á un jabalí que pesaria ocho ó diez arrobas; y no obstante de que el jabalí de este país es el mas valiente y verdaderamente feroz que se conoce, aquel corpulento animal, que no tuvo la suerte de tirar porque se emboscó en su rápida huida, en vez de hacer frente al chacal con su fornuda cabeza y sus terribles colmillos, *chilló de huida* al verse acometido, y buscó su defensa entre el espeso monte, en donde el chacal no podia vencerle con sus rápidos y astutos giros.

Y sin embargo, el chacal, tan feroz con las demás bestias del bosque; el chacal, que ataca y vence al puerco-espín, de arrojadas puas, al ver la forma humana huye siempre desfavorido.

La presencia, pues, de una niña de seis años, basta para hacer huir al chacal que destroza un ternero.

En mis numerosas cacerías por estos montes, solo una vez que tenia el gusto de acompañar al baron de... secretario de la legacion de Prusia en Madrid, me hizo frente un chacal que estaba herido. Venia huyendo de los perros, que por ser muchos lo acosaban con ventaja, y al encontrarse conmigo, que era la valla de su huida, erizó su piel y mostró sus agudos dientes, clavando las garras de sus manos en el suelo y dando un aullido ronco, parecido al de la hiena. Estaba muy cerca y no fué destreza mia el *rematarlo* con dos balas que entraron por su pecho.

A la hora de medio dia, que sabe medir con exactitud la niña mora por la altura del sol, mueve su ganado y lo encamina á otro sitio de buen pasto y que esté mas próximo á su choza; allí vuelve á sentarse cerca de algun arroyo ó cascada, y acaba con el resto de sus provisiones, bebiendo el agua cristalina y saludable de estos contornos.

A la puesta del sol, con cara alegre y risueña, mueve otra vez la pobre niña sus carneros y se dirige á su cabaña, en donde entra siempre cantando. ¿Y qué le espera allí?

Su madre, que acaba de llegar de otras mas penosas tareas, que contará tambien, regala á la niña un poco de *el-leben*, que es leche ágría, muy usada entre estos montañeses, y despues de amarrar la morita sus carneros en el establo, ayuda á la madre á moler habas, con cuya harina hace una sopa que llaman *el-baisar*, la cual sirve de comida y cena á la familia, cambiando algunos dias este alimento por otra sopa hecha con alcuzuz de alorá y leche ágría, la cual llaman *saicuc*.

A la hora del *Magreb*, generalmente, entra en su choza un moro, jefe de la familia. La mujer y la niña se acercan á él con la frente inclinada y besan su chilava, colocando en seguida cerca del fuego una piel de carnero sobre la cual se sienta el moro despues de dejar en un rincón su espingarda, su cuchillo y las bolsas de municion. Ya sentado, pide á la pobre mujer el dinero del dia; y aquella infeliz de ojos negros rasgados y tostada piel, entrega á su tirano en monedas de cobre cuatro ó seis *onzas*, que equivalen á dos ó tres reales, producto de la carga de carbon que sobre sus espaldas ha llevado á vender á un *soco* que á veces dista dos leguas, ó una cuando menos.

Si el moro está de buen humor, sonrie al contar las monedas y las guarda, permitiendo á su

esposa que cene junto á él y señalando á la niña lugar cerca del fuego para que coma tambien; pero si aquel dia ha vendido á mal precio el buey que llevó al mercado, ó no ha podido satisfacer alguna sangrienta venganza al entregarle la mora las monedas ganadas con tanta penuria, la llena de blasfemas imprecaciones y envia á la madre y á la niña á dormir en el establo, privándolas hasta de la miserable sopa que habian preparado.

No he podido presenciar estas escenas, porque en la vida íntima de la casa del moro nadie penetra; pero las oigo relatar todos los dias á los mismos actores, á quienes con interés voy preguntando.

III.

Descrita así fielmente la trabajosa vida de la mora del campo desde que es niña hasta que llega al estado de esposa y madre, fácilmente se explica la adustez y la aspereza que cualquiera advierte en estas mujeres campesinas, que desde que nacen solo encuentran en su mundo soledad, trabajos, castigos, tiranías.

Yo las veo frecuentemente por estos montes haciendo carbon ó cortando leña, y siempre encuentro al verlas el tipo de la mujer salvaje.

Para sus fatigosos trabajos visten solo una túnica de lana blanca, ennegrecida siempre por el humo, el polvo y el barro, la cual alcanza solamente á la rodilla, y está ceñida en la cintura por una faja tambien de lana.

Su pié va siempre descalzo; pero cuando están en el monte, se colocan unas polainas de cuero que las cubre la pierna desde el tobillo á la rodilla. En la cabeza tienen un sombrero de palma de inmensas alas con moños azules y encarnados, y su cara, de una hermosura varonil, solo puede ser vista en momentos de descuido, porque nunca abandonan el blanco cenital con que la cubren.

Con este traje trabajan por estas salvajes soledades, y si el viajero ó el cazador sorprende á una mora de improviso, apenas vuelve la cabeza y ve al extranjero, salta como la corza y se esconde entre el monte.

Extranjeros vulgares, gentes que pasan ó viven en un país sin tomarse el trabajo de estudiarlo ni querer conocer tal cual es lo mismo que están mirando, suelen contar anecdóticas fantásticas, y pintan á las moras enamoradas siempre de los cristianos, descubriéndoles el rostro y provocándolos á livianos amores.

Esto no es verdad. Cuando me toque describir á la mora de la ciudad yo diré, como el decoro y las conveniencias me permitan, lo que en amores pasa.

Pero en cuanto á la mora montaraz, además del horrible pavor que la soltera tiene al padre y la casada al marido, es preciso no olvidar que odia de muerte al cristiano. Desde que los oídos de la niña mora pueden percibir palabras, escucha de la boca, para ella autorizada, de su padre, esta continua exclamacion: «*Allat indí en-nezaráni.*» ¡Maldito sea el cristiano!

Y como la niña no ve á su alrededor mas que seres que al cristiano aborrecen y mal dicen, adquiere cuando niña horror hacia el nombre de cristiano, y despues ólia de muerte al que ella cree enemigo de su padre, enemigo de su esposo y de ella misma.

Esta es la verdad, verdad que yo veo palpable y expresiva á todas horas entre estas asperísimas montañas.

Pero como todas las verdades suelen tener excepciones, yo voy á narrar fielmente un hecho excepcional, cuyo recuerdo me enternecerá siempre.

IV.

LA NIÑA KELTON.

Era el verano de 1869. Una terrible epidemia de fiebres tifoideas habia invadido á Tetuan.

Aquí no habia ni médico ni botica, y aunque el cónsul de España se dirigió con viva solicitud á su jefe el ministro plenipotenciario en Tánger, y aunque este funcionario cuyas excelentes dotes han sabido colocar en Marruecos á gran altura el nombre español, e evó al Gobierno la solicitud del cónsul, con gran recomendacion, sin embargo, mientras este asunto pasaba por sus difíciles trámites, y se resolvía el socorro médico que se reclamaba, el tifus hacia horribles estragos.

En donde mas se ensañó la terrible enfermedad, fué en el gran barrio que ocupan los hebreos.

Y esto era natural. Los hijos de esa raza, siempre perseguida y siempre condenada á vivir en un tirán co aislamiento, habitan en Tetuan en un barrio cerrado, que aunque es grande no basta para contener en buenas condiciones higiénicas sus ocho mil almas judías; y estos vecinos, ahogados por las murallas que los encierran, se ven en la dura necesidad de aglomerarse dentro de sus casas, en las cuales viven propiamente como conejos encerrados en su estrecha madriguera.

El tifus los diezaba. Yo estudié en mi juventud medicina y cirugía en el famoso colegio de Cádiz, y yo soy de aquellos viejos que tienen la manía jóve de considerar al judío hombre de carne humana como los demás hombres.

No pude, pues, resistir á la tentacion de lanzarme al barrio hebreo, y durante tres meses de terrible epidemia asistí á desgarradoras escenas de desolacion y de muerte, teniendo tambien muchas veces la satisfaccion de ver al anciano hebreo de barba blanca llorar besando al hijo convaliente que creia ya perdido.

Hice entonces lo que pude.

Y mas tarde, comprendiendo que seria una buena obra el establecer en Tetuan un hospital que fues: asilo de caridad para los europeos transeúntes ó residentes aquí, lo mismo que para moros y judíos, acepté la empresa con buena voluntad y viva fe.

Monté en la moreria mi hospital, empleando mis propios aunque pobres recursos, y algunos otros que me facilitaron buenas almas.

Y mi placer era grande cuando entraba en aquel querido asilo y veía en limpias y blancas camas al moro y al hebreo, que yacian en sus camas sobre harapos é inmundicias.

Además de los usados concurrían diariamente muchos enfermos á las visitas que yo pasaba á mi hospital todos los dias á las ocho de la mañana y á las cuatro de la tarde, y en las cuales me acompañaban con caritativa voluntad un jóve italiano, inteligente profesor de cirugía que acababa de llegar, y un anciano lego de nuestra mision católica, cuya blanca barba veia yo cómo se rozaba sobre las ulceradas carnes de los enfermos á quienes con cariñosa abnegacion vendaba y asistia.

Al llegar un dia al hospital para practicar mi visita de la mañana encontré, entre otros enfermos, á una infeliz mora montañesa que tenia en todo el espacio del pecho tumores cancerosos.

Era una terrible enfermedad mortal que me asustó al ver que la mora venia acompañada de dos niñas, hijas suyas, una de diez y seis años, llamada Fatima, y otra de quince, llamada Kelton.

La pobre Fatima estaba ya iniciada de la misma horrorosa enfermedad de la madre.

Kelton era robusta, respiraba salud, y como tipo contradictorio y excepcional de la mora aduar, esta niña, de una dulzura incomparable, me miraba sonriendo, y señalándome á su madre cruzaba sus manos y me decía: «¡Alá! ¡Alá! ¡Alá! pidiéndome amparo por su Dios.

Supe que aquella madre infeliz era viuda, y que natural de la tribu de los *Calalis*, que dista una legua de esta ciudad, habia vivido hasta entonces en una miserable choza, alimentando á sus dos hijas con sus penosas tareas y las de las dos pobres criaturas, sin mas bienes ni otro amparo que lo que ellas diariamente podian adquirir.

Yo comprendia que la enfermedad de la mora era incurable en mi hospital, en donde no existian los recursos necesarios para intentar una radical curacion; pero deseoso de hacer algo en favor de aquellos tres seres desgraciados, propuse á la madre el quedarse en el establecimiento, en donde un asiduo cuidado podria proporcionarle comodidad y algun alivio, ofreciéndola que una mora pobre de la ciudad se encargaria con mis socorros de las dos niñas, las cuales verian á su madre diariamente.

Y todo se hizo así. La mora quedó instalada en el hospital, y las dos jóvenes al cargo de una mora pobre y honrada que vivia en la misma calle.

Así pasaron algunos dias. La pobre Fatima, enferma y débil, no salia de la casa en donde estaba, mas que para pasar algunas horas al lado de su madre, que todos los dias me llenaba de bendiciones, queriendo besar mis manos.

Pero Kelton, obedeciendo á su varonil y extraordinaria naturaleza, iba por la mañana muy temprano á visitar á su madre, alejándose despues y saliendo de la ciudad para dirigirse á los *Calalis*, en donde recorría todas las chozas y cabañas de la tribu, atravesando cerros y bosques. Regresaba siempre al cerrar las puertas, y diariamente entregaba á la enfermera principal huevos y un cantarito de leche, y algunas veces tambien alguna gallina.

Yo advertí que aquella niña singular recorría las aldeas pidiendo una limosna para recompensar de alguna manera con sus sencillas dádivas lo que se hacia por su madre y por ellas; y aunque seriamente la reconvenia haciéndola entender que era la mano de Dios la que cuidaba de su madre, y que nada la faltaria, Kelton, con una sonrisa dulce y traviesa á la vez, se alejaba de mí para proseguir al otro dia su filial empresa.

V.

El dia 3 de Octubre del citado año recibí una carta de una persona respetable y para mí querida, residente en Gibraltar, en la cual me pedia atendiese de una manera distinguida á tres oficiales ingleses que venian á Tetuan para visitar la ciudad y cazar en las cercanías, tan renombradas por la abundancia de perdices y por la fiereza de sus jabalíes.

Me presentó esta carta el capitán Parss, que venia con sus dos compañeros y criados y con el fastuoso boato que presentan los cazadores ingleses que vienen á Marruecos.

Este simpático oficial es muy conocido en España, y especialmente en Sevilla por los triunfos que ha adquirido en las carreras de caballos, en cuyos ejercicios es hombre inteligente y fuerte.

Atendiendo, pues, como era justo, á una recomendacion para mí tan eficaz, me puse con toda mi voluntad á las órdenes de aquellos caballeros, dispuesto á proporcionarles todo el recreo que puede dar este país.

Empleamos el primer dia en visitar al bajá gobernador y á otros moros ricos, cuyas casas contienen mil curiosidades arabescas, recibiendo, como es costumbre, en cada una de ellas dulces y los tres pocillos de té verde que constituyen el cordial recibimiento del moro marroquí.

El segundo y tercer dia fuimos á caza menor, y en los dos dias seis escopetas mataron, sin

alejarnos mas de media legua de la ciudad, noventa pares de perdices y unas cuarenta *agachadizas* en las orillas del *Kittan*.

Para el cuarto dia tenia yo preparada una montería en los bosques de los *Calalis*, que son los mas abundantes de caza mayor en estos contornos.

A las seis de la mañana, ensillados los caballos en la puerta de mi casa y atrailla los veinte perros de monte, tomamos café con bollos morunos de manteca fresca, y montamos á las siete, saliendo entre los ladridos de los perros impacientes, por *bab-el-mekábar*, que es la *puerta del Cementerio*.

A las ocho llegamos á la aldea, en donde el *Chej*, que es el jefe de la tribu, nos esperaba con doce cazadores moros y otros veinte perros monteros.

La montaña estaba fresca, y, sin embargo, en el momento de llegar nosotros al grupo de árabes que estaban sentados sobre la yerba, se pusieron de pié, quitándose las capachas de sus chilavas, que es entre ellos la señal de respeto y consideracion.

Casi todos aquellos cazadores montañeses han *abldido* conmigo muchas veces; me visitan cuando vienen á la ciudad y me manifiestan algun afecto: once, pues, de aquellos moros se acercaron á saludarme, tocando mi mano y colocando despues la suya sobre el pecho, que es la señal que dan de amistad al extranjero, diferenciando lo que hacen entre sí cuando se encuentran despues de algun tiempo, que es tocarse las manos y besar despues cada uno la suya.

Me llamó la atencion que el moro restante de los doce, si bien se habia puesto de pié cuando llegamos, ni bajó la capucha de su chilava, ni vino á tocar mi mano.

Pedí al intérprete que nos acompañaba que preguntase al *Chej* quién era aquel moro descoratado, y el *Chej* le contestó que era un cazador del Haus, que es otra tribu coludante con los *Calalis* y fronteriza á Ceuta.

El moro era jóve, alto, de aspecto fornido y nervioso, ojos árabes y color casi negro.

Yo lo observé un instante, y me pareció distinguir en su cara, ceño y mirada de mala voluntad.

Pero yo estaba de buen humor, como estoy siempre que voy al monte, y empecé á disponer con el *Chej*, valiéndome del intérprete, los detalles del dia, olvidando completamente al cazador del Haus.

Salimos de la aldea despues de beber en abundancia pura leche de vacas que nos ofreció un hijo del *Chej* en una gran jarra, y nos dirigimos al bosque para *batir* la primera *cama*, que era una de las mas *querenciosas*.

Como yo conocia perfectamente el *paraje*, repartí la *armada* colocando á los ingleses en los puntos de mas probable huida, y señalando á los moros las dos *puntas* que corraban la línea.

Yo me situé despues en el centro y detrás de los ingleses, á media falda del cerro á donde estábamos, y de manera que, dominando toda la accion, podia acudir al punto de la muerte con prontitud, por si ocurría alguno de los lances peligrosos frecuentes en estas monterías y con estos jabalíes, para los cuales es preciso toda la práctica de un viejo cazador.

Pasaron unos tres cuartos de hora y empezaron ya á oirse disparos de los ojeadores, que con anticipacion estaban en las orillas de la *cama*, resonando tambien los ladridos de los perros que *latian de pista*.

Yo empecé á sentir esa agitacion que experimentamos los cazadores entusiastas cuando se acerca el gran momento de ver partirse y cruzar el monte á la carrera del acosado jabalí.

Pero á pesar de tener fijos mis ojos en la veta del monte que tenia en frente, me pareció ver sobre mi derecha la chilava de un moro que abandonaba la línea: me fijé algo en él, y aunque estaba distante, me llamó la atencion su andar rastrero y al parecer cauteloso; pero las voces de los monteadores se acercaban; los latidos múltiples de los perros me anunciaban que el jabalí venia á la armada, y mi entusiasmo cazador me hizo volver la vista á la accion, contentándome con decirme á mí mismo en la rápida idea de aquel moro: «*habrá visto un chacal.*»

El momento llegó; un tremendo jabalí rompió el monte, y tomando rápido una vereda, se dirigió gruñendo sordamente al sitio que ocupaba uno de los ingleses, del cual distaba ya muy pocos pasos.

El oficial lo apuntó, y yo, montando las dos llaves de mi escopeta, me preparé á tirar á la bestia en su huida si el inglés no la *remataba*.

Pero dos sonidos distintos llegaron á mi oído á la vez; el sonido del tiro del inglés que dejó atravesado al jabalí, y un grito agudísimo de mujer que resonó á mi espalda.

Volví prontamente la cabeza hacia atrás y vi al moro del Haus tendido sobre el monte, con la espingarda montada en sus manos y su cuello oprimido por las manos de Kelton, que chillando lo ahogaba y lo mordía.

Todo lo comprendí, y dando dos saltos puse mi pié sobre la espingarda del asesino, oprimiéndola contra su pecho.

Entonces pedí á Kelton que se separase, y sacando mi cuchillo de monte, amenacé la garganta del infame, que me miraba espantado. Tenia miedo y sentí lástima.

Mandé al asesino que se levantara, y él lo hizo para tenderse á mis piés, los cuales llegó á besar.

En aquel momento of la voz del *Chej*, que desde el sitio donde estaba se apercebía del trance y venia saltando en mi ayuda.

Todo lo explicó entonces el asesino, de este modo:

En 1864, un hermano suyo, vecino también del Haus, había dado muerte en la playa á un marinero de Ceuta llamado Martos. Nuestro ministro en Tanger tomó este asunto como sabe él tomar las cosas de España, y á los pocos días eortaban la cabeza del asesino en Tetuan y á la vista del consulado español. Desde aquel día el cazador del Haus había jurado tomar venganza de los españoles, y al verme en el campo proyectó matarme, arrastrándose por el monte para llegar á colocarse á mi espalda; pero Kelson, que también me había visto en la aldea y había seguido por curiosidad y por afecto la batida, pudo seguir al asesino hasta apoderarse de improviso de su garganta y salvarme la vida.

El Chej quiso atar al culpable y presentarlo al bajá; pero yo me opuse, y perdonando al asesino exigí á todos el mas rigoroso silencio, reuniéndolos despues á los cazadores para seguir la batida, en la cual se mataron cinco enormes jabalíes, quedando mis recomendados muy contentos, sin haberse apercibido de mi peligro.

El cazador del Haus viene á menudo á visitarme. Mi perdon acabó con su venganza, y el mismo que quiso privarme de la vida, hoy espondría la suya ea mi defensa.

Tetuan, Marzo de 1871.

SOCIEDADES COOPERATIVAS.

(Conclusión.)

Los beneficios enumerados que constituyen una mejora real y positiva en el bienestar de la clase obrera, son debidos exclusivamente á la combinacion del ahorro con la asociacion, cuyos resultados son doblemente apreciables si se atiende á los efectos morales que producen. Meditese por un momento cuánto se ensalza la dignidad del obrero con el simple hecho de formar parte de una asociacion en la que su persona goza de cierta consideracion y de algunos derechos, lo que aprende en el continuo trato con los asociados y con las personas con quienes debe estar en frecuentes relaciones, y véase el poderoso estímulo que para nuevos ahorros nace del feliz éxito de esas instituciones, y se reconocerá la bondad de la obra.

En todos los países industriales han sido reconocidos los beneficios resultados de esta clase de asociaciones; así es, que Francia, Inglaterra y Alemania las registra en las estadísticas por centenares, y presentan imponentes cifras los individuos asociados y los capitales reunidos. La Italia en su afán de perfeccionamiento no echa en olvido objeto tan importante, y las asociaciones de consumo aparecen ya en todos los extremos de aquella extensa nacion.

Los beneficios que reporta la cooperacion para el consumo, son universalmente reconocidos, sus bases guardan conformidad con los buenos principios económicos, y tienden al mejoramiento social de la numerosa clase trabajadora; con todo, examinada con imparcial criterio, no deja de presentar algunos inconvenientes si se la considera en un estado de desarrollo del que está todavía muy distante en este momento. Supongamos que la idea de asociacion se generaliza, que ante sus deslumbradores resultados la mayor parte de la clase obrera forma en sus filas, y adquiere todos los artículos que le son necesarios directamente del productor. ¿Qué resultado debe esto producir? Indudablemente la desaparicion de los agentes intermedios entre el productor y el consumidor; en una palabra, todo el comercio al por menor. ¿Puede ser ventajoso ó perjudicial el hacer desaparecer de la escala de la organizacion social una clase tan importante como la que representa el comercio al por menor? Hé aquí un verdadero y trascendental problema sobre el que los hombres dedicados á este ramo de la ciencia no le han concedido toda la importancia que requiere. No intento dar una solucion; me reconozco impotente ante la inmensa gravedad de la cuestion. Baste por el momento el plantearla y presentar algunas observaciones que aparecen al meditar sobre la misma.

Preséntase en primer lugar un desequilibrio social que ha de perturbar el modo de ser de una clase numerosísima, clase que, careciendo de capitales y de aptitud para la generalidad de las industrias, no puede por el momento entrar á formar parte con los capitalistas ni con los obreros. La extension prodigiosa de la cooperacion en lo que se refiere al consumo puede ser obra de poco tiempo, atendidas sus ventajas y la clase social en que se ejercita, al paso que el aban-

dono de una ocupacion conocida para ingresar en otra cuyo aprendizaje no se haya practicado exige muy largo tiempo, y durante este intermedio la clase de comerciantes al por menor tendria que pasar por un período de prueba, cuyas consecuencias industriales y sociales no pueden precisarse.—Se dirá que, reconocida la ventaja del cambio de organizacion económica, son de muy poco interés los inconvenientes transitorios que parecieren, en cuanto podrian estudiarse los medios que fueren conducentes para disminuir la intensidad de sus males; sin embargo, antes de arrostrar este peligro, es preciso que resalte la evidencia de la bondad de la trasformacion, y en el exámen que la preceden no dejan de encontrarse inconvenientes de mucha consideracion.

Bajo el aspecto económico, es de grande utilidad para una nacion la existencia de intermediarios que tomando los productos en su misma fuente los ponga al alcance del consumidor, porque de otro modo seria completamente imposible para la mayor parte el procurarse los artículos necesarios, y para los demás mucho mas gravoso, en cuanto debieran emplear un tiempo precioso, cuya falta se traduciria en una disminucion de salario para los obreros, destruyéndose todas las ventajas que proporciona la distribucion de ocupaciones.—Verdad es que no se concibe, ni siquiera es realizable esta modificacion radical, que dé por resultado la desaparicion total de los intermediarios mercantiles, pero dado el desarrollo que puedan adquirir las sociedades cooperativas para el consumo, se comprenda la influencia que pueden conquistarse y el gran ataque que experimentaria el comercio al por menor.

Llegado este caso no dejarían de producirse los efectos económicos naturales al nuevo estado, tales como el monopolio que ejercerian las nuevas sociedades en la venta de los artículos de consumo, gracias á la superioridad que alcanzarían respecto á los que se dedicasen á igual ramo del comercio, y la gran dificultad para los obreros no asociados, de atender á sus primeras necesidades con la rebaja que experimentarían los salarios ante la competencia de los obreros asociados.

Otro peligro de grande trascendencia produciría la excesiva generalizacion de esta clase de asociaciones, debido principalmente á la ambicion que se despertaría en los hombres al convertirse en dominadores. Estas asociaciones en la actualidad, como tienen á su frente los intermediarios mercantiles, limitan sus aspiraciones á vender á mas bajo precio y evitar las defraudaciones, pero el día en que se creyesen dueños del mercado, no faltarían ambiciosos que buscasen en estas ventas un medio directo para acrecentar el capital social, nacieran las rivalidades entre unas y otras, aparecerían entonces los hombres de mala fe, que encargados de la direccion de los nuevos establecimientos especularian en provecho propio los beneficios comunes, y de quebranto en quebranto se reduciría el capital social, desapareciendo en poco tiempo los frutos de ahorros acumulados á costa de mil privaciones y durante un largo período. Negar estos efectos es desconocer la sociedad y los sentimientos del hombre.

Los inconvenientes expuestos, de suyo muy importantes, no son bastantes á inclinar el ánimo del hombre pensador para proferir un fallo opuesto al desarrollo de las sociedades de consumo, pero si tienen la fuerza suficiente para impulsar su estudio á fin de imprimirlas la direccion mas conveniente en beneficio de la clase obrera, y de la organizacion económica de la sociedad actual. De todos modos es indudable, y así nos lo acredita la práctica de los primeros ensayos, que ejercen y pueden ejercer una saludable influencia en el bienestar material y en la elevacion de la dignidad moral de las clases obreras, mientras á su constitucion presida el sagrado principio de la libertad individual, nuevo y grandioso aspecto que caracteriza la moderna sociedad cooperativa.

Si examinamos ahora las relaciones económicas y los efectos que producen las leyes porque se rigen la competencia y el salario, no podemos dejar de observar que desde el momento que existan obreros asociados y otros que no lo sean ha de nacer entre unos y otros la com-

petencia como resultado natural del interés individual, y siendo ley constante del salario su tendencia á disminuir hasta aquella cantidad que se considera indispensable en un momento dado para satisfacer las mas apremiantes necesidades del obrero, obtendremos como resultado indeclinable de la competencia una baja general en los salarios, baja que se traducirá en la ruina del obrero no asociado, y en la negacion de toda mejora en el bienestar material del que lo sea.

Hé aquí reseñados los principales inconvenientes económicos con que tendrían que luchar las sociedades cooperativas de consumo antes de producir todo el bien á que están destinadas, si los esfuerzos de las personas que toman una parte directa en el movimiento cooperativo no consiguen con previsoras medidas atenuar sus efectos.

En pos de las sociedades de consumo aparecen en nuestro sistema las de crédito mútuo, cuya existencia si no contemporánea de las primeras se presenta inmediatamente, lo que es muy lógico, porque comprendido el espíritu que animaba á las unas debia reconocerse el que preside á las otras, una vez que estas son un auxiliar poderoso de las primeras, y en distinta esfera contribuyen á su complemento. Ambas se auxilian mutuamente, pues que tolas tienen por objeto la mejora de la condicion del obrero, libertándole por medio de hábiles combinaciones de la estrechez y miseria á que le condenaba la indispensable forma del salario.—Ellas resuelven el gran problema de que puede usarse del crédito sin necesidad de una garantía material y positiva.

Antes de esa feliz combinacion el crédito solo prestaba su poderoso auxilio al propietario que podia responder con una finca á los compromisos contraidos, ó al comerciante é industrial que tenia disponibles determinados valores de exacta ó aproximada apreciacion en venta; pero la clase mas numerosa de la sociedad, la que vive de un trabajo natural recompensado con el salario, encontraba cerradas las puertas de los establecimientos de crédito, porque, como era natural, nadie queria prestar á los que no tenían mas garantía que la personal. Este inconveniente, reconocido generalmente como invencible, ha desaparecido ante la nueva fórmula de la cooperacion.

Partiendo del pequeño ahorro, recoge las módicas cantidades semanales que deposita el obrero en la caja social, y con ellas atiende á las mas perentorias necesidades de los socios. De este modo el interés del que acude en demanda de capital á la caja mútua, está en consonancia con el de la sociedad de crédito que le facilita las cantidades necesarias, las ventajas son reciprocas, los beneficios sociales se traducen en beneficios para los que operan con la caja, y las pérdidas sociales son tambien quebrantos reales y positivos para aquellos que con su falta de cumplimiento han ocasionado el perjuicio general.

Con haber encontrado el medio de hacer solidarios esos intereses, que nada tenían de comun, se dió un gran paso hacia la realizacion del problema, pero quedaba en pie otra dificultad, cual era la de que el interés del que operaba con la sociedad fuese mucho mayor que el que tenia el mismo como individuo de la entidad social y entonces aparecia el peligro de que se sacrificara el interés colectivo al interés particular. Reconocido este escollo pronto se encontró el medio de evadirlo ó de reducirlo á insignificantes proporciones, señalando los límites á que podian extenderse las operaciones de cada socio con la sociedad, teniendo en cuenta por un lado el importe de las respectivas cuotas, y por otro las garantías personales de terceros asociados que intervenian en el afianzamiento de los compromisos contraidos.

Partiendo de estos principios queda asegurado el reintegro del capital social, y los obreros tienen siempre á mano una caja de donde sacar determinadas cantidades en los momentos de apuro que con tanta frecuencia se presentan en la vida. Satisfacen por ellas un módico interés, con el que se atiende al mantenimiento de los gastos sociales, y lo restante se considera como beneficios que de una manera lenta contribuyen al aumento de los capitales que representan las cuotas respectivas de cada obrero. ¿Qué inmensas ventajas ha reportado á la clase

obrera semejante institucion! Con ella queda excesivamente recompensado el sacrificio que se impone ahorrando las pequeñas cantidades semanales que deposita en el banco popular cooperativo.

Si sobreviene una enfermedad ó una crisis industrial imposibilita por algunos dias la continuacion de los trabajos, no se vé precisado como antes á tomar los objetos mas indispensables de su modesto mueblaje, las prendas necesarias de vestir, ó las joyas, que son un recuerdo perenne de tiernas afecciones de tiempos mas felices y que no se desprende de ellas sin perder una parte de su corazon; para llevarlos unos tras otros al Monte de Piedad ó á manos de un usurero que, en cambio de unos cuantos céntimos, se queda con ellos para venderlos luego al mejor postor; sino que haciendo uso del crédito, se dirige al banco cooperativo, y mediante un módico sacrificio, pide, sin tener que humillarse, las cantidades que le son necesarias para ayudarle á sobrellevar el estado de penuria á que le han arrastrado circunstancias completamente ajenas de su voluntad, y cuyas terribles consecuencias no pudo evitar.

El éxito asombroso de tales sociedades dice mas que cuanto mi pobre pluma pudiera expresar; ellas se multiplican de una manera prodigiosa, el óbolo depositado y acumulado acrece despues de algun tiempo en cantidades respetables, suficientes á calmar las necesidades del obrero asociado, y á dar vida á nuevas asociaciones, que sin este patronato ó no aparecerian en la superficie social, ó perecerian á los pocos meses de existencia, si en este período de debilidad sobreviniera ruda tormenta.

Con el afán de ensanchar su esfera de accion, no se contentan con poner en movimiento el capital social, sino que haciendo uso de la garantía del mismo toman nuevos capitales de otras asociaciones semejantes, operan en mayor escala y obtienen pingües beneficios que les facilitan el pago de intereses y amortizacion del capital adquirido. De esta combinacion resulta un lazo de union entre las asociaciones de la misma clase, lazo que convierte en solidarios todos sus intereses y solidaridad que ha de producir tarde ó temprano una perturbacion en su manera de ser, si es que no ocasiona en último resultado la muerte de la institucion.

Deslumbradas ante la perspectiva del rápido aumento de sus capitales, se han colocado en la eventualidad de perder en un momento el fruto de los ahorros y trabajos acumulados dia por dia en el curso de algunos años, porque al bambolear uno de los principales establecimientos de esta clase, ocasionará la confusion y el trastorno en los demás, y al caer arrastrará y envolverá en sus ruinas á cuantos se hayan cobijado en su manto protector. Hé aquí pues, la tendencia que debe combatirse sino se quiere ver desaparecer en un momento la obra levantada á costa de tan penosos y heroicos sacrificios; la aspiracion de un rápido desenvolvimiento es una idea verdaderamente halagüeña, pero la violenta catástrofe que podria sucederle seria un terrible y desgraciado acontecimiento.

Fuerza será que pase rápidamente sobre esta clase de instituciones, en atencion á los límites en que debe circunscribirse un trabajo de la naturaleza del presente, mayormente cuando resta ocuparme todavía de la parte mas trascendental de las asociaciones cooperativas.

Han sido objeto de nuestro estudio hasta el presente las diversas formas de asociacion creadas con la mira de libartar al obrero de las calamidades de que puede ser victima en el curso de su trabajosa existencia, ya por efecto de las condiciones naturales del hombre, ya por convenientes de circunstancias mas ó menos generales, pero siempre independientes del esfuerzo individual; y ahora vamos á examinar una nueva aplicacion de la cooperacion, creada con el fin de mejorar la condicion social del obrero, conocida con el nombre de sociedad cooperativa de produccion.

Para las primeras no hemos escaseado los aplausos, nuestro corazon las ha admitido desde luego por la consonancia de sus efectos con los sentimientos caritativos que tanto nos embelesan; pero para las últimas, ¿podremos ser tan pródigos en alabanzas? Veámoslo.

La aspiracion hácia el progreso, la

tendencia hacia la mejora de condición social, es una idea muy noble y merece nuestra completa aprobación; pero cuando esta aspiración se funda en el orgullo y en el odio a una clase entera de la sociedad, entonces disminuyen nuestras simpatías y tememos por su éxito. Las sociedades cooperativas de producción participan de ambos caracteres. Nacidas con el propósito de emancipar al obrero de la condición a que le reduce el salariado, procurando que su trabajo no sea el de una máquina, sino que en él tenga el aliciente del beneficio que puede producir la mayor suma de esfuerzo ó la perfección del producto, aspiran á un fin digno del hombre y hacemos votos para que puedan alcanzar el que se proponen sus iniciadores; pero cuando leemos algunos de los escritos de los propagadores de estas doctrinas y en ellas se proclama la infamia de la condición del salariado y la guerra al capital, entonces temblamos por el desgraciado porvenir que aguarda á la clase trabajadora con el desarrollo de una institución que no debiera ser otra cosa que una de las diversas manifestaciones de la civilización.

Hé aquí, pues, el primer escollo que presenta esta nueva aplicación de la cooperación, si los propagadores de todos los países no se esfuerzan en desarraigar esta mala semilla que ha nacido al lado de una planta que crece lozana y que hace augurar sanos y abundosos frutos.

El problema que la cooperación productiva pretende resolver es de tan grande magnitud en el orden social existente, que exige los esfuerzos de todos los hombres que tienen afecciones para las clases jornaleras, pero si se han de distraer para combatir los males que se descubren en su fondo, entonces serán impotentes para llevar a cabo una obra que exige mucho tiempo y completa armonía entre las diversas clases de la sociedad.

Se trata de la abolición del salariado, preténdese que esta fórmula social es mala y se decreta su muerte; en el deseo de mejorar la condición del obrero se aspira nada menos que convertirle en empresario de industria y en capitalista; el trabajo manual, la ciencia y el dinero quieren ponerse todo en una mano como si fuera posible que el hombre reuniera tal cúmulo de caracteres, distintos en su esencia, diversos en sus aplicaciones. Las pretensiones son mayores todavía, se desea por este medio borrar del sistema social vigente al empresario y al capitalista industrial, porque el obrero es el solo digno, es el solo merecedor de desempeñar estos cargos á satisfacción de la clase salariable.

Triste error, profunda obcecación la de querer sustituir una organización artificial á la fundada en los elementos naturales del trabajo humano reconocidos y ensalzados por la ciencia económica. Es verdad que estas últimas aspiraciones no se presentan de la manera descarnada que acabo de manifestar; pero se leen al trasluz, se distinguen claramente en medio de las pomposas frases con que engalanan sus escritos los propagadores de tales innovaciones. En medio de todo hay un fondo que atrae y cautiva; se desea elevar al obrero á una condición mas alta, procurándole los medios para convertirle en empresario, y en este supuesto el objeto tiene todas nuestras simpatías; pero no creemos que la fórmula de la cooperativa de producción sea el medio para conseguir este resultado.—Se dirá, que en vista del éxito producido por las asociaciones creadas, son inútiles cuantas reflexiones puedan hacerse en contra; pero es preciso observar que los resultados de las asociaciones de producción no presentan todavía datos suficientes para establecer un criterio formal sobre la bondad de las mismas, puesto que si algunas han producido beneficios de consideración es debido á circunstancias especiales, locales y personales, que no permiten generalizar el estudio para calificar de efectos naturales á los de la nueva combinación cooperativa.

No se tome la severidad de las últimas frases como manifestación de odio hacia esta fórmula de la cooperación, sino mas bien como hijas del temor por el porvenir que las alcanza; es que veo aparecer el lobo en medio de un rebaño, y quisiera ahuyentarlo.

Los obreros asociados para facilitarse los objetos de consumo, y auxiliados por la poderosa influencia del crédito mú-

tuo, consiguieron reunir algunos capitales con los que se propusieron trabajar de cuenta propia. Verificado el ensayo, se han obtenido en general felices resultados, á pesar de que otros intentos menos afortunados fracasaron por completo. De todos modos es un hecho indudable la existencia de esta nueva fórmula cooperativa, y pueden registrarse resultados satisfactorios en el corto período de su existencia. Pero este sistema, es susceptible de generalizarse notablemente que permita vislumbrar en un porvenir mas ó menos remoto la resolución del problema planteado, es decir, la extinción del salariado y su sustitución por otra forma en que la eventualidad de pérdidas y ganancias constituya uno de sus principales elementos? Las consideraciones que rápidamente paso á enunciar convencerán la verdad de la contestación negativa.

Examinemos ante todo la diferencia esencial que separa la asociación de producción, de las anteriores. Estas se constituyen por la reunión de elementos homogéneos, como son las cantidades producidas por el ahorro, y por consiguiente todos los asociados se encuentran en iguales condiciones; pero en la cooperativa de producción se reúnen elementos heterogéneos en calidad y cantidad. No se reúnen simplemente capitales; es preciso reunir capacidades, conocimientos que revelen instrucción teórica y práctica en la industria, objeto de la asociación, grande moralidad, energía y voluntad de trabajar, iniciativa y certera mirada para imprimir la conveniente dirección al ramo de industria á que sus esfuerzos se dirijan; y decidme ahora: ¿son comunes estas circunstancias en los individuos de la clase que vive del salario? Indudablemente que no; hé aquí, pues, un obstáculo que todo el estudio de los filósofos no podrá vencer.

Se dirá que en cada asociación los afiliados conocen bien las circunstancias de cada uno de ellos, y podrán proceder con acierto en la elección de los individuos que sean mas aptos para las distintas y especiales ocupaciones que su industria exija. Aunque así fuera, ¿cómo podrá evitarse la ambición de ocupar los primeros puestos? ¿Quién será capaz de contrarrestar las influencias que producen los celos de los asociados que se crean rebajados, contra los que ocupen mas distinguida posición? ¿Qué reglamentación, ni qué fórmula será suficiente para conservar durante mucho tiempo la armonía entre todos, base en que han de fundarse los resultados formales de la institución?

Continuemos examinando la nueva asociación; supongamos por un momento, que es posible que cada agrupación encuentre los individuos que reúnan las circunstancias necesarias para desempeñar los cargos de administradores y directores; y añadamos todavía que tales gerentes sean verdaderas especialidades, y que á sus conocimientos y á su iniciativa se deba la prosperidad de la asociación. Con este conjunto de condiciones tan difíciles de reunir en la práctica de la vida industrial y mercantil, no quedan vencidas todas las dificultades, aparecen otras de nuevo género, el conocimiento de la superioridad produce el orgullo, y á su sombra nacen los hombres necesarios, con las consecuencias naturales de su especial posición. Cuando tales gerentes están convencidos de que su mérito personal es una condición indispensable para el sosten de la prosperidad que ha alcanzado la asociación, se harán exigentes, pretenderán crecidas subvenciones y toda clase de inmunidades que no podrán negarles sus socios sin exponerse á perder los capitales adquiridos á costa de tanta fatiga y tantas privaciones, y entonces colocados en mas elevada gerarquía no considerarán á los demás obreros como iguales, sino como inferiores, y llegado este caso no es mas que un resultado natural de las condiciones de la humanidad, ¿qué diferencia existirá entre ese principal gerente y el empresario de industria? Ninguna en los efectos; hé aquí, pues, cómo se puede faltar impunemente á las leyes naturales que presiden las relaciones sociales, y cómo son vanos cuantos esfuerzos se hagan para establecer sistemas artificiales.

Pero pongamos término á esta serie de observaciones, no porque la materia esté agotada, sino porque el presente

trabajo va adquiriendo demasiada extensión. Insignificante es en verdad, pero muchas veces estos modestos ensayos, dan vida á otros trabajos de personas competentes, y si así fuera, que larían colmados todos nuestros deseos, ya que semejantes cuestiones conservan en nuestra patria casi toda su pureza virginal.

LUIS GONZAGA SERRA.

EL AGUIJÓN DE UN MOSQUITO.

In vino, veritas.
HORACIO.

—Tarea ingrata la mía, declame yo una noche sentado en el rústico banquillo de un jardín público y entregado por completo á un monólogo mental; tarea ingrata, á fe mía, la de presentar con frecuencia al público de los lectores los engendros, harto raquíticos de mi mente y luchar con los sufrimientos de una trabajosa gestación, sin hallar el medio seguro de dar á luz una concepción bella y robusta.

Suéñenlos á los escritores como á los demás artistas; en el mármol del escultor como en el lienzo del pintor y en el papel del literato es indudable que existe, aunque oculto, invisible, indescribible quizá para siempre, una magnífica estatueta, un cuadro admirable ó una composición soberbia; la dificultad estriba en hallarlo. Pero confesemos que irrita y desespera considerar que Praxiteles, Rafael ó Cervantes, por ejemplo, dieron con la clave del enigma y descubrieron el secreto de aquel elemento inerte sin hacer otra cosa que djar caer de su superficie el cincel, el pincel ó la pluma, á usanza y manera y del propio modo que los confeccionadores sacrilegos de los santos de barro, los pintamonas ó escritorruelos de tres al cuarto como nosotros.

Como he indicado ya, las anteriores líneas constituyen el comienzo de un soliloquio nocturno que voy á regalar íntegro á mis lectores á ver si por medio tan eficaz logro que abarriarlos me curen de mi afán de escribir y de los apuros y congojas que lleva consigo.

Decía, ó mejor dicho pensaba, dado caso que es el pensamiento reflexivo un diálogo interno del yo consigo mismo (como diría un metafísico saturado de fraseología de Hegel ó de Kant) que la mayor parte de las veces mi situación ante las cuartillas, cuya inalterable blancura parece insultarme, ofrece no pocos puntos de contacto con la de uno de aquellos sabios monjes de los siglos medios, que sentados en su sillón de roble y vaqueta, apoyados en la sencilla tabla de su mesa y presa la cabeza entre las manos, afanábanse en leer y traducir los ocultos, cuanto ininteligibles caracteres de un palimpsesto. Obras clásicas notables se encontraron en aquellos viejos pergaminos, escritos segunda vez por mano descuidada ó ignorante, y que ocultaban con mas avaricia su tesoro que la concha su perla ó Harpagon su cajita.

Yo, misero de mí, háblome siempre mas mohino y atortolado, al tratar de cubrir con letras esta superficie ingrata é implacable, que las Danaides al querer llenar el fondo de aquel tonel sin idem, ó que el primer viajero que topó en Egipto con las inscripciones de la columna de Rosseta.

El corazón se me oprime y la pluma balbucea (con permiso del Diccionario) cuando á guisa de terrible fantasma me presenta la imaginación la figura de una de mis lindas lectoras extendiendo el menudo coralino arco de sus labios á impulsos del mas franco de los bostezos, ó bien contrayéndolo mereced á una sonrisa de lástima capaz de congelarme como si fuera una ráfaga del Spitzberg ó de mas altas latitudes. ¡Espantoso desengaño, horrible decepción la del que pugna y se esfuerza porque en su cerebro germine y se desarrolle una concepción sabia como Minerva germinó y se desarrolló en el de Júpiter, y aborta al cabo algún engendro raquítico y ruin que tan solo excita la mofa ó el desden! ¡Desventurado el poeta rampón ó el literatillo adocenado que violenta y esprime su seco y árido cáscimen sin alcanzar mas producto que algún cardo esquivo ó alguna yerbecilla inodora: se quejará en vano de la ingratitud del público y se plañirá inútilmente de lo que él juzga animación ó ignorancia, porque este mismo público reír de su enojo y le regalará como en sarcástica aprobación de sus quejas la siguiente máxima inglesa:

«Nadie mas ingrato que los lectores; ninguno de ellos conserva el menor reconocimiento hacia el autor que se ha privado del sueño para dormirse.»

A este punto llegaba de mis lamentaciones interiores, cuando vino á darme rápida solución de continuidad un profundo suspiro que escuché á mis espaldas, y que me hizo levantar desfavorido. Aquella triste y temerosa exclamación parecía salir del suelo; la oscuridad me impedía distinguir con firmeza los objetos; mas sin embargo, creí divisar en las tinieblas un bulto que se rebullía al pié del banco en que me había sentado, y que no dudé en calificar de un moribundo; en efecto, habia por qué aventurar semejante aserto: el sitio, la hora y la posición del hombre, que hombre parecía, denunciaban la existencia de un crimen horrible, del que era víctima aquel desventurado. Un estremecimiento especial agitó mi cuerpo, y recorrí mis venas

un frío impropio de la temperatura, pero justificado por el melodramático final de mis reflexiones. No habia la luna verificado por el jardín su blanquico fulgor, y los sombríos macizos de ramaje, los altos edificios próximos, la escasa luz de los faroles, la soledad y silencio absolutos, unidos á mi excitación intelectual y á la innegable existencia de un hecho que la alimentaba, daban al cuadro en que figuraba mi asustadiza entidad una apariencia fúnebre que no hubieran desdeñado para sus dramas Buchardy ó Dumas.

El bulto en cuestión exhaló un segundo suspiro y pareció intentar levantarse, aunque sin conseguirlo. Un sentimiento de piedad ocupó la plaza del temor en mi ánimo y me dirigí á prestar auxilios al herido; tendí los brazos y con su ayuda se instaló del mejor modo posible en el banco indicado.

—Cargue conmigo Satanás, exclamó con voz algun tanto torpe y difícil el incógnito, si no me encuentro socorrido por un poeta.

Aquella inesperada afirmación me dejó estupefacto y solo acerté á contestar:

—¡Sí, en efecto, mas... la herida.

—¡Herida!... tu mente lo está sin duda por enfermedad incurable, benéfico, nocturno y estrambótico paseante, repuso riendo de un modo el extraño interlocutor, que esta risa y el tono de sus palabras vino á explicarme claramente que no eran las armas sino las botellas lo que le habian hecho dar con su cuerpo en tierra.

Comprendí que se hallaba en el período locuaz, despejado ya algun tanto de la primera influencia soporífera del licor, y que era lo mas conveniente dejarle esplayar su cargada imaginación.

—Poeta, si tal, poeta, siguió con notoria volubilidad y un tanto mas espedita la lengua, aunque algo errante aun la mirada: como si dijéramos, tonto, que loco es harto favor... y no hay por qué enfadarse porque... é intentó ponerse en pié y adoptar una actitud artística...

Anch'io son poeta...

—¡Valiente sandez!... También yo he pasado por esa época de ilusiones, primavera della vita, como dijo aquel, y me he echado al cuerpo volúmenes enteros de versos de Byron y de Espronceda, y al alma arrobos de sándias fantasías, y me he creído un sér mal comprendido y un alma excéntrica aherrojada en la vulgaridad de la existencia ordinaria. He imaginado, Pigmalyon de corbata y guantes, en una niña atontada por las novelas, el tipo ideal de las Beatrices, Lauras, Ineses, Teresas y restante serie de mozelas que han vuelto los sesos á los que ya no los tenían muy en su sitio; me he encerrado, creyéndome en el pináculo de la pasión, de la ilusión, de la desesperación, y de qué sé yo cuanto on, en el fondo de mi casa echando los cerrojos como *Alfredé Musset*, para poder decir: *L'ouvre, comme un tresor, mon cœur tout plein de vous*

¡Pues y paseos románticos...! De seguro te aventajo, vate murciélago; los he dado á la luz de la luna y de las estrellas y de los faroles y de los ojos de cualquier mujer, que en los arrebatos de mi imbecilidad he comparado á una gata, puesto que los he creído fosforescentes y susceptibles de alumbrar en tinieblas... No te aconsejo esta metáfora, *Diego de noche*, tales ojos han puesto en riesgo muy grave mis narices.

Y no creas, tenebroso cofrade, que he pertenecido al número de los hijos menos predilectos de Apolo; puedo exclamar sin mentir... hasta cierto punto:

Sublime feriam sidera vertice.

No te sorprenda mi afección á las citas, son un resabio de mi época pedantesca. ¡Qué estilo el mio en aquella sazón! ¡Qué estilo! Estoy seguro que tú, bardo de las sombras, te hallarás en el apogeo de la afección... Me acordé de Boileau, pero algo tarde; ya habia machacado la paciencia de mis lectores en el almirez de mis artículos (bonito símil):

J'aime d'être profond et je deviens obscur.
este es el verso á que me refería; no creas que ya he olvidado al gran preceptista; al sucesor de Horacio.

Me miras con ojos atónitos, luciérnaga literaria, dijo variando de tono aquel poeta de Baco al fijarse por un instante en la actitud con que escuchaba aturrido aquel torrente de palabrería cuya corriente no osaba detener y en la que los calificativos á mi persona no sabia si tomarlos ó no en serio... ¡Bah! me juzgas mas borracho de lo que estoy; por el contrario, observa la cordura que resalta en mis frases, la severa imparcialidad de mi biografía; necrología debia apellidarse, pues ya he muerto para...

Mira, acepta mis consejos, aspira con toda la fuerza de tus pulmones la saludable atmósfera de mis sátiras. Empeñarse en husmear entre los matorrales de la vida algo extraordinario, como un perro de caza, es una solemne tontería; concéntrate á lo que veas y á lo que palpés. La imaginación vuela mucho, pero, como Icaro, con alas de cera. Enamórate en buen hora, pero de una mujer, no de un ángel, los ángeles suelen volar á lo mejor, y el diablo que los alcance. Yo te conozco, y mucho; no te sorprenda, pues, que te dé en lo vivo, conozco el punto vulnerable de tu armadura.

Guardó silencio por un instante, y luego prosiguió:

—Esos largos párrafos de filosofía amorosa, llamémosla así, esas lucubraciones de fantas-

magoría son como la sal, amigo mío; un poquito sazónada, dá grato sabor al manjar, pero en sobrada cantidad lo hace insostenible...; luego, la sal se disuelve en cuanto se moja un poco, y la mente, á fuerza de calor, le pasa como á ciertos cuerpos... se liquida.

Me mordí los labios, y aquel ente raro y singular continuó sin fijarse en mí y con la misma carencia de coordinación en su discurso.

—Lef á Gil Polo y marchéme, saturado aun del perfume de sus quintillas á la playa; la Galatea con quien di fué una pescadera morena, (gallardo tipo, Velazquez la hubiera convertido en un magnífico retrato) que respondió al apasionado canto de mi poesía erótica dándome en el rostro con una merluza, cuyas escamas casi me dejaron tuerto, —ahí tienes lo real y lo ideal, la verdad y la ficción, la naturaleza y el arte, etcétera etc.

No busques seres fantásticos, sereno del romanticismo, al punto te arañarán las escamas de algún pescado; no te empeñes en verlo todo, como debe ser tu costumbre, al través de un catalejo fúidico y sombrío, como los héroes dramáticos de Shakespeare ó de Schiller, pero velo si puedes como es... si puedes, que no podrás. La poesía es como el Champagne, se sube en seguida á la cabeza, el Jerez es la prosa... y el Madera y el Málaga y... decididamente veo que me duermo... Escucha, interrumpió haciendo un esfuerzo para vencer la somnolencia que realmente le vencía:

—Diógenes dijo: «Trata á los grandes como el fuego, ni demasiado cerca ni demasiado lejos:» haz tú lo propio con la poesía.

Y se durmió profundamente sobre el banco. Vacilé un momento, entre despertarle ó no; pero vencieron al fin la vanidad y el egoísmo temerosos de una nueva lección, y me alejé, no consolándome de la picadura el que me la hubiese dado un mosquito.

LUIS ALFONSO.

Febrero, 1869.

DESARROLLO HISTÓRICO-FILOSÓFICO DE LA LEY PENAL.

Si es una verdad que la sociedad existe, no lo es menos la necesidad en que esta se halla de vivir subordinada á un poder, que haciendo imperar el orden y armonizando los elementos que la componen, permita que los intereses se desarrollen sin ningún encuentro ni choque; que la ley del deber sea la única norma á que los hombres se sujeten poniendo un freno al desborde de las pasiones; que la voz de la conciencia sea oída y respetada, cuando no por su propia fuerza, por el temor de que caiga sobre el individuo trasgresor la inexorable espada de la ley.

Ya recorramos los siglos con la antorcha de la historia, ya tendamos la vista sobre la multitud de pueblos que han aparecido en la escena del mundo, ya examinemos las formas toscas y rudas de los pueblos en su infancia, ya contemplemos con admiración las cultas de los pueblos civilizados, siempre y en todas partes encontramos la entidad poder adornada de los atributos, reflejo de los del Altísimo, de castigar ó premiar, según su valor, los actos humanos.

Esta, que podemos llamar conciencia universal, que por su constancia y generalidad debemos acatar como una ley natural, no ha dejado de ser impugnada por filósofos ó visionarios que en las elucubraciones de un racionalismo inmoderado fijan principios, sientan bases que nada explican, y que, por el contrario, alientan la duda, desquician los poderes y conducen á la sociedad al caos, en vez de alcanzarla, como ellos suponen, la suprema felicidad.

No es nuestro propósito tratar de desvanecer estos errores; eminentes legisladores, profundos pensadores los han puesto mil veces de relieve. Tomando como base cierta la existencia de la ley penal, trataremos solo de reseñar en rápido bosquejo los diversos aspectos que la misma ha tomado en las distintas épocas del mundo.

A este fin, agrupando los sistemas de penar que mas analogía guardan entre sí por sus caracteres esenciales, presentaremos los cinco aspectos generales por los que la ley penal—en su continuada oscilación y constante tendencia á encontrar el ideal de la penalidad—ha debido pasar. Estos aspectos ó fases de la ley penal pueden clasificarse del modo siguiente: 1.ª la *venganza de sangre*; 2.ª la *pena del Talion*; 3.ª la *compensación pecuniaria*; 4.ª la *vindicta*; 5.ª la *analogía y proporción de las penas con los delitos*.

Equivocariase lamentablemente el que creyere que estas diversas expresiones de la ley penal se han sucedido en el mundo de una manera inflexible y rigurosa, como tambien padecería error quien

pensara que el paso de un sistema á otro se ha efectuado de un modo rápido, esto es, abandonando en un momento dado ideas por mucho tiempo admitidas y prohibidas, por otras nuevamente nacidas; no tratamos nosotros de fijar precisamente los mojones del camino que la ley penal ha seguido al través de los siglos; probaremos tan solo deducir lógicamente los pasos que la misma ha dado, en vez de fijar épocas históricas que sería de todo punto imposible determinar, porque las ideas únicamente se modifican con el roce y contacto de otras nuevas que las cambian ó las completan, sin que pueda señalarse el momento preciso en que esto se realiza.

Hállase la sociedad en su infancia; el hombre es fiel retrato de ella: tiene pasiones, las deja exaltar, siente apetitos, los satisface; entre las primeras encontramos una, tal vez la mas difícil represión, la venganza. Con escasos medios el poder para contrarrestarla, ¿qué debía suceder cuando se infería una ofensa? Lo natural, lo lógico era que el individuo procurare tomarse por su propia mano la justicia que el poder impotente no le ponía á salvo, y como la idea de igualdad es una de las innatas en el hombre, tendia este á causar al ofensor un mal tan grande, cual consideraba lo era la ofensa recibida; la pasión era lo único que gobernaba; desatendida la religión no había para aquella freno alguno; solo, pues, á sí mismo acudia el agraviado; solo á sus fuerzas fiaba la satisfacción del agravio recibido. El sentimiento de familia, tan desarrollado en las sociedades primitivas, el grato calor de la llama del hogar doméstico inflamaba los corazones de aquellos pueblos primitivos, de un modo tal, que tomaban como propia la ofensa inferida á cualquiera de sus individuos; la vitora del rencor mordía sus corazones, el veneno en ellos infiltrado pasaba de generacion en generacion, se transmitía con la sangre, y raudales de esta corrían por las mas leves ofensas, por los mas ténues motivos.

Da un paso la sociedad en el camino del progreso, la religión hace sentir su influjo y aunque aparezca este con una tencia materialista, significa siempre un adelanto; arma de la teocracia, válese de ella para hacer suyo el poder; ya no corre la sangre derramada por la venganza; vértese ahora para tener propicios á los dioses siempre amenazadores, siempre enojados y cuyo ceño solo cede á los ayes que lanzan las victimas en su honor inmoladas, cuya misericordia solo se compra con raudales de sangre inocente.

La sociedad anda, sin embargo, empujada por la eterna ley del progreso, las ideas adelantan, la filosofía hace dar un paso á las ciencias; engolfada, no obstante, aquella en el camino del materialismo no puede trazar á estas otra senda; ambas á dos siguen una misma vereda, ambas á dos quieren llegar á un mismo fin.

De las observaciones de la primera se deduce que los individuos son iguales entre sí, que todos tienen un mismo destino que cumplir, que para llegar á él disponen de unas mismas facultades, de idéntica organizacion; la ciencia de penar acepta estos principios y establece en su virtud el Talion. La igualdad material de los seres humanos es la idea que con mas fuerza avasalla á los legisladores de Grecia, y en su consecuencia creen haber alcanzado el bello ideal, sustituyendo á las leyes bárbaras y crueles de Dracon, las para ellos justísimas del Talion, *oculum pro oculo, dentem pro dente*. ¿Puede acaso negarse que en medio de sus aberraciones descansaba este sistema en un principio de justicia? No nos atrevemos ciertamente á hacerlo, trasladándonos por un momento á los tiempos de la legislacion de Solon. Examinado á las luces de hoy, visto al través de los adelantos de la civilizacion moderna, no hay duda que pueden oponerse á este sistema serias objeciones, pero recordemos por un instante que las ciencias todas solo á pasos vacilantes han llegado al punto en que hoy las encontramos, punto, que si bien indica un gran adelanto, no podemos en manera alguna creer que sea el de su apogeo.

En tal estado se encontraba la ciencia, cuando las tribus del Norte, razas virgenes y fuertes, aparecieron á las puertas de la corrompida Roma que, minada por los vicios, se desquició al impulso de las

mismas. Nuevas ideas aparecieron, nuevo rumbo tomó la ciencia. Pueblos virgenes, pueblos jóvenes con escasez de ideas y con grande amor á la independencia no podían conocer otro sistema de penar que el inspirado por la venganza; idea innata en el pueblo no pudieron desconocerla sus legisladores, trataron, sin embargo, y lograron alcanzarlo, de dar á la misma un nuevo curso, mandando que el ofensor pudiese redimir el mal causado por medio de una multa ó composición.

A la idea de igualdad material sustituyóse la de equivalencia; conocióse el *weregeld*, irritante por su desigualdad; la muerte del esclavo no era penada del mismo modo que la del libre, ni la del villano de la misma manera que la del noble. Aunque hijo de la escasez de ideas, no dejaba este sistema de ofrecer ventajas sobre los anteriormente conocidos; destruyó la venganza privada, que tan funestos resultados ofrecía, y condenó los vicios que llevaba consigo el Talion, suavizándolo y apartando de él la dureza y ferocidad que le distinguían.

Pero un sistema, cuya base era la desigualdad, no podia sostenerse por largo tiempo. Al dar sus últimas boqueadas el espirante feudalismo, tratóse de fortificar el poder, á cuyo fin se le revistió de facultades omnímodas; la idea de individuo desaparece ante la colectividad; la venganza, en un principio familiar ó de sangre, se convierte ahora en pública ó del Estado; la sociedad por este medio se defendía, la sociedad por este medio y con este solo objeto castigaba.

Robusto el poder, desarrolladas en cierto sentido las ideas políticas, absorbido el individuo por el Estado, natural y lógica consecuencia era el sistema de la *vindicta pública*. No quiere verse en los delitos un doble carácter; esto es, que al inferir un mal al individuo hieran tambien á la sociedad; la alarma de esta sociedad ofendida es la única causa de su penalidad. El Estado refleja en su poder el antiguo poder de los individuos, con los mismos errores que estos concibieron; el Estado tiene tambien una idea falsa del derecho penal, pues cree que las penas son una venganza; como tal y exajerando siempre, cuanto mas crueles las penas mejor piensa que llena su cometido.

Era interés del Estado que no faltase nunca una víctima; poco importaba que las familias lloraran en triste orfandad la injusticia que se les infería; necesitábase una víctima, y para tenerla á cualquier precio, se decretaba el tormento en el que, en medio de horribles padecimientos, cuyo recuerdo exaspera, se arrancaba una falsa confesion ó una delacion traidora; el Estado fingía no oír los clamores de los individuos, la *vindicta pública* necesitaba á toda costa una reparacion.

Estos tiempos existieron, y por fortuna estos tiempos pasaron; llegó un momento de cambio, de reaccion en las ideas, y á este sistema de dureza y crueldad, sucedió otro de humanidad y sentimentalismo. La filosofía de los enciclopedistas del siglo XVIII, con sus tendencias individualistas, acogió todo cuanto podia desvirtuarla, pretendióse hacer descender al Estado del pedestal que ocupaba para entronizar en él el derecho individual. Si falso era un principio falso era el otro, y la razón no podía en manera alguna aceptar las deducciones exclusivas que ya de la aplicacion del uno, ya de la del otro, resultaban.

En medio de este flujo y reflujo, en esta reaccion continua de hechos y de ideas caminó la legislacion penal, al igual que todas las demás legislaciones, hasta que encontró en cierto modo el punto medio de reposo, el punto en que dando la importancia que se debe al interés individual y al del Estado, conoció que «ambos debían ser los fanales que alumbrasen á la legislacion al paso que los escollos que debían evitarse. (1)» El tiempo, que da firmeza á las verdades y anula los comentarios del error y de la mentira, hizo fructificar cuanto había de justo y sensato en cada uno de los sistemas expuestos; derivando de aquí una idea mas grande y verdadera de la ley penal.

Preséntase, pues, el sistema de penar bajo una faz enteramente nueva. Recó-

(1) Pacheco.

gase en el siglo presente todo lo depurado en el crisol de la experiencia de los siglos anteriores. No es el Estado, no es el individuo por sí solos los que influyen en la ley penal; no son sacrificios expiatorios las penas, ni las que se imponen son, por lo general, atroces, con el único y exclusivo fin de garantizar la autoridad social; no se detiene este siglo ante la materia; filósofo por naturaleza, tiende á encontrar la verdad; pero siendo imposible descubrir en la tierra la absoluta, se contenta con la relativa; bien quisiera hacer imperar la justicia; pero falto de medios para hacerlo y tendiendo siempre á la misma como á ideal de la penalidad, adopta el sistema de la *analogía y proporción de las penas con los delitos*. ¿En qué consiste, pues, este sistema, y en qué estriba la bondad del mismo?

En este sistema tiéndese á imponer penas en algo semejantes al mal causado por el delito, penas que guardan al mismo tiempo cierta relacion de intensidad y duracion con el daño por el hecho punible ocasionado. El mal se presenta bajo diversos matices, son distintos los grados que él mismo puede recorrer, ha de buscarse, pues, entre estos dos términos una relacion cuyo resultado nos dé la pena; la bondad del sistema últimamente expuesto estriba en fijar como pena el resultado de la comparacion de las dos relaciones expresadas.

Para concluir, repetiremos que estos sistemas no se han presentado en el mundo bajo el método riguroso con que los hemos expuesto, las ideas del uno han influido en las del otro, resultando de aquí, en casi todos los pueblos, en casi todas las edades, encontramos confundidos y amalgamados los principios fundamentales de cada uno de ellos.

Ha pasado ante nuestros ojos la ley penal en sus distintas manifestaciones, hemos hecho observar los pasos lentos con que la misma ha marchado, ¿podremos afirmar que haya encontrado su punto de reposo, que ya no hay mas perfeccion posible? No es esta, ciertamente, la idea que profesamos, vista su inestabilidad, ¿por qué no podemos abrigar la consoladora esperanza de que algún día se encuentren atroces muchas de las penas en nuestros Códigos consignadas? No pretendemos con esto dar á entender que aguardemos un día en que todas puedan borrarse de ellos. ¡Ojalá fuera esto posible! Día de júbilo sería aquel en que robusta la voz de la conciencia, fuerte el freno de la religión, implacable el tribunal de la opinion pública, bastaran estos para detener al culpable en la senda del crimen. Ya que esto no sea posible, abagaremos cuando menos por sistemas penales que, al paso que dejen satisfechos al individuo agraciado y á la sociedad ofendida, procuren la enmienda del culpable, para tornar al cuerpo social como miembro sano, al que en un momento de extravío faltó á su deber, se hizo reo á los ojos de la ley.

FRANCISCO DE P. ROQUE.

APUNTES BIOGRÁFICOS

DE LOS DIPUTADOS DE LA ASAMBLEA FRANCESA.
(Continuacion.)

En las elecciones de 1848 M. Blanc fué nombrado diputado, ocupando el vigésimo noveno lugar en una lista de 34. Poco tiempo estuvo sentado en la Constituyente. La Asamblea fué invadida el 15 de Mayo; pero la fuerza armada libertó pronto á los representantes. M. Blanc fué acusado de haber favorecido este ataque contra la Representacion nacional, y de haber acompañado al Hotel de Ville á Barbés, que trataba de fundar un nuevo Gobierno provisional. El Gobierno pidió autorización para encausar á Luis Blanc, y la Asamblea no la concedió el 3 de Junio; pero despues de la insurreccion de los arrabales, 504 votos contra 232 autorizaron al Gobierno para perseguir á M. Blanc. Este ha negado siempre su participacion en los sucesos del 15 de Mayo.

Se refugió en Bélgica, y despues en Lóndres, donde se dedicó á trabajos literarios; allí terminó su obra maestra *la Historia de la Revolucion*, principiada en 1847, y cuyo duodécimo y último tomo se publicó en 1862. En el periódico *Le Temps* ha publicado diversas cartas, que luego han sido coleccionadas y publicadas por tomos.

Hoy, despues de haber permanecido 22 años en la emigracion, alejado de la política activa, entra M. Blanc en la Asamblea que tiene en sus manos los destinos de la Francia. ¿Conserva todavía todas las ideas que predicaba en 1848? ¿Las habrán modificado en algunos puntos la edad y la experiencia? Lo ignoramos, pero como escritor y como orador es seguramente uno de los hombres mas notables que hoy se sientan en la Asamblea de Burdeos.

M. Juan Bautista Bruaft (Sena). Nació en 1814. Es alumno de la escuela politécnica; entró en el cuerpo de artillería e hizo varias campañas en Africa. Nombrado diputado en 1848 por los electores del Alto Viena, tomó asiento en la Constituyente y votó casi siempre con la izquierda. Hizo al Presidente una oposición moderada y no quiso firmar la petición de acusación formulada por la Montaña. Después del golpe de Estado de 2 de Diciembre se negó a prestar su adhesión al Gobierno y abandonó la carrera militar. Es autor de varias obras que dan una idea de sus profundos estudios; citaremos, entre otras, su *Historia general de la artillería*, 1842, dos tomos en 8.º francés. Durante el sitio de París, M. Brunet ha escrito en *Le Siècle* algunos artículos de crítica militar.

M. Amadeo Vallet (Saboya). Nació en 1820, en Beaufort (Saboya) de donde es notario y ejerce las funciones de alcalde. M. Vallet es consejero de distrito desde 1856. Sus antecedentes políticos no son conocidos.

M. Augusto Guinard (Saboya). Nació en Londres en 1836: es alumno de la escuela politécnica, es ingeniero de puentes y calzadas en Chambéry. Es hijo de Guinard, el antiguo representante de París en la Asamblea Constituyente de 1848, y continúa las tradiciones políticas de su padre. M. Guinard se ha conquistado la estimación general en la Saboya, por su carácter franco y leal y la sinceridad de sus opiniones.

M. Silva (Alta Saboya). Nació en Chambéry en 1809: es doctor en derecho de la facultad de Turín y distinguido abogado del foro saboyano. M. Silva goza en su país de la general estimación.

Sencillo en sus costumbres y en su palabra, y de un talento claro e ilustrado, ha sido siempre considerado como uno de los campeones más influyentes de la causa republicana. Su elección ha sido muy combatida por el partido clerical.

M. F. Taberlet (Alta Saboya). Nació en Evian-Bains en 1836, y se graduó de doctor en medicina en la facultad de París en 1864. Ha publicado varios artículos de medicina en los periódicos especiales de París, y algunos folletos sobre cuestiones de economía política y social. Recientemente ha publicado en Burdeos una *Carta al conde de Bismarck*, relativa á los sucesos actuales.

M. A. Chardon (Alta Saboya). Nació en Bonneville en 1828, y se recibió de doctor en Turín en 1854. Es consejero general de la Alta Saboya desde 1866. M. Chardon ha sido nombrado secretario de la mesa de la Asamblea nacional de Burdeos.

El marqués Alberto de Costa (Saboya). Nació en la Mothe, cerca de Chambéry, en 1835. Pertenece á una familia noble de las más ricas y más estimadas de la Saboya. Su padre, que gozaba de una alta consideración, rehusó, después de la anexión de aquel país á Francia, la plaza de senador que el emperador le ofrecía.

M. Alberto de Costa es consejero general de su departamento desde 1864. Nombrado comandante del primer batallón de móviles de Saboya, asistió á los combates y batallas de Neuville, de Coulmiers, de Orleans, de Arcey, de Montbéliard y de Bethencourt; en este último combate recibió una herida, de la que todavía no está completamente curado, y fué hecho prisionero por los alemanes e internado en Carlsruhe. Habiendo sido elegido diputado, pidió que se le permitiera trasladarse á Burdeos; las autoridades alemanas le exigieron su palabra de honor de no hacer nada contra Prusia, á lo que se negó rotundamente M. de Costa; entonces los prusianos le dejaron en libertad; pero á condición de que se constituiría nuevamente prisionero si se renovasen las hostilidades. M. de Costa no se ha afiliado todavía á ningún partido de los que toman asiento en la Cámara.

M. F. Dupare (Alta Saboya). Nació en Annecy en 1808, es abogado y se graduó de doctor en derecho de la Universidad de Turín en 1834. Desde 1860 forma parte del consejo de distrito, así como de las principales administraciones públicas de la capital de la Alta Saboya. Aunque sin antecedentes políticos, goza M. Dupare en su país natal de una legítima reputación de hombre de talento y de firmes y sinceras convicciones.

El vicealmirante Fourichon. Nació en 1809 en San Pedro de Chignac (Dorduña); hizo sus estudios en la escuela naval de Angulema. Los exámenes de salida que verificó fueron tan brillantes, que, por una escepcion jamás renovada, fué nombrado de un salto alumno de primera clase. Obtuvo los dos grados de alférez y teniente de navío en campañas lejanas y laboriosas. En el viaje del almirante Laplace en derredor del mundo, el jóven Fourichon le acompañó en la fragata *Artemisa*, y á él se debió el excelente trabajo de carena que salvó al buque encallado en Taiti.

Capitan de corbeta en 1843, fué llamado por el general Bugeaud para mandar el *Camaleón*, agregado á su servicio personal, compartiendo con el jefe de escuadron Trochu la confianza íntima de aquel gran hombre de guerra y la estimación de todos los brillantes generales del ejército de Africa.

Capitan de navío en 1848, tuvo el mando de la estación de los mares del Sur, dando otra vez la vuelta al mundo cuando se le encargó marchar á Cayena como gobernador, para salvar aquella colonia comprometida. Después de haber restablecido allí el orden, el comandante Fourichon, nombrado contraalmirante, trató de combatir por medio de razonamientos llenos de franqueza la desastrosa idea de una colonia penitenciaria, pero no lo logró.

Durante la guerra de Crimea, el intrépido marino fué encargado, pero demasiado tarde, de ir á reparar en el fondo de la América rusa en Petropolowski, los desastres de las escuadras francesas e inglesas. Era comandante del almirantazgo en Argel cuando fué ascendido al grado de vicealmirante en 1859.

Postpuesto por causa de sus opiniones independientes y su lenguaje sincero, fué olvidado para muchos mandos importantes, y únicamente después de haber pasado muchas veces su escala, fué encargado de dirigir la escuadra de evoluciones del Mediterráneo; bien pronto llamado á Cherburgo, y después al mar del Norte para bloquear las costas de Prusia.

Hijo de sus obras, habiendo obtenido todos sus grados por brillantes servicios, hombre de acción, de buen consejo, de inquebrantable lealtad, el vicealmirante Fourichon encuentra en la marina la mas alta estimación.

Desempeñó el cargo de ministro de Marina desde el 4 de Setiembre, y formó parte de la delegación del Gobierno de la defensa en Tours y Burdeos. También estuvo encargado de la cartera de la Guerra hasta la llegada de Gambetta á Tours en Octubre del año último.

La prensa republicana le ha hecho una terrible oposición en estos últimos tiempos.

M. Ducarre (Ródano). Nació en Lhuis (Ain) en 1819, y es uno de los principales fabricantes de Lyon. M. Ducarre pertenece á la fracción republicana que quiere la república con la libertad. Ha sido miembro y secretario de la municipalidad lionesa, desde 1848 hasta el golpe de Estado de 1851. Durante el imperio se retiró de la política; pero á pesar de esto, estuvo perseguido durante los veinte años del régimen imperial. Sus electores le enviaron después del 4 de Setiembre al Consejo municipal de Lyon y á la Asamblea nacional.

M. Ducarre gasta grandes anteojos azules, que ocultan en parte las cicatrices que cubren su rostro. El origen de estas cicatrices es el siguiente: M. Ducarre es un gran químico y ha creado en Lyon la industria de las telas impermeables. Hace diez años, uno de los aparatos de su invención se inflamó e hizo explosión; M. Ducarre se arrojó entre las llamas, liberó á todos sus obreros del peligro en que se encontraban, y fué la única víctima de este terrible accidente.

M. Ducarre es muy conocido en el mundo masónico.

M. Leon Gambetta. Nació el 30 de Octubre de 1838. Se inscribió en el Colegio de abogados de París en 1859, y se distinguió por primera vez en una reunión celebrada por los abogados *stagiaires*.

Se llama en Francia abogado *stagiaire* al que pudiendo asistir á los tribunales no ha obtenido permiso para pleitear.

En 1863 tomó una parte muy activa en el movimiento electoral; después se distinguió en la defensa de varios procesados políticos en París y en los departamentos de Francia; pero puede decirse que Gambetta no alcanzó verdadera popularidad hasta 1868, que con motivo de los sucesos ocurridos en el cementerio Montmartre el 2 de Diciembre, fueron procesados todos los periódicos que propusieron ó fomentaron la suscripción nacional para erigir un monumento á Baudin. En Marzo de 1869, el proceso seguido al periódico *L'Emancipation* de Tolosa, cuya defensa le fué confiada, le proporcionó ancho campo para demostrar su radicalismo y las brillantes dotes de tribuno que posee.

En las elecciones generales, cuyos preparativos tenían lugar entonces, Gambetta se presentó simultáneamente en París y en Marsella como candidato de oposición irreconciliable.

En París tuvo por contrincante á Carnot, hombre muy querido de la democracia; á pesar de esto, Gambetta triunfó por 21.734 votos contra 9.142; pero optó por Marsella, donde obtuvo mayoría absoluta por 12.863 votos.

Desde la revolución del 4 de Setiembre de 1870, fué ministro del Interior hasta la reunión de la Asamblea de Burdeos el 12 del mes último, y con su energía y actividad contribuyó en primer término á la prolongación de la lucha que ensangrentó durante cinco meses los campos de la Francia. A los veinte días del sitio de París, y viéndose que la defensa en los departamentos no se organizaba con la actividad que requerían las circunstancias, salió de la capital en un globo (el *Arman Barbés*), exponiéndose así á los peligros de una navegación aérea por encima de las líneas prusianas. Después de llegar á Tours, se encargó de la cartera de la Guerra y él fué el alma de la defensa. Muchas censuras se han dirigido á M. Gambetta por sus disposiciones militares y las destituciones que hizo de varios generales, y no toca á nosotros juzgarle en estos lieros apuntes. Si Gambetta ha cometido faltas, no puede negarse su patriotismo á toda prueba. La historia le juzgará mas imparcialmente que nosotros.

En las últimas elecciones ha sido elegido por nueve departamentos, pero él ha optado por el del Bajo Rin para poder defender mejor los intereses de la Alsacia.

M. Felipe Elias Le Royer (Ródano). Nació en Ginebra el 27 de Junio de 1816, de padres franceses, y fué discípulo de Tappier, el célebre escritor de las *Novelas ginebrinas*. A los 21 años era ya abogado, y algunos días después de prestar juramento era defensor ante el tribunal de los Pares en el asunto Blanqui y Barbés. Habiendo dejado á París, se estableció M. Le Royer en Chalons-sur-Saône, en donde ocupó bien pronto una excelente posición. En 1866 se estableció en Lyon, y rápidamente adquirió una gran reputación en el foro y fué nombrado miembro

del consejo de disciplina del Colegio de abogados. Sus opiniones democráticas fueron causa de que el 4 de Setiembre fuese nombrado procurador general, cuyo cargo desempeñó satisfactoriamente.

El general Le Fló. Nació en Leuzevers (Finisterre). El año 1831 era teniente en Africa. Delante de Constantina fué ascendido á jefe de batallón, y en el mes de Junio de 1848 ascendió á general de brigada. Fué elegido representante por el departamento de Finisterre para la Asamblea constituyente, y á fines de 1848 se le confirió una misión diplomática en San Petersburgo. Reelegido por la Legislativa, fué nombrado cuestor y fué uno de los mayores adversarios del partido bonapartista. El 2 de Diciembre fué preso y desterrado de Francia y se refugió en Bélgica, pasando después á Jersey. En 1859 regresó á Francia y desde entonces vivió retirado en su país natal. La revolución de 4 de Setiembre le llamó á París, en donde se encargó del ministerio de la Guerra, lo cual conserva todavía, bajo la presidencia de M. Thiers. Durante el sitio de París dió pruebas de su talento militar y gran patriotismo. El general Le Fló tiene 68 años y es comendador de la Legión de honor.

M. Conti (Córcega). Nació en 1812. Era miembro del Consejo general del departamento cuando sobrevino la revolución de Febrero, por lo que fué nombrado procurador general en Bastia. Elegido diputado constituyente, votó casi siempre con los republicanos moderados del partido Cavaignac. Después de la elección del Presidente sostuvo la política de éste, pero no fué elegido para la Legislativa. Poco tiempo después del 2 de Diciembre entró en el Consejo de Estado. A la muerte de M. Mocquard fué nombrado secretario particular del emperador. En el mes de Agosto de 1868 fué elevado á la dignidad de senador.

M. Conti es el único hombre político de alguna importancia que representa en la actual Asamblea el partido bonapartista.

M. Gavini (Córcega). Nació en 1823. Es un abogado de Bastia. En 1863 fué enviado al Cuerpo legislativo, si no como candidato de oposición, al menos como adversario del oficial; obtuvo 12.000 sufragios sobre 23.300 votantes. No tomó parte activa en los debates, pero trabajó mucho para conseguir que sus compatriotas volviesen á tener el derecho de llevar armas, del cual habían sido privados á consecuencia de los hábitos un poco agresivos de los habitantes de aquella isla. En las elecciones de 1869 fué elegido M. Gavini por 17.800 sobre 26.700 votantes.

M. de Gouviou Saint-Cyr (Eure). Este diputado lleva un nombre muy conocido en los fastos del ejército francés. El mariscal de Gouviou Saint-Cyr fué uno de los de mas talento y mejores generales de la república y del primer imperio. Como ministro de la Guerra durante los primeros años de la Restauración, planteó las bases de una nueva organización de las fuerzas militares de la Francia; pero también dictó algunas medidas violentas contra sus antiguos compañeros de armas.

M. de Gouviou Saint-Cyr es nuevo en la política.

M. Murat Sistrieres (Cantal). Nació en 1817. Fué alumno de la escuela politécnica y oficial de artillería: en 1846 dejó el servicio militar para encargarse de la dirección de sus propiedades rurales. Llegó á ser consejero general, y gozando de una gran popularidad, fué enviado en 1848 á la Constituyente, en la que votó casi siempre con la derecha. Reelegido para la Legislativa, se colocó entre los adversarios de la revolución, manteniéndose al mismo tiempo hostil á la política de Bonaparte. El golpe de Estado le alejó de la política, retirado de la cual ha vivido cerca de veinte años.

M. Severino Abbatucci (Córcega). Es el tercer hijo del antiguo ministro de Justicia de este nombre. Nombrado en 1852 diputado al Cuerpo legislativo como candidato ministerial, ha sido reelegido en todas las elecciones sucesivas. En la última de 1869 obtuvo 15.900 votos sobre 23.000 votantes. M. Abbatucci es bonapartista de nacimiento.

M. Vaudier (Vendée). Es un antiguo oficial de marina. Entró en el servicio á la edad de 17 años, y se ha distinguido en la guerra de Crimea y en varias expediciones. Tiene fama de ser muy inteligente y de carácter muy resuelto. Sus opiniones le colocan en las filas de la derecha moderada.

M. Augusto Boullier (Loira). Nació en Roanne, y tiene 38 años. Su padre ha sido mucho tiempo alcalde de aquella ciudad y miembro del Consejo general del Loira. M. Augusto Boullier ha viajado mucho por diferentes paises de Europa y Asia, y en varias ocasiones ha vivido en Italia, en Alemania y en Inglaterra.

Ha escrito en *Le Courrier de Lyon*, *La Décentralisation*, *L'Italie* de Turin, en los periódicos de Saint-Etienne y de Roanne y en *Le Correspondant* de París: ha publicado varios folletos y artículos sobre los intereses financieros y económicos de su departamento, é insertó una Memoria sobre el derecho penal y las penalidades en la Edad Media en la *Historia de los duques de Borbon*, que obtuvo el segundo premio Gobert en las Academias de inscripciones y bellas letras de 1869 y 1870.

M. Francisco Cesáreo de Mabry (La Reunión). Nació el 22 de Julio de 1830 en San Pedro, isla de La Reunión, y ha ejercido la medicina durante doce años en su ciudad natal. Ha sido colaborador de *El Courrier de Saint-Pierre*, periódico republicano que se publica en la capital del segundo distrito de la isla.

(Continuará.)

AL REY DE ESPAÑA AMADEO I.

ODA.

¡Príncipe agosto! si mi voz se atreve á unir el sentimiento de mi gozo al aplauso ferviente, al alborozo del sano pueblo y de la honrada plebe, no temáis que yo quemé en los altares de la lisonja, incienso: ni vos sois de esos príncipes vulgares ni yo á la baja adulación propenso. Ante el nuevo monarca de Castilla no necesita la adhesión sencilla, para mostrar su afecto reverente, ni deshonrarse, ni humillar la frente, ni doblar la rodilla.

Siento que me acobarda la grandeza del árduo asunto; para mí ya extraños son los senderos que á tan rara alteza pueden llevar al vate, y mi cabeza se cubre con la nieve de los años. Mas no puedo callar: del centro estrecho de la duda mi espíritu se lanza á los espacios de la fe, y el pecho siento latir de gozo y esperanza. Proféticos acentos, que traídos por las auras, alegran mis oídos, pueblan el aire puro y del tiempo futuro me revelan arcanos escondidos. Tras noche de dolor, luces derrama serena aurora de risueño día, y á la voz de ese pueblo que os aclama siento romperse el hielo que envolvía de mi cansada inspiración la llama; y arrebatado en alas del deseo, rasgando nieblas y allanando montes, en torno de mi patria abrirse veo alegres horizontes.

El vicio encadenado, vencida la ambición, muerto el perjurio; será vuestro reinado sobre incruentos triunfos levantado de era de larga paz dichoso angurio.

Desde el supremo día en que, con mas indignación que saña, del trono de Pelayo lanzó España de Borbon la imposible dinastía, en medio á sus enojos la siempre amada Italia, de sus ojos las ardientes miradas atraía. ¿No veis en esto del Señor la mano, y el cumplimiento de sus santas leyes? ¿Por qué razón el pueblo castellano, que rechazaba ayer á tantos reyes, solo amor tiene para el rey hermano? El que los hombres entre sí concilia y en cadenas de amor al orbe abraza; el que estrecha los lazos de familia; el que forma los vínculos de raza, lo quiere así: su santa Providencia lo ha escrito en el fecundo libro de la experiencia.

Cuando ancho asiento en las edades toma la era mas grande que recuerda el mundo y en que la humanidad se llama Roma, á sus mismos señores la Bética feliz dá emperadores. Y los dos pueblos desde entonces juntos acaban hechos de la historia espanto, y aun hoy resuenan, de la fama asuntos, los nombres de Pavía y de Lepanto. En reverses lo mismo que en victorias nuestra sangre y la vuestra van unidas alimentando nuestras dos historias en una misma historia confundidas. Así corren hirvientes dos rápidas corrientes de fundido metal, que en un momento han de formar en concavos ardientes colosal y durable monumento. Y el bronce no resiste del tiempo destructor á la constancia, ni de las armas al progreso triste, ni á la mano brutal de la ignorancia; pero el santo recuerdo consagrado por cien generaciones y en el amor fundado,

no puede parecer, que está encerrado y aliena en nuestros propios corazones.

Un día, nuestras huestes poderosas, ya el moro á sus desiertos repellido, hacia un mundo se lanzan, escondido del mar entre las brumas vaporosas. Avidas de acabar altas empresas; atravesando por ignotos mares, y reduciendo naves á pavesas, y derribando bárbaros altares, ahuyentaron sus ídolos iamundos y enaltecieron en region extraña con los pendones de la noble España la redentora cruz que unió dos mundos.

¿Quién reveló la atónita mirada del viejo continente la tierra tantos siglos ignorada, y las puertas abrió del Occidente? El genovés Colon.—Vagó primero por otros reinos demandando ayuda con inútil afán: era extranjero, y donde no la befa, halló la duda; pero al pisar nuestra dichosa orilla venció al error, encadenó al sarcasmo, y comprendido fué: no es maravilla; la lengua nos habló del entusiasmo, que es la lengua de Italia y de Castilla.

En la moderna edad, en tiempo breve que mil hechos magníficos abarca, se despierta la Italia y se conmueve á la potente voz de un gran monarca. Luchó por su derecho y su justicia; por su gloriosa cuna, y España sonrió mientras propicia

ayudó á vuestro esfuerzo la fortuna.
 «¡Sus!» gritaba este pueblo, palpitante,
 cuando el fragor del bronce fulminante
 asordaba á la Italia conmovida:
 Ha llegado el instante
 de recobrar la libertad perdida,
 ¡Sus! y que ayude á tu valor el cielo:
 abran tus armas anchuroso espacio
 donde pueda tender el libre vuelo
 el águila del Lacio.
 Ansiando para el mejor destino
 juega tu rey su sólo
 de la guerra entre el fiero torbellino.
 Busca ó abre el camino
 que debe conducirte al Capitolio;
 y cuando, en fin, la estrella refulgente
 de vuestro padre, vencedora asoma,
 la acompaña impaciente
 hasta las puertas de la misma Roma.
 Siempre aparece, siempre, la influencia
 bajo una ú otra forma, de aquel lazo
 con que nos acercó la Omnipotencia;
 cuando no son las armas es la ciencia;
 hoy es el corazón si ayer el brazo.

¿Cómo no han de esforzar sus afecciones
 dos hidalgas naciones
 que por leyes idénticas se rigen?
 ¿Y cómo no han de ser buenos hermanos?
 ¿Cómo dos pueblos de tan propio origen
 no han de estrecharse con amor las manos?
 De luz los baña en la templada zona
 el mismo sol; igual fecundo suelo
 y el mismo alegre cielo
 les dió el que ciñe la mejor corona.
 Sus valles y montañas, de riqueza
 son venteros opimos:
 en ambos la feraz naturaleza
 haciendo ostentación de su grandeza,
 se desborda en espigas y racimos.
 La vista en ambos con placer se pierde
 contemplando en risueña perspectiva
 campos de el limonero siempre verde
 crece al par de la nunca seca oliva.
 Hijos son, y heredaron la pujanza
 de una madre común: tal vez por eso
 llevamos de esta rara semejanza
 en rostro y corazón el sello impreso.
 Y vos, señor, el lazo venerando
 sólo, que á mejor fortuna nos destina
 de nuestra varonil raza latina
 el generoso influjo renovando.
 El pueblo que se alzó fiero y sañudo,
 el que arrancó sediento de justicia
 las lises de Borbon de nuestro escudo,
 esperanzas sin término acaricia.
 La tradición de las discordias rota,
 bendicirá la mano que restaña
 la sangre que aun hoy brota
 de las heridas de la hermosa España.
 ¿Verd por su monarca justiciero
 reavivada la paz y el odio extinto?
 Así del pueblo entero
 lo ha comprendido el generoso instinto.
 Partícipe también, y compañera
 en la alta empresa que teneis por norte,
 será, no hay que dudar, la primera
 vuestra gentil consorte.
 Bello adorno y ejemplo
 será de vuestra corte;
 y digna de su fama y su linaje,
 lo que hasta aquí fué alcázar hará templo
 donde al honor se rendirá homenaje.

ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ.

ROMANCE JOCOSO.

PARA SOLEMNIZAR LA COLOCACION DE UNA LÁPIDA
 EN LA CASA EN QUEL POR D. SALUSTIANO DE OLÓZAGA
 SORRE LA CASA EN QUE NACIÓ D. MANUEL BRETON
 DE LOS HERREROS.

Con el derecho, ó torcido,
 de hablar á tontas y á locas,
 que hay que dar á los poetas,
 porque, si no, se lo toman;
 voy á contar una anécdota
 de crónica escandalosa;
 una aventura galante
 de alta esfera y alta cofa.
 Tómesele Dios en cuenta
 á mi lengua pecadora;
 mas yo, si no hablo, reviento;
 y, ó no he de saber la cosa,
 ó ha de saberla conmigo
 —¡qué es España!— toda Europa.
 El sucedido en cuestion
 pasó entre hidalgas personas,
 y yo me chupo los dedos
 por los chismes aristócratas.
 Si pudo el hinchado Herrera,
 con desgarró que le sobra,
 ingerirse Olimpo adentro
 cual si fuera en casa propia,
 y pintar como á reclutas
 á Marte y su gente toja,
 comparados con Juan de Austria,
 ¡que es andaluzada y gordal
 bien puedo (sin ser divino)
 tratar (sin tanta bambolla)
 del rubio Apolo; no, empero,
 para decir que son prosa,
 y prosa vil, sus conceptos
 al lado de los de Góngora;
 mas sí para sorprenderle
 en su frágil cuarto de hora,
 y revelar un curioso
 pormenor para la historia;
 hoy, en que esta es tan amiga
 de salpimentar sus crónicas.
 Han de saber, pues, ustedes
 que hubo una cumbre en la Fécida,
 llamada monte Parnaso;
 y en ella, ó en él, sin pompa

vivían nueve muchachas,
 con graduación de diosas,
 con aire de sabidillas,
 con gesto y actos de locas.
 Gallo de aquel galinero,
 capellan de aquellas monjas,
 loquero de aquella jaula,
 capitán de aquella tropa,
 y exclusivo mirador
 de aquellas caras de gloria,
 era el lindo Apolo, el hijo
 de Júpiter y Latona.
 Yo no sé como la crítica
 no ha dado en cosa tan obvia
 como es la de sospechar
 que, la mujer siendo estopa,
 y el hombre mas frío, fuego,
 y que viene el diablo y sopla;
 fuerza era que Apolo, aun siendo
 de espalda y pecho de roca,
 pecara de pensamiento
 y de palabra y de obra.

Mi dios, aunque presumido,
 dió en que el que no se enamora
 ni es dios, ni es hombre, ni es nada;
 y cátales, entre congojas
 y latidos y vaivenes,
 echando de aquella boca
 los suspiros por millares,
 las lágrimas por arrobos.
 Era impersonal su amor;
 mas cosa es contradictoria
 amar sin saber á quién;
 y así se fué de una á otra,
 tanteando á las nueve musas,
 unas fatuas y otras tontas:
 Polimnia, como maestra,
 se rió de su retórica;
 Urania, ni aun le miró
 en las estrellas absorta;
 Tersipocore marchitaba
 sus flores con sus cabriolas;
 Clio le dijo que fuese
 á otra puerta con historias;
 Euterpe hizo de su música
 celestial, muy gentil mofa;
 Erato, en vez de un amor,
 le dió correcta una oda;
 Calíope no quería
 manchar su técnica heróica;
 y Melpómene la trágica
 bramó, al oírle, de cólera.

Solo faltaba Talía,
 que, como musa de gorja,
 era temida de Apolo
 por lo suelta y lo zumbona,
 acobardado que estaba
 tras la escama de las otras.
 Costóle traerla á plática;
 mas dióle pases en forma,
 y, aunque estaba ágil y huida,
 compúsola y recortóla;
 y, puesta en suerte, y oyendo
 tanta y tanta y tanta hermosa
 frase de amor primerizo,
 que es el que mas aprisiona,
 sintióse la gaya musa
 hervirle la sangre toda,
 purpurarsele el semblante,
 nacerle inquieta zozobra,
 abrasarsele en el pecho
 el corazón á deshora,
 y aprender súbito el libro
 del amor hoja por hoja.

El amor con el ingenio
 conjuntamente se colman:
 ¡quién pudiera poner tasa
 á aquella pasión tan hondal!
 Apolo, aquel dios augustó,
 á su dulce infancia torna;
 Talía, aquella locuela,
 piensa, siente, calla y llora.
 Amor tan inesperado
 va, de la fama en la trompa,
 del Helicon, el Píerío
 y el Parnaso á la redonda;
 y, aunque causa al primer golpe,
 escándalo entre las diosas,
 llega á inspirarles respeto;
 pues ya penetran de sobra
 que tales lauces no pasan
 sin que un alto fin escondan.
 La pobre Talía, en tanto,
 se iba poniendo tristonía,
 y caía de colores,
 y ya miraba ojerosa,
 y andaba flácida y torpe,
 y usaba no sé qué drogas,
 y, ó no salía de casa,
 ó andaba entre sol y sombra.
 De pronto dejó el Parnaso
 y vino á la Rioja,
 y en Quel curó, que decía
 la infeliz estar hidrópica.
 Por fin salimos del susto;
 pues sin forceps ni aun matronas,
 vino espontáneo á la tierra
 un muchacho tan de broma,
 que abrió los ojos riendo,
 y pidió mamar en coplas,
 y fué después la delicia
 de la comedia española.
 Su nombre es Manuel Breton
 de los Herreros; su historia
 no hay para qué se refiera,
 pues nada tiene de incógnita;
 pero importaba decir
 que, si es príncipe en sus obras,
 tiene de Apolo y Talía
 como hijo la ejecutoria,
 y no es noble advenedizo,
 sino linajudo en forma.
 Al presente no faltaba

sino que alguna persona
 de las que premian el mérito
 (que, en fe de verdad, son pocas)
 diese á D. Manuel Breton,
 aunque la tiene, mas honra.
 Pues bien: ese caballero
 amante de nuestras glorias
 ha parecido por fin;
 y en la casa, ya famosa,
 donde Talía y Apolo
 se alojaron, él coloca
 la lápida que desde hoy
 tan buen natal conmemora.

Esta es la historia ofrecida
 sin mas puntos ni mas comas;
 la cual acaba en un Vitor
 que mi musa—servidora—
 da á Breton de los Herreros,
 y á Salustiano de Olózaga.
 Zaragoza 9 de Octubre de 1870.

DOMINGO DE RAMOS.

Es un risueño y apacible día,
 Un tibio sol con áureos resplandores
 Rádia y colora del vergel las flores,
 En su lozana alfombra de verdor;
 La brisa, que en sus hojas juguetea,
 Bebe y esparce su preciado aroma,
 Trina el gilguero, arrulla la paloma,
 Todo respira celestial amor.

Jerusalén, sobre sus calles siente
 Festivos ecos de entusiastas almas,
 De leda tropa, que rizadas palmas
 En su alborozo derramando va,
 ¡Hosanna! ¡Hosanna! con alegre acento
 En el transporte de su gozo grita,
 Y su tierra siembra y en el aire agita
 Frescas guirnaldas que tejido há.

Arco de triunfo caprichoso forma,
 Lanza al viento confusa melodía,
 Y mezcla con la voz de su alegría
 Los ecos de la flauta pastoril;
 Y tañe el arpa de apacibles sonos
 Y brotan cantos del laud sonoro,
 Y aduna á un tiempo en el confuso coro
 La ingrata guzla y ronco tamboril.

A través del concurso bullicioso
 De Dios, se admira al Hijo prometido,
 No en régio carro de marfil subido.
 Ni escoltado por bélico escuadrón;
 Sobre los lomos de la humilde asna,
 A que en sus tiempos aludió el profeta,
 Y desarmado, entre la turba inquieta,
 Como su padre lo ofreció á Sion.

Cruza las calles, se encamina al templo,
 Contra el indigno mercader se enoja,
 Que en él habita y del umbral le arroja
 Lanzando en tierra su mercado vil;
 Y entre el concurso que sus plantas besa
 La vista vuelve al de la luz privado,
 En marcha pone al de los pies lisiado,
 Pasmando á todos con prodigios mil.

El sacerdote que de altar cruento
 En las aras las reses sacrificó
 Y de su estirpe con la fe traicó,
 En medio de los pueblos de Israel;
 Y el torpe escriba y publicano impío,
 Que con cinismo la justicia vende
 Del Hombre-Dios, la pretension comprende
 Los ojos clavan con furor en él.

Y por do quiera la asechanza sigue
 Al que á la tierra por salvarnos vino
 Y lazos mil le tiende en su camino,
 Con encono la torpe humanidad,
 Y la inocencia y la malicia á un tiempo,
 De los vivientes con afán se esplota
 La infernal mina de Satan agota,
 Del hombre la feroz perversidad.

El tirano se siente apostrofado
 Por Jesús, y acosado en su trinchera
 Donde se lanza, cual airada fiera,
 Rugiendo en su impotencia de furor;
 Sobre su presa el ojo centelleante
 Ardiendo en ira y en venganza clava,
 Su lábio vierte ponzoñosa lava
 Y la tardanza aumenta su rencor.

Mas á través del hominoso amaño
 Que al generoso Salvador rodea
 Su santa enseña sin temor ondea
 De su doctrina ante la clara luz;
 Y su palabra por do quier derrama
 De la verdad la cándida semilla,
 Y en su mirada refulgente brilla
 La precursora estrella de la cruz.

BARONESA DE WILSON

UNA CARTA

QUE RESPONDE A UNA INVITACION.

Moderati de mi vida,
 ¿con que te vas y nos dejas,
 y quieres por despedida
 que mi musa alicada
 te regale las orejas?
 ¿Con que he de mezclarme al coro
 de tus alumnas hermosas
 y en son de risa ó de lloro
 decir aquí cuatro cosas
 en castellano ó en moro?

Sí haré, voto á Belcebú,
 y á cantar hasta el Mambrú

mi lira se preparó,
 que eso y mas mereces tú,
 y á eso y mas me atrevo yo.

Dos modos hay de obsequiarte:
 ó llorar al despedirte
 ó con placer saludarte,
 que acaso aciertas en irte
 con la música á otra parte.

Artista de corazón
 y amante de la armonía
 que la busques es razón,
 pues nunca la algarabía
 fué concierto de salón.

Y del mar al otro lado
 en Méjico ó en Haytí
 no hallarás por de contado
 mundo mas desafinado
 que el que dejas por aquí.

Pilotos que se marean,
 necios que se ensobrecen,
 damas que politiquean,
 mendigos que se enriquecen,
 difuntos que se pasean.

Todo falso ó ilusorio,
 todo dubió y abalorio,
 frases de miel y veneno;
 para encontrar algo bueno
 hay que ir al Conservatorio.

Aquí al menos se respira
 brisa de amor y de calma,
 no se esconde la mentira
 ni en los acentos del alma
 ni en las cuerdas de la lira.

Todos contentos ó iguales
 templo de paz y ventura
 hallan tras estos umbrales,
 donde reinan sin rivales
 el ingenio y la hermosura.

¡Ay, si tranquila y serena
 pudiera la vida así
 deslizarse siempre amena,
 ni yo viviera con pena
 ni tú te fueras de aquí!

Pero si esto no ha de ser
 haces muy bien en marchar,
 y por mi parte, á poder,
 ni aun me hiciera cavilar
 el proyecto de volver.

Un nuevo mundo te invita
 á gozar la dicha cierta:
 no perdones la visita;
 también á mí me dió cita
 mas no pasé de la puerta.

La calumnia me empujó,
 el odio me acompañó,
 de una y otro me refí,
 y no fué por cierto á mí
 quien el cielo castigó.

Parte, pues: de tí detrás
 recuerdos propios y ajenos
 donde quiera llevarás:
 ¡así los dejes tan buenos
 en la tierra donde vés!

MANUEL DEL PALACIO.

ALBORES Y CREPÚSCULOS.

I.

Hace muchísimos años
 que, exentos de todos males,
 entre olivos y nogales
 y cerezos y castaños,
 mirábamos con anhelo,
 después de amorosa cita,
 la cruz de piedra, y la ermita,
 y el campanario, y el cielo.

Postóbase ella á los pies
 de aquella cruz esculpida
 y murmuraba:—«¿No ves
 qué larga y qué dulce es
 la jornada de la vida?»

De aquel recuerdo aun me alegra
 hasta el ¡ay! que el pecho arranca.

¡Mi alma era blanca, blanca,
 y su trenza negra... negra!

II.

Hace poquísimos meses
 que, lleno el pecho de angustias,
 entre florecillas místicas,
 sauces, cruces y cipreses,
 contemplábamos los dos,
 su brazo y el mio juntos,
 la mansión de los difuntos
 y la magestad de Dios.

Inclinada ante un ciprés
 que solo á llorar convida,
 me decía ella:—«¿No ves
 qué amarga y qué corta es
 la jornada de la vida?»

Sus lágrimas sequé en vano:
 en vano buscamos calma.

¡Negra, negra era mi alma!
 ¡Su cabello cano, cano!

JOAQUÍN ASENSIO DE ALCÁNTARA.
 Enero, 1871.

Madrid: 1871.—Imprenta de LA AMÉRICA.
 á cargo de José Cayetano Conde.
 Floridablanca, 5.



PILDORAS DEHAUT —Esta nueva combinación, fundada sobre principios no conocidos por los médicos antiguos...

problema del medicamento purgante.—Al revés de otros purgativos, este no obra bien sino cuando se toma con muy buenos alimentos...

PASTA Y JARABE DE NAFÉ DE DELANGRENIER

Los únicos pectorales aprobados por los profesores de la Facultad de Medicina de Francia y por 50 médicos de los Hospitales de París...

RACAHOUT DE LOS ARABES DE DELANGRENIER

Único alimento aprobado por la Academia de Medicina de Francia. Restablece a las personas enfermas del Estómago ó de los Intestinos...

EXPRESO ISLA DE CUBA.

EL MAS ANTIGUO EN ESTA CAPITAL. Remite á la Península por los vapores-correos toda clase de efectos y se hace cargo de agenciar en la corte cualquiera comision que se le confie.

EL UNIVERSAL.

Table with 2 columns: Subscription type and Price. Includes Madrid, Provincias, Por comisionado, Ultramar and extranjero.

EL TARTUFO, COMEDIA EN TRES ACTOS.

Se vende en Madrid, en la librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

CATECISMO DE LA RELIGION NATURAL,

por D. JUAN ALONSO Y EGUILAZ, REDACTOR DE «EL UNIVERSAL.»

Este folleto encierra en una forma clara, metódica y compendiosa, el resumen sustancial de los principios de la religion natural, es decir de la religion que á todos los hombres ilustrados y de sano criterio dicta su simple buen sentido.

VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPANIA.

LINEA TRASATLANTICA. Salidas de Cadiz, los dias 15 y 30 de cada mes, á la una de la tarde, para Puerto-Rico y la Habana.

TARIFA DE PASAJES.

Table with 3 columns: Destination (Puerto-Rico, Habana, Habana a Cadiz) and 3 rows: First class, Second class, Third class.

Camarotes reservados de primera cámara de sole dos literas, á Puerto-Rico, 170 pesetas; á la Habana, 200 cada litera.

LINEA DEL MEDITERRANEO.

Salida de Barcelona los dias 7 y 23 de cada mes á las diez de la mañana para Valencia, Alicante, Málaga y Cadiz, en combinacion con los correos trasatlánticos.

TARIFA DE PASAJES.

Table with 5 columns: Destination (Barcelona, Valencia, Alicante, Málaga, Cadiz) and 3 rows: 1st class, 2nd class, 3rd class.

CORRESPONSALES DE LA AMÉRICA EN ULTRAMAR Y DEMAS CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Large table listing correspondents for various regions: ISLA DE CUBA, FILIPINAS, CENTRO AMÉRICA, BOLIVIA, BRASIL, PARAGUAY, ECUADOR, CHILE, PLATA, PERÚ, VENEZUELA, and EXTRANJERO.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

POLITICA, ADMINISTRACION, COMERCIO, ARTES, CIENCIAS, INDUSTRIA, LITERATURA, etc.—Este periódico, que se publica en Madrid los dias 13 y 28 de cada mes, hace dos numerosas ediciones, una para España, Filipinas y el extranjero, y otra para nuestras Antillas, Santo Domingo, San Thomas, Jamaica y demás posesiones extranjeras...

Se suscribe en Madrid: Librería de Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, Carmen; Moya y Plaza, Carretas.—Provincias: en las principales librerías, ó por medio de libranzas de la Tesorería Central, Giro Mútuo, etc., ó sellos de Correos, en carta certificada.—Extranjero: Lisboa, librería de Campos, rua nova de Almada, 68 París, librería Española de M. C. d'Denne Schmit, rue Favart, núm. 2; Londres, Sres. Chidley y Cortazar, 17, Store Street.

Para los anuncios extranjeros, reclamos y comunicados, se entenderán exclusivamente en París con los señores Laborde y compañía, rue de Bondy, 42.

TENEDURIA DE LIBROS.

por D. EMILIO GALLUR.

Nueva edicion refundida con notables aumentos en la teoría y en la práctica.

Obra recomendada por la Sociedad Económica de Amigos del pais de Allcante, y de grande aceptación por el comercio en España y América. Un tomo de 500 páginas próximamente, en 4.º prolongado, que se vende á 20 reales en las principales librerías...



Juanetes, Calostidades, Ojos de Pollo, Uneros, etc., en 30 minutos se desembaraza uno de ellos con las LIMAS AMERICANAS de P. Mourthé...

ENFERMEDADES DEL PECHO CLOROSIS ANEMIA OPILACION

Alivio pronto y efectivo por medio de los Jarabes de hipofosfito de sosa, de cal y de hierro del Doctor Churchill. Precio 4 francos el frasco en París.

Caracteres instantáneos de los más violentos dolores de muelas.—Conservación de la dentadura y las encías. Depósito Geral en España, Sres. L. Forer y O.ª, Montera, 31, oral Madrid.

OBRAS DE TEXTO POR SALVADOR Y AZNAR.

TENEDURIA DE LIBROS POR PARTIDA DOBLE.—Nueva edicion, aplicada á las contabilidades mercantiles, industriales, de la propiedad, la general del Estado y de fondos provinciales, 12 reales. PRACTICAS DE CONTABILIDAD MERCANTIL ó problemas en borrador de una contabilidad completa, para su redaccion en el Diario y Libro mayor, 8 reales. Librería Moya y Plaza, y participantes de Madrid y provincias El autor, que vive en Venetia, 5 principal, los envia por el correo á 15, 25, y 10 rs. en sellos ó libranzas.